

Armando González Torres

Las guerras culturales de Octavio Paz



Jornadas

161

EL COLEGIO DE MÉXICO

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES (México, D.F., 1964). Escritor. Estudió en El Colegio de México. Publica en diversas revistas y suplementos del país y del extranjero. Ha ganado premios como el "Gilberto Owen" de poesía y el "Alfonso Reyes" de ensayo. Es autor, entre otros, de cinco libros de poesía, de los ensayos *¡Que se mueran los intelectuales!* y *La pequeña tradición*, y del libro de aforismos *Sobreperdonar*.

JORNADAS 161

LAS GUERRAS CULTURALES DE OCTAVIO PAZ

Armando González Torres

*Open access edition funded by the National
Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon
Foundation Humanities Open Book Program.*



*The text of this book is licensed under a Creative
Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives
4.0 International License:*

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



Jornadas 161
EL COLEGIO DE MÉXICO

306.0972

G6431g

González Torres, Armando .

Las guerras culturales de Octavio Paz / Armando González Torres — 1a. ed. — México, D.F. : El Colegio de México, 2014.

192 p. ; 16.5 cm. — (Jornadas ; 161)

ISBN 978-607-462-693-3

1. Paz, Octavio, 1914-1998 — Punto de vista político y social. 2. Paz, Octavio, 1914-1998 — Actividad política. 3. Política y cultura — México — Historia — Siglo XX. 4. Década de los setenta — Aspectos políticos — México. 5. Década de los setenta — Aspectos sociales — México. 6. Movimientos estudiantiles — México — Historia — Siglo XX. I. t.

Primera edición, 2014

D.R. © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-693-3

Impreso en México

ÍNDICE

Introducción	7
I. La juventud: autorrepresentación y figura pública	15
II. Octavio Paz y el 68	59
III. La década de los setenta	89
IV. El itinerario polémico en los ochenta y los noventa	131
Epílogo	181
Bibliografía	187

INTRODUCCIÓN

En el ámbito intelectual mexicano, muy probablemente el siglo xx es el siglo de Octavio Paz. Son pocos los temas de la historia cultural y política en ese periodo que pueden abordarse sin referencia a la obra o la figura de Paz, quien por varias décadas inyectó de vivacidad y pasión los debates colectivos más relevantes. No se pasa impune por la obra de este escritor: ciertas formas de sensibilidad, ciertas representaciones intelectuales, ciertos reflejos de la cultura llevan su impronta.

Como ningún otro escritor mexicano del siglo pasado, Paz tuvo un éxito notable en la tarea de crear un estilo literario y de pensamiento, así como de establecer una identidad y un capital cultural. Mediante un complejo y azaroso proceso de gestación intelectual, Paz se convirtió en un artista de vanguardia, que contribuyó a renovar las formas literarias y las percepciones críticas, practicó un polémico trabajo de registro, codificación y difusión de la cultura mexicana y alcanzó un amplio reconocimiento internacional. Después de 1968, Paz capitalizó este crédito cultural y representó un arquetipo intelectual que, en una época marcada por el imperativo del compromiso, reivindicaba la autonomía del arte, lo certificaba como medio de conocimiento e instrumento crítico y legitimaba la participación social del artista.

Ciertamente, la irrupción del escritor en la tribuna es habitual en muchas sociedades, particularmente en aquellas situadas en los márgenes del progreso económico y los banquetes culturales. No es extraño que en estas estancias periféricas, surja la figura del escritor proteico que transgrede disciplinas y asume una tarea simultánea de creación, educación, legislación y litigio. En México, muchos autores —José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Jorge Cuesta, Jaime Torres Bodet, Agustín Yáñez— estuvieron ligados a la vida activa y al acontecer de la nación, ya en la militancia política, ya en la administración pública, ya en la construcción de instituciones y empresas culturales; sin embargo, pocos experimentaron una exposición pública tan virulenta y prolongada como lo hizo Paz. Desde los debates en torno al compromiso artístico en los años treinta hasta la discusión en torno al levantamiento guerrillero en Chiapas en los noventa, Paz vivió inmerso en la controversia y libró numerosas guerras culturales con representantes de diversas generaciones.

Este ensayo busca trazar un esbozo de la presencia pública de Octavio Paz en México, mediante la observación de su participación en diversas batallas culturales e ideológicas. En este sentido, más que ocuparse de la persona, el ensayo se ocupa de la *personalidad intelectual* que encarnó Paz y, más que ocuparse de su literatura, se ocupa de su *política literaria*. No se persigue un registro exhaustivo del pugilato que mantuvo este gladiador del intelecto, sino una serie de instantáneas que muestren el temperamento intelectual del poeta y los tonos de las distintas etapas de la lucha de las ideas en México; tampoco hay una adscripción a teorías o metodologías estrictas, sino el registro de un lector que experimenta una mezcla de fascinación y escepticismo ante el papel cultural y social de Paz,

y que ha querido documentar este sentimiento mediante un acercamiento ecléctico a su obra y a su trayectoria. Así, estas conjeturas buscan proponer una lectura posible del ascenso intelectual de Paz y, sobre todo, buscan compartir ese sentimiento ambivalente de admiración y enfado que se experimenta hacia esos padres fundadores de una cultura, que orientan pero también abruma con la magnitud y el peso de su influencia.

¿Por qué realizar un recuento de esta naturaleza, cuando las anécdotas de la vida pública de Paz son hartamente conocidas y forman parte del patrimonio de nuestra historia oficial y de nuestra picaresca? Porque fuera del mausoleo de los elogios o de la fosa común de las diatribas, el Paz público resulta, a veces, un desconocido. Por un lado, la asimilación y discusión seria de la obra y la figura pública de Paz se soslayaron frecuentemente una vez que el escritor se convirtió en un polo del debate ideológico. En este sentido, el conocido recurso de refutar o ignorar al Paz político y aplaudir incondicionalmente al poeta ha conducido a la incomprensión y la separación injustificada de una obra inusualmente unitaria. Por otro lado, consciente de su sitio prominente, Paz fue especialmente cuidadoso en escoger su genealogía, fijar sus afinidades y diferencias con la tradición y establecer su papel en la literatura y el pensamiento mexicano y universal. No es extraño que el cuerpo establecido de su obra responda a esta caracterización y que haya expurgado de ella los elementos que no se adaptaban a la imagen pública que el poeta quiso legar a la posteridad. Así, como ensayista, memorialista y principal autoridad sobre su obra, Paz dicta su biografía y propone contextos, métodos y claves para interpretar dicha obra.

Por todo lo anterior, es importante revisar la emergencia de Paz como figura cultural; las empresas literarias y las estra-

teguas extra-literarias con las que se proyecta en la imaginación intelectual de diversas generaciones y su relación con las ideas y los grupos de poder político y cultural. Dicha perspectiva puede contribuir a evaluar la actualidad y utilidad de los argumentos y posiciones de Octavio Paz, una vez que las circunstancias en que surgieron han cambiado radicalmente y, sobre todo, puede brindar elementos de juicio para leer la obra del escritor más allá de las instrucciones de uso que contiene, más allá de la censura o la condescendencia con que, en ocasiones, suele ser petrificada.

El ensayo se divide en cuatro capítulos y un epílogo. En el primer capítulo, se pasa breve revista a la formación de la figura pública de Paz y a la adquisición de su significativa influencia cultural antes del 68. El segundo se centra en la relación de Paz con el ánimo radical de los años sesenta y, particularmente, con el movimiento estudiantil mexicano de 1968. El tercero aborda la trayectoria pública de Paz en los años setenta, periodo en el cual el poeta se transforma en un tribuno y define su conflictiva relación con gran parte de la izquierda mexicana e internacional. Finalmente, el cuarto capítulo se ocupa del itinerario polémico que recorrió Paz en los años ochenta y noventa, y recoge las disputas en torno a temas como el papel y el tamaño del Estado, la democracia en México, la política exterior, la caída del socialismo y el controvertido gobierno de Carlos Salinas.

Lo ideal sería que una perspectiva del ascenso y la influencia intelectual de Paz no se centrara en la biografía del escritor sino en el entramado social y cultural en que surgen sus argumentos y posiciones. Las tendencias intelectuales, las estructuras de poder político y literario, las figuras culturales que Paz asimila y opaca, en fin, todo aquello que en las bio-

grafías oficiales suele ponerse en segundo plano o subordinarse a la ascensión del genio debería ocupar la atención primordial. Igualmente, sería deseable hacer una documentación mucho más detallada y una lectura atenta de las operaciones que fortalecen el prestigio literario y la influencia de Paz: la participación en antologías y publicaciones periódicas en los treinta; el encuentro de nuevas fuentes y contactos literarios en los cuarenta y cincuenta; la labor como traductor, crítico de arte e impulsor de la vanguardia o el acceso a las publicaciones y editoriales internacionales entre los cincuenta y los ochenta; la tarea como empresario cultural y su trato con las élites políticas e intelectuales en México a partir de los setenta. Desgraciadamente, este trabajo ideal requiere una serie de condiciones prácticas y competencias académicas que están fuera de mi alcance. En este sentido, no ha sido posible emprender un registro que haga justicia al detalle y la complejidad de las diversas etapas históricas a las que se hace referencia; se ha intentado, en su lugar, el trazo global de los acontecimientos y los climas de ideas. Igualmente, se ha acudido a diversas licencias, quisiera señalar las más importantes. Una licencia de carácter histórico: pasar revista sumaria de los movimientos culturales fundadores del México contemporáneo, mencionar someramente a figuras determinantes en la configuración de la cultura mexicana moderna (y de la obra de Paz) como José Vasconcelos, Jorge Cuesta, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas (también antípodas como Salazar Mallén). Otra abstracción de carácter ideológico: se dice frecuentemente que Paz enfrentó a la izquierda, sin que ello ignore la diversidad de trayectorias dentro de este espectro político. Esta exageración tiene el objetivo de ilustrar la oposición entre Paz y los ideales, métodos de análisis, estilos de comunicación y actitudes políti-

cas de una mayoría —no toda— de la intelectualidad de izquierda. En fin, abordar una obra tan vasta y llena de matices implica inevitablemente el riesgo de las generalizaciones, ojalá ello se compense con una ampliación de la perspectiva que permita observar, en estos litigios culturales de Paz, las ideas, los ideales y las pasiones de un siglo.

Este libro se configuró por varios años y se publicó, por primera vez en 2002, hace más de un decenio. He continuado abordando otros aspectos de la obra inagotable de Paz y mi visión se ha enriquecido; sin embargo, sigo de acuerdo con las afirmaciones esenciales de este libro y preferí no hacer ningún cambio. Este libro tiene su historia de gratitud que vale la pena reiterar. Algunas versiones prehistóricas de este ensayo se trabajaron gracias a las becas que el FONCA me concedió en 1995 y 1998, y en las que conté con la rigurosa e inteligente tutoría de Adolfo Castañón y Sandro Cohen, quien además fue mi primer editor. Varios amigos y colegas me distinguieron con sus comentarios al borrador. Leonardo Martínez Carrizales señaló valiosas sugerencias que espero haber aprovechado. También hicieron una lectura diligente y amistosa mis amigos los politólogos Eduardo Guerrero, Erubiel Tirado y Arturo Velasco. Carlos Arriola, Pedro Noyola y José Sidaoui, quienes por esos años fueron mis jefes, me estimularon con su ejemplo de rigor y trabajo y, sobre todo, con su apoyo práctico. Muchos fragmentos y pruebas de laboratorio de este ensayo fueron publicados en diversas revistas y suplementos culturales. Deseo agradecer particularmente la hospitalidad que Rafael Pérez Gay, Juan Manuel Gómez, Héctor de Mauleón y Claudia Posadas me brindaron en las páginas del suplemento *La Crónica Dominical*, así como la de Noé Cárdenas y Alberto Arriaga en *Sábado*. Finalmente, la artífice de este libro fue Guadalupe

Soto, quien no sólo me apoyó de manera imprescindible en la investigación documental, sino que estimuló mi voluntad. Su invaluable respaldo práctico y, sobre todo, su presencia y cariño me dieron fuerzas para superar los momentos de desánimo y entregar el borrador a la imprenta.

I
LA JUVENTUD:
AUTORREPRESENTACIÓN
Y FIGURA PÚBLICA

*El hombre es aquello que esconde ante
los demás.*

ANDRÉ MALRAUX

EL JOVEN OCTAVIO PAZ

Hacia los años treinta, el artista adolescente Octavio Paz, amén de lidiar con sus fantasmas personales, se debatía entre la poesía intimista y la poesía social, buscaba identificar los rasgos de la tradición literaria y la identidad cultural mexicana y se preguntaba sobre la situación del artista en el mundo moderno. Este tipo de tribulaciones podría parecer excesivo en una época como la actual, en que el aspirante a escritor encuentra un entramado institucional de la cultura ya construido y dispone de una serie de opciones profesionales mucho más claramente trazadas y delimitadas. Sin embargo, en la década en que Paz surgió a la escena pública, las aspiraciones y responsabilidades del intelectual eran tan amplias como difusas.

En efecto, a lo largo del siglo xx, el intelectual adquirió un papel especialmente relevante en la vida pública.¹ Acaso la importancia creciente de la opinión pública, el crecimiento de la educación universitaria y el prestigio que la letra y las ideas brindan al poder propiciaron un auge de la figura del intelectual en Occidente.² El intelectual analizaba la vida social, postulaba valores generales, proponía modelos de moral y de conducta y resultaba un punto de referencia de los deseos y las aspiraciones de la sociedad en su conjunto.

En el caso de Hispanoamérica, la participación del intelectual en la vida pública ha sido una tradición largamente arraigada. Por un lado, el sentimiento de urgencia cívica que provoca la accidentada historia de la formación de nacionalidades o el desarrollo tardío de la vida académica y de los cuadros especializados, impulsaron a muchos artistas e intelectuales a ejercer tareas de interpretación de la historia, de análisis y crítica de la sociedad y de liderazgo político. La división estricta entre la naturaleza y función del hombre de letras, el académico o el político, constituye un fenómeno

¹ La definición operativa del intelectual puede ser muy amplia. En el caso de este ensayo, el término intelectual identifica a aquellos artistas, escritores y profesionistas de las áreas de ciencias sociales y humanidades (aunque también admite a ciertos técnicos y científicos), que por su formación y vocación sean capaces de intervenir en el debate público.

² Aunque los protagonistas de la Ilustración anticipan el papel del intelectual contemporáneo, muchos historiadores coinciden en localizar el momento de la consolidación del intelectual en la vida pública en el caso Dreyfus. En esta coyuntura: "El compromiso masivo y espontáneo de profesores y escritores daba brillantemente fe de que ya era imposible gobernar a los hombres contra las leyes del espíritu. El pensamiento también tomaba conciencia de que era un poder dentro de la democracia", Pierre Miquel, *El caso Dreyfus*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 10.

reciente y, hasta hace unas cuantas décadas, estos papeles no solían distinguirse con claridad.

Por otro lado, la recurrente sensación de aislamiento y retraso con respecto al tiempo metropolitano que marca las actitudes de las élites intelectuales hispanoamericanas a menudo funcionó como un reactivo para suscitar la curiosidad, el afán de actualidad y la ambición intelectual, que ha llevado a algunos de los intelectuales más dotados a trastocar las jerarquías y las formas de la República Mundial de las Letras.³

Octavio Paz es uno de los exponentes más destacados de una genealogía hispanoamericana de intelectuales –Andrés Bello, José Martí, Domingo Sarmiento, José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña, Ezequiel Martínez Estrada, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, entre otros– que con su vigor y versatilidad, sustitúan las carencias de una sociedad invertida y buscaban interpretar y superar la percepción de atraso y subdesarrollo. Como señala Gabriel Zaid:

No es lo mismo escribir en un país que se da por hecho, en una cultura habitable sin la menor duda, en un proyecto de vida que puede acomodarse a inserciones socialmente establecidas, sintiendo que la creación es parte de una carrera especializada, que escribir sintiendo la urgencia de crearlo o recrearlo todo: el lenguaje, la cultura, la vida, la propia inserción en la construcción nacional, todo lo que puede ser obra en el más amplio sen-

³ Para Pascale Casanova, la condición periférica agudiza la conciencia de la modernidad de los intelectuales y produce ambiciones y obras revolucionarias que buscan compensar la sensación de atraso. Es el caso de escritores como Joyce, Borges, Cioran y Paz, quienes, de diversas formas, asimilan la cultura occidental e insertan su propia lectura en el escenario internacional de las letras. Véase Pascale Casanova, *La República mundial de las Letras*, Barcelona, Anagrama, 2001, especialmente el cap. 3.

tido creador. Las tentativas prometeicas de Vasconcelos, Reyes y Paz, más que una desmesura individual (abarcando muchas cosas que en otras partes son obra de especialistas), parecen cumplir una necesidad histórica, una urgencia nacional, de la cual se sienten responsables: apoderarse de toda la cultura, expropiarla, recrearla, modificarla, hacerla nuestra en forma viva; ser sujetos actuantes, no sólo contemplados, de la cultura universal.⁴

Además de que sus antecedentes familiares lo vinculaban inevitablemente con la vida pública, Paz creció inmerso en un clima de cambio social y cultural, propicio para la interrogación y el debate intelectuales.⁵ Acontecimientos históricos, como la Revolución Mexicana, la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa, la Gran Depresión o la Guerra Civil Española se percibían como crepúsculo de la civilización occidental y alba de una nueva sociedad. Ante las crisis económicas del capitalismo se reivindicaban las promesas de éxito de la economía socialista; ante el pesimismo en torno a la capacidad de Occidente para superar las guerras y la decadencia cultural, se apelaba a la construcción de un nuevo hombre en la sociedad socialista; ante el escepticismo de muchos intelectuales

⁴ Gabriel Zaid, "Octavio Paz y la emancipación cultural", edición especial de "El Ángel", dedicada a Octavio Paz, *Reforma*, 24 de marzo de 1994, p. 6.

⁵ La vocación por la vida activa era una tradición familiar de la que Paz siempre se mostró orgulloso. Su abuelo, Ireneo Paz, un liberal que luchó al lado de Porfirio Díaz, y su padre, Octavio Paz Solórzano, que devino militante zapatista, habían participado de manera destacada en la política de su tiempo. Una semblanza de Octavio Paz Solórzano se encuentra en *Hoguera que fue*, México, UAM, 1986, compilación de artículos de Paz Solórzano y testimonios sobre su vida, realizada por Felipe Gálvez. Igualmente, se dispone de las memorias de Ireneo Paz, *Algunas campañas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 2 vols.

Europeos en torno al humanismo liberal, se mencionaba la posibilidad de regenerar la cultura en latitudes distintas a Occidente, como en América Latina.⁶

La Revolución Mexicana, si bien considerada como premoderna en la teoría marxista, permitía descubrir fuerzas y pasiones sociales recurrentes y pensar la nacionalidad de un modo renovadamente optimista, al tiempo que invitaba a diseñar una vía propia hacia el desarrollo y la modernidad.⁷ Para conseguir este objetivo era necesario emprender un proceso de ingeniería social, que transformara no sólo las bases económicas del país, sino también los valores y actitudes de sus ciudadanos. El trabajo de integrar las raíces históricas con los nuevos valores surgidos de la revolución para crear una conciencia y una identidad propias era una tarea que demandaba la inteli-

⁶ Furet hace una descripción de este clima de desesperanza hacia el futuro capitalista y de fe casi religiosa en el cambio social que se extendió en la clase intelectual de la época. François Furet, *El pasado de una ilusión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, cap. I.

⁷ Intelectuales de tendencia marxista como Narciso Bassols, Jesús Silva Herzog y Vicente Lombardo Toledano consideraban, con diversos matices, que la Revolución Mexicana era un movimiento burgués que había rebasado a sus iniciadores y que había incorporado demandas sociales amplias y un sentimiento nacionalista, los cuales no anulaban pero sí regulaban la propiedad privada. Por eso, sin negar sus limitaciones burguesas, la Revolución constituía un paso en la transición al socialismo y podían encontrarse múltiples paralelos con la revolución rusa. A partir de este razonamiento, que marcaría la historia de la izquierda en México, estos intelectuales ocuparon puestos públicos de importancia en los gobiernos revolucionarios, encabezaron movimientos sociales y se convirtieron alternativamente en partidarios y críticos del rumbo posrevolucionario. Al respecto véase, Sheldon B. Liss, "Marxist Thinkers in Mexico: Each to his Own Revolution", en Roderic Ai Camp, Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, México, El Colegio de México, UCLA, 1991, pp. 359-376.

gencia, la creatividad y la elocuencia de los intelectuales. Por eso, pese a que las condiciones (universo de lectores, existencia de medios de comunicación e industrias culturales, libertad de expresión) no eran ideales para el florecimiento de la vida intelectual, acaso estemos hablando de un periodo idílico en el que numerosos hombres de letras e ideas son convocados a la tarea de forjar patria y el pensamiento adquiere una inusual proyección social y política. El intelectual, a su vez, considera que su participación pública es indispensable para frenar la barbarie, ordenar el caos social y encauzar la violencia en un movimiento auténticamente civilizador: “Del arielismo (y del darwinismo social) se extrae el esquema de una minoría selecta, aristocracia del mérito que, una vez comprobadas su idoneidad moral y sus cualidades superiores de clase dirigente (virtud, carácter y espíritu), guiará los destinos del país”.⁸

Los cuadros de la vida cultural y administrativa del país se renuevan; se apuesta por la educación no sólo como mecanismo de movilidad social, sino de evangelización y conciliación nacional; se crean nuevas instituciones y legislaciones; se construye una apología del servicio público y se cultiva, con el vasconcelismo, la utopía de un gobierno de los sabios. El programa vasconcelista incluye la incorporación del indígena a la nación moderna, mediante el combate al analfabetismo y la escuela rural; la exaltación del pasado indígena y la promoción de la cultura popular; la difusión de las bellas artes hacia el pueblo y la proyección de la cultura nacional al ámbito hispanoamericano. Se supone que la vindicación de la cultura

⁸ Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana del siglo xx”, en *Historia general de México*, 3a ed., t. 2, México, El Colegio de México, 1981, pp. 1411-1412.

nacional, particularmente del elemento indígena, erige una alternativa a la decadencia de Occidente; permite resistir la influencia de la civilización materialista de Estados Unidos; traduce el cambio social en enriquecimiento espiritual y, sobre todo, revela al propio mexicano un alma y unas raíces históricas de las que se encontraba divorciado.

El nacionalismo encuentra su expresión más nítida en las artes plásticas y el muralismo establece una nueva simbología patria cargada de pedagogía radical. Aunque el muralismo constituye su faceta más dinámica y atractiva, el afán de crear un arte revolucionario que revele el ser nacional se extiende a otros campos del arte: en la literatura, la novela de la revolución, si bien pesimista, brinda legitimidad al habla popular y a la denuncia social y contribuye a crear la épica del movimiento revolucionario; la poesía estridentista busca conjugar la vanguardia poética con el radicalismo político, mientras que los agoristas promueven un arte espartano que resulte útil para la educación y el progreso del pueblo; en la música se reviven instrumentos y tradiciones precolombinas y, en general, las artes rescatan los motivos del folklor y de la herencia indígena.⁹

⁹ Si bien existía un fermento social para el sentimiento nacionalista espontáneo, tampoco debe olvidarse el impulso que, desde el Estado, se dio al discurso nacionalista. Como señala Guillermo Sheridan, en México el nacionalismo ha sido una metáfora unitiva, a menudo excluyente de ciertas realidades para privilegiar otras que correspondan a los intereses políticos del momento. También ha sido un producto de exportación que produce híbridos humorísticos y mucho cinismo. Al respecto, Sheridan documenta jocosamente algunos excesos: "...capítulo importante para la historia del jicarismo de exportación sería la fastuosa revista musical *Upa y apa*, que, con financiamiento estatal, trató (en vano) de conquistar Nueva York en 1937, y en cuya elaboración plástica, musical y dramaturgica colaboraron "Contemporáneos" y nacionalistas por igual. Se trataba de una revista en nueve

Con todo, no puede hablarse de una actitud unánime de la intelectualidad y, en unos años, las actitudes pasan del entusiasmo inicial y el sentimiento de responsabilidad con la Revolución Mexicana de la generación de 1915, al desencanto y el apartamiento de la generación de “Contemporáneos” y al nuevo fervor revolucionario, ahora de índole filo-marxista, que inflama a la generación de Paz. Luis Villoro describe un primer estado de ánimo intelectual posterior a la revolución, pleno de optimismo y energía, que es el descubrimiento del mundo circundante, el reconocimiento de los orígenes y la identificación entusiasta con los conceptos de raza y pueblo, que se advierte en la cruzada educativa, en el indigenismo, en la filosofía de Vasconcelos o en el muralismo. Las rencillas políticas, la corrupción imperante y el fracaso del vasconcelismo frenan el entusiasmo inicial de los intelectuales y van dejando el nacionalismo como una retórica vacía, de uso exclusivamente oficial. Esto va acompañado por el asentamiento de una nueva generación y de una nueva sensibilidad más introspectiva, lírica y cosmopolita, menos grandilocuente y más escéptica en torno al papel social de las artes.¹⁰ Los “Contemporáneos” se insertan en la burocracia y en la vida cultural y realizan una tarea de creación y promoción que difiere, en ocasiones de manera más evidente que otras, del nacionalismo y el arte para el pueblo

cuadros que ilustrarían otras tantas escenas del *old Mexico*. Hasta donde sé la obra se estrenó en Nueva York y México. Hay fotografías en las que, sobre un escenario ‘azteca’, se ven decenas de tehuanas...con faldas cortas”. Guillermo Sheridan, *México en 1932: la polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 83.

¹⁰ Luis Villoro, “La cultura mexicana de 1910 a 1960”, en *En México, entre libros. Pensadores del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio Nacional, 1999, pp. 9-38.

que preconizan la retórica oficial y los segmentos intelectuales más radicales. Este grupo crea revistas elitistas, como *La Falange*, *Examen* y *Contemporáneos*; difunde los nuevos autores europeos; promueve géneros como el teatro de vanguardia o el cine; utiliza el ensayo, la crítica y el periodismo como método de difusión y debate intelectual y, en general, busca mantener el diálogo y ser parte activa y actual de la cultura de Occidente.

Las diferentes concepciones de la naturaleza y misión de la cultura no se suceden una a otra sino que conviven con beligerancia. Además, el espectro cultural no se reduce al eje nacionalismo-cosmopolitismo sino que congrega expresiones híbridas que van del más acendrado conservadurismo al mayor radicalismo. Las posiciones tampoco son fijas: se establecen alianzas oportunistas entre bandos aparentemente irreconciliables; los protagonistas cambian de bandera, y los partidos pasan rápidamente del auge a la desgracia. Con todo, entre quienes encomian la colectividad y se suman al proyecto de crear una cultura nacional que destaque los momentos históricos, los rasgos culturales y las figuras ejemplares capaces de generar el sentimiento patriótico y de lealtad a la nación y entre quienes eligen el individualismo y el apego a la tradición de la cultura europea hay un horizonte común, un ánimo forjador de valores e instituciones que los lleva a coincidir en temas e inquietudes.

Dominan algunos núcleos temáticos: la identidad del mexicano; el rumbo de la educación; la naturaleza y función del intelectual; el compromiso del artista con el cambio social o la conciliación entre lo nacional y lo universal. El hecho de que el régimen revolucionario mexicano no respondiera, como en el caso de la Revolución Rusa, a una ideología rígida y uniforme permitió una mayor libertad en el debate cultural. De ahí la vitalidad de ciertos litigios fundadores que, hacia finales de los

años veinte y durante los treinta, contribuyeron a legitimar posiciones y actitudes típicas de la modernidad artística, como son la autonomía del arte con respecto a imperativos políticos y económicos; cierta liberalidad de las costumbres o la libre enseñanza. Así, Jorge Cuesta consigue ser exonerado del juicio por la publicación en *Examen* de fragmentos de una novela de Rubén Salazar Mallén juzgada obscena y logra un triunfo sin precedentes de la libertad de expresión artística. Vicente Lombardo Toledano, quien pugna por la instauración de una doctrina marxista y de compromiso social de la universidad, y Antonio Caso, quien defiende el humanismo liberal y la libre enseñanza, se trenzan en un debate. Jorge Cuesta, en las páginas de los diarios, fustiga el nacionalismo y argumenta que la cultura mexicana se ha forjado como una apuesta contra la particularidad. Alfonso Reyes establece una correspondencia con Héctor Pérez Martínez en torno a este mismo tema, que se convierte en un diálogo paradigmático.

Debido a su juventud, Paz no fue un participante destacado en estos debates; sin embargo, es indudable que los términos y los protagonistas de dichos debates marcaron de manera permanente su trayectoria. El joven escritor se concebía naturalmente involucrado en la vida activa y asumía la tarea creativa indisolublemente vinculada a la transformación del mundo. Como muchos jóvenes ilustrados de la época, Paz recibió la influencia de las diversas formas de pensamiento revolucionario, entre ellas el marxismo-leninismo, y abrazó las causas que pugnaban por un cambio social. Su deseo de combinar la vocación intelectual y pública se manifiesta por medio de su temprana participación en diversas empresas editoriales o actividades militantes. Las influencias que pueden rastrearse, y que el propio autor admite, son múltiples y, a

veces, contradictorias: el culto al individuo excepcional y a la soledad derivado del romanticismo; el interés en la colectividad y el cambio revolucionario derivado de las lecturas marxistas; el descubrimiento de una geografía hispanoamericana y la dialéctica del individuo y su circunstancia derivados de Ortega y Gasset. Desde su más temprana juventud, Paz se define fundamentalmente como un poeta y su empresa consistirá en elaborar y representar un modelo intelectual que permita armonizar la esfera estética con la vida activa; conjugar la contemplación, la inspiración y la acción; conciliar la escisión entre el dominio estético, el intelecto y la moral; forjar patria, sin sacrificar la libertad e independencia del artista.¹¹

El rescate bibliográfico que se emprendió en *Primeras letras*, aun asumiendo que se trata de una selección parcial, ofrece una perspectiva de la educación sentimental y la evolución intelectual de Paz. En *Itinerario*, el propio poeta rememora sus ciclos de convicción, desilusión e incertidumbre: las lecturas e influencias juveniles —el marxismo, el anarquismo, la fenomenología, el psicoanálisis—, así como los vínculos con las ideas y la estética contemporánea. Consigna también la escisión, común a muchos espíritus, entre el gusto estético y el ideario político, así como el ambiente de

¹¹ En particular, en la época en que Paz comenzó a descollar dominaban el horizonte hispanoamericano dos tipos intelectuales: “El ‘hombre de letras’ (entendido a la manera francesa, el escritor que representa el conjunto de su cultura a través del ejercicio de todos los géneros literarios, y de la dramatización del escritor como profesional del logos), y el ‘Maestro de la juventud’ o la ‘Conciencia Nacional’, situación típicamente latinoamericana, el escritor que es el punto de vista dirigido al lector y a la conciencia del lector, a su estructura moral”. Véase Carlos Monsiváis, “Octavio Paz en sus ensayos”, edición especial de “El Ángel” dedicada a Octavio Paz, *Reforma*, 24 de marzo de 1994, p. 12.

efervescencia social e intolerancia partidista en que se vivía. Este es, a trazos gruesos, el recuento oficial de los ritos de iniciación del escritor: la adolescencia exaltada, el abandono de los estudios y del seno familiar, el periodo de apostolado en Yucatán como maestro rural y el viaje a España. La Guerra Civil española y la amenaza del fascismo constituyen puntos climáticos en la militancia del joven Paz, quien apoya la política de los Frentes Populares en el mundo y el bando republicano en España. El Pacto entre Alemania y la URSS marca el comienzo de la duda sistemática y el asesinato de León Trostky constituye una revelación. Empieza el alejamiento ideológico, los rompimientos personales, el ostracismo, las tímidas tomas de posición anti-ideológicas. Viene el exilio benéfico, la posibilidad de respirar aires intelectuales nuevos y el encuentro, en una época de oscuridad, de nuevas figuras tutelares (George Orwell, Andre Breton, Raymond Aron, Albert Camus, Kostas Papaioannou), que reafirman la vocación libertaria y brindan un ejemplo de equilibrio analítico e integridad intelectual al joven Paz.¹²

Hay algunos detalles de estas páginas autobiográficas que parecen demasiado idílicos y que no concuerdan con el escrutinio puntilloso de la biografía política del escritor.¹³ Sin

¹² Octavio Paz, *Itinerario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

¹³ Véase al respecto el libro de Rubén Medina, *Autor, autoridad y autorización. Escritura y poética de Octavio Paz*, México, El Colegio de México, 1999. En este documentado ensayo, Medina analiza el interés de Paz por crear, junto con su obra, una autoridad literaria y la manera en que el escritor utiliza su labor ensayística para definir, justificar e interpretar su propia obra. Igualmente, refuta la interpretación oficial de Paz y de sus biógrafos más cercanos, como Santi, con respecto a la juventud del escritor e introduce una serie de datos que muestran las tribulaciones y contradicciones del joven Paz.

embargo, el itinerario ideológico y político que recorre Paz durante su juventud, y que sin duda es un drama personal experimentado por numerosos intelectuales de la época, culmina en un doble proceso: por un lado, su convicción en la autonomía del arte respecto a la política y su reivindicación de la poesía como una forma específica de expresión, conocimiento y crítica; por el otro, el conocido sentimiento de desencanto y el alejamiento de la izquierda. Ambos procesos comienzan a cristalizarse en acciones y obras hacia los años cincuenta. Son varios los ámbitos en los que pueden observarse estos procesos: la poesía y la poética; la interpretación del ser del mexicano y la actitud hacia la política.

DE LA POÉTICA A LA POLÍTICA

Tal vez no se equivoca quien piensa que la vida literaria es un gran campo de batalla, en el que sólo sobreviven los más fuertes. El alimento del artista es el reconocimiento, por lo que no es extraño que en el entarimado literario la mayoría de los protagonistas luchan por este bien escaso y, en esa lucha, busquen imponerse a sus contemporáneos y a sus antecesores. La escritura y la acumulación de saber son medios de formación personal, pero también de ascenso social, por lo que el escritor busca promover el aprecio y la dignidad pública de su oficio y de su obra. Es cierto que algunos autores permanecen ajenos o indiferentes al destino de su escritura; sin embargo, más allá de la imagen romántica del artista desinteresado e incomprendido, muy probablemente la mayoría de los escritores desean sentirse leídos y escuchados, influir en sus conciudadanos y ser respetados por sus obras, ideas y actitudes. Por eso, el reconocimiento no es un fenómeno aleatorio que corresponda a

la posteridad, sino un bien apetecido y perseguido como parte integral del oficio literario.

La notable ascendencia cultural y la influencia en la vida pública que ejerció Paz son fruto tanto de la calidad y amplitud de su trabajo intelectual, como de un ánimo deliberado por conferirle autoridad y prestigio a su obra. Desde la adolescencia, transcurrida en los años treinta, Paz intentó darle resonancia a su trabajo literario y buscó proyectar socialmente su papel como poeta. Para ello, fundó o participó en revistas, publicó libros tempranos, colaboró en la preparación de antologías, abrazó causas políticas, escribió artículos y panfletos y cultivó la amistad de escritores ilustres. Este ritmo casi frenético de producción literaria y de actividad social se mantuvo a lo largo de toda su vida y, amén de la realización de una obra monumental, Paz estableció una gran red de relaciones y ejerció un indiscutible liderazgo intelectual.

Paz adopta, y ya nunca abandona, el oficio de poeta, que será su carta intelectual y social, su laboratorio de ideas, su prisma para estudiar la realidad y su forma de legitimar su participación pública. A lo largo de su trayectoria, Paz busca proyectar el papel social del poeta: ya como reformador social y militante, ya como sacerdote visionario, ya como conciencia crítica. Si bien la evolución del perfil intelectual de Paz y su labor en la vida literaria de la segunda mitad de los treinta y la primera de los cuarenta aún están por escribirse, es posible establecer ciertos momentos representativos en los que Paz se inserta en la tradición y asume una posición pública como poeta.

Por supuesto, este tránsito es oscilante: la poética juvenil de Paz es variable, militante en lo social pero con muchos rasgos conservadores en la práctica poética, cruzada por destellos

de intolerancia (condenas al arte puro de las generaciones anteriores, apresurados juicios contra las vanguardias); sin embargo, puede percibirse el esfuerzo intelectual, la tensión moral por avenir términos aparentemente contradictorios.¹⁴ En su primer ensayo, “Ética del artista”, de 1931, el joven Paz expresa su desconfianza al arte puro y las vanguardias, a las que asocia con la decadencia de Occidente, y promulga una poesía de tesis que promueva la transformación social y el vigor cultural de América. Posteriormente, en “Vigilias”, de 1935, Paz introduce matices a la visión de la poesía como mero instrumento de educación y cambio social y busca combinarla con la utopía liberadora: la poesía, al conectar al hombre con el amor y el erotismo, propone la reconciliación con la naturaleza y le permite trascender la contingencia histórica. Hacia la segunda mitad de los treinta, con motivo de la Guerra Civil española, Paz cultiva transitoriamente una poesía ligada a referentes históricos o explícitamente política y con la publicación de “No pasarán”, en 1936, es visible que “el sentido de trascendencia y reconciliación del yo con el mundo que antes sólo se alcanzaba mediante el amor y el erotismo, ahora también incluye la solidaridad humana y la defensa de un sistema social”.¹⁵

La etapa de poesía militante dura poco tiempo; con la derrota de la República Española y el paulatino desencanto político, Paz se sumerge en una época de reordenamiento de sus ideas y, ya por los primeros años cuarenta, aparece como un

¹⁴ Para observar y cotejar dos lecturas de la juventud poética de Paz, véanse “El joven Paz (1931-1943)”, en Rubén Medina, *op. cit.*, pp. 77-134 y de Manuel Ulacia, “Primera instancia”, en *El árbol milenario, un recorrido por la obra de Octavio Paz*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, pp. 19-93.

¹⁵ Medina, *op. cit.*, p. 104.

adversario de una poesía social que responda a fines políticos circunstanciales, como lo refleja su virulenta polémica con Pablo Neruda. En “Razón de ser”, un texto publicado como editorial de la revista *Taller* en 1939, Paz hace, a la vez, un reconocimiento y un deslinde con el grupo de “Contemporáneos”, a quienes reconocía el valor y el rigor de su experimentación artística, aunque reprochaba su pasividad social y su incompreensión hacia los imperativos de la historia y proponía como la búsqueda de su propia generación la reconciliación de ambos aspectos. Esta combinación de visión profética, sentido social y rigor estético se resume en “Poesía de soledad, poesía de comunión”, de 1943, que reivindica al poeta como un ser visionario, subversivo y disidente, que opone la espiritualidad de su búsqueda al mundo de los fines.

Estamos hartos de la sinceridad inepta tanto como de la literatura disfrazada de poesía. Queremos una forma superior, digna, de la sinceridad: la autenticidad. En el siglo pasado un grupo de poetas, que representan la parte hermética del romanticismo: Novalis, Nerval, Baudelaire, Lautréamont, Poe, nos muestran el camino. Todos ellos son los desterrados de la poesía, los que padecen la nostalgia de un estado perdido, en donde el hombre es uno con el mundo y con sus creaciones. A veces de esa nostalgia surge el presentimiento de un estado futuro, de una edad inocente. Poetas originales no tanto, como dice Chesterton, por la novedad, sino porque descienden a los orígenes.¹⁶

Así pues, para Paz, como señala Leonardo Martínez Carriales: “El poeta es un sacerdote sin iglesia que devuelve su sentido sagrado al mundo, que aspira a subvertir el mundo

¹⁶ Octavio Paz, *Primeras Letras*, México, Vuelta, 1993, p. 303.

establecido, que recuerda y mantiene viva la aspiración a un hombre nuevo y a una sociedad nueva. Un revolucionario”.¹⁷ Para esta época, los rasgos fundamentales de la poética y el poeta público de Paz ya están trazados, aunque habrán de enriquecerse con nuevas influencias. Tal vez la más importante de estas nuevas influencias sea el surrealismo que, al intentar fundir el arte con la vida y reconciliar al hombre con sus orígenes, se vuelve símbolo de una rebelión genérica contra la modernidad. Por eso, ante las promesas incumplidas de la revolución social, el poeta surrealista es la representación más acabada de una rebeldía arcaica, de una facultad visionaria, que busca la restitución de lo humano en la vida contemporánea.

Con el fin de acreditar el carácter visionario del artista, en *El arco y la lira* Paz afina la figura del poeta. Para Paz, frente al tiempo lineal de la historia, se erige el tiempo cíclico de la poesía y el mito, que permite al artista ver esa otra cara de las cosas, escuchar esa otra voz y promover, durante el instante de encuentro entre el lector y el poema, una reconciliación, una vuelta al tiempo primigenio del mito. La poesía es histórica, pues su creación se opera en una circunstancia social específica, pero trasciende y niega la historia al conectar con el tiempo mítico. Esta visión enfrenta al poeta, y en general al artista, con la historia, pero también le da una legitimidad a su tarea estética y crítica, pues esa marginalidad obligada brinda al poeta una perspectiva distinta, acaso más amplia y certera sobre los problemas de la *polis*. Con su capacidad de introspección, con su aptitud para manejar imágenes o descubrir el alma

¹⁷ Véase “Octavio Paz. El ‘temple’ religioso de los años treinta”, en Leonardo Martínez Carrizales, *La gracia pública de las letras. Tradición y reforma de la institución literaria en México*, Colibrí, Secretaría de Cultura de Puebla, 1999, p. 93.

de la lengua, el poeta entra en contacto con los arquetipos que subyacen en la conciencia colectiva, mientras que con su conocimiento intuitivo aprehende las correspondencias y el pulso irregular de la historia. De esta manera se justifica una suerte de autoridad poética que el escritor y el artista pueden y deben ejercer en la vida pública. Aun con la incorporación del bagaje estructuralista, a lo largo de la evolución de la perspectiva poética de Paz no hay una ruptura sino una actualización de su concepción del poeta como una suerte de profeta social, que le permite reforzar su sistema crítico y su prestigio como intérprete.

La poesía no sólo está presente en la fundación de una figura intelectual, sino en el estilo crítico de Paz, ya que sus formas de argumentación y escritura, tienen que ver más con el procedimiento analógico de la poesía, que con los métodos habituales de la crítica literaria o las ciencias sociales.

En suma, el joven Octavio Paz es un autor que, de acuerdo con las tendencias de la época, pregonaba la responsabilidad social de la poesía; aunque contrariamente a su credo, hasta antes de 1936, cultivaba una lírica intimista y hermética, casi conservadora, inspirada en la poesía española del Siglo de Oro y de la Generación del 27. La Guerra Civil española le lleva a escribir varios poemas sociales; empero, con la derrota de la República y el desencanto político, Paz reafirma su perspectiva del poeta —y en general del intelectual— como un ser marginal que, pese a esta marginalidad o precisamente por ella, desempeña un papel central en la vida pública al ejercer las diversas formas de la crítica. Así, la conexión de la estética con la política es permanente en Paz que, del compromiso con una literatura conservadora y de índole política pasa, sobre todo con la experiencia del exilio, a una audaz formu-

lación experimental y a la reivindicación de la autonomía de la literatura.

LA ENMIENDA DE LA TRADICIÓN

A la par de la definición de su arquetipo poético del intelectual, Paz inicia un trabajo de relectura de la tradición literaria mexicana. Paz no quiere dejar a los especialistas la tarea de establecer tradiciones y jerarquías con un criterio meramente taxonómico, sino que busca imponer una lectura acorde con su concepción del arte y del artista. De ahí su actitud beligerante contra los que considera los estamentos establecidos de la crítica. Como dice Agustín Pastén: “En los ensayos críticos de Paz, los críticos literarios parecen quedarse siempre cortos; nunca están lo suficientemente preparados, nunca muestran la sensibilidad necesaria para entender un texto, la literatura se les escapa cada vez. Por un lado está lo que dice Paz, por el otro todo lo que han dicho todos los demás críticos”.¹⁸

La crítica literaria de Paz no se adhiere a una escuela o a una corriente e incluso en sus estudios más serios practica una lectura ecléctica y asistemática en la que un autor y un texto son el motivo para referirse de manera más amplia al conjunto de la esfera cultural y social, para abordar diversas disciplinas y para indagar la relación entre arte y moral. Para el joven Paz, el poeta debe ser un hombre orquesta que, con una suerte de inocencia primordial, explore las correspondencias y analogías entre los distintos ámbitos del saber y de la realidad,

¹⁸ Agustín Pastén, *Octavio Paz: crítico practicante en busca de una poética*, Madrid, Ed. Pliegos, 1999, p. 28.

sin circunscribirse a fronteras metodológicas y disciplinarias. Al respecto, escribe:

Con los presocráticos nace la filosofía, pero también, y esto es quizá lo más importante, nacen los filósofos: ese tipo humano que tiene por vocación la generalidad y por objeto de estudio al hombre mismo. Volver a ellos es intentar la reconquista de esa perdida unidad de visión que permite contemplar al mundo con ojos humanos, de poeta filósofo y no de miope especialista.¹⁹

Así, el joven Paz busca proyectar la figura de un visionario intelectual, de un agitador de las ideas que subvierte las costumbres literarias y que somete a escrutinio permanente la estrechez de la academia, las simulaciones del medio literario y la grosería de la *doxa*.

A partir de esta figura, ya en los años cuarenta, los ensayos de Paz, a contrapelo de su modestia retórica, adquieren un carácter más teórico y ambicioso e intentan fijar una preceptiva y una tradición en las cuales sea posible incorporar su propia obra. Tanto en sus ensayos, como en su participación en la preparación de antologías o en su labor editorial, Paz comienza a elaborar una nueva interpretación de la literatura mexicana, particularmente de la poesía.²⁰ La incursión de Paz en la institución de un nuevo panteón de la poesía mexicana comienza con su participación en la elaboración de *Laurel*, pasa por el prólogo a la antología de poesía mexicana de la

¹⁹ Paz, *Primeras letras*, p. 248.

²⁰ Sobre el papel de las antologías en la formación del canon y la participación de Paz en selecciones como *Laurel* y *Poesía en movimiento*, véase Anthony Stanton, *Inventores de tradición: ensayos sobre poesía mexicana moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

UNESCO, por la respuesta beligerante a la antología de Castro Leal, por *Las peras del olmo* y se consolida en el prólogo a *Poesía en movimiento*.

En su aproximación a la poesía mexicana, Paz pasa de una crítica coyuntural y emotiva, a una aproximación histórica más vasta, que establece su relación con las diversas tradiciones poéticas, particularmente con la poesía española; que señala el papel de la religión y la historia mexicana en la orientación poética y que analiza la forma en que diversos autores contribuyen a crear una identidad de la poesía mexicana. En este proceso de registro, catalogación e interpretación de la tradición poética mexicana no siempre se disimula la intención de otorgarse, a él mismo y a su generación, un lugar prominente. Igualmente, Paz, como sugiere Medina, consolida su inclinación a proyectarse y legitimarse en el cuerpo de su crítica y a utilizar figuras intelectuales (Sor Juana, López Velarde, Villaurrutia) para reflejar sus propios dilemas.²¹

Tras su salida de México, y particularmente tras su instalación en París como diplomático, Paz —señala Rubén Medina— intensifica la acumulación de renombre y autoridad, merced al despliegue de una obra fundamental, pero también a “estrategias de poder que despliega en sus ensayos” y en su actividad extra-literaria. En particular, Paz aspira a promover la modernización de la cultura mexicana, a difundir su acervo personal de autores y a convertirse en un intermediario entre Hispanoamérica y el Occidente moderno. Por su preparación, elocuencia y posición estratégica en las metrópolis: “Desde la segunda mitad de los años cuarenta, ningún otro intelectual mexicano asume tan eficazmente este papel de intermediario y

²¹ Medina, *op. cit.*, pp. 41-47.

autoridad cultural como Octavio Paz”.²² Además, en una época de descolonización y autopunición del Occidente de entreguerras y posguerra, Paz cuenta con un ambiente especialmente propicio para ser atendido y apreciado por el público europeo.

Paz no se conforma con moldear el panteón literario mexicano, sino que, en *El arco y la lira*, emprende una interrogación sobre la naturaleza y la situación de la poesía, en la que, desde los aspectos técnicos hasta la relación de la poesía con la religión, ofrece una extensa perspectiva del fenómeno poético y de la posición del artista en la modernidad. Cuando Paz propone una tradición, él mismo ubica su obra poética: en el plano universal, como un integrante de esa estirpe de poetas modernos cuya labor creativa es indisoluble de la crítica; en el ámbito local, como la de aquel que consolida la conciencia moderna y universalista del mexicano. De este modo, Paz “no sólo ofrece lecturas sugerentes y a menudo brillantes de varios autores y movimientos literarios, sino que por medio de los ensayos reconstruye y defiende constantemente su poética, ofrece claves de interpretación a su poesía y proporciona un contexto universal a su obra”.²³

A medida que avanza el tiempo, la obra poética y crítica adquiere una evidente unidad y Paz abandona su posición marginal para convertirse en uno de los arquitectos y voceros más destacados de un nuevo orden cultural y literario. Como dice Pastén, Paz recorre un largo trayecto que pasa por su lectura beligerante de la tradición poética mexicana, se traslada al ámbito de la poesía hispanoamericana y culmina con el ambicioso intento de trazar un panorama no sólo de la poesía

²² *Ibid.*, p. 94.

²³ *Ibid.*, p. 74.

moderna, sino de la modernidad y sus derroteros, que incluso se anticipa a las discusiones sobre la llamada posmodernidad. En este tránsito, Paz también evoluciona de la crítica literaria como afición a la crítica como profesión: pasa de ser un comentarista marginal y a veces intransigente a convertirse en una suerte de institución beligerante.²⁴

La influencia del poeta no se limita a la literatura. Por ejemplo, Paz traspone su visión poética a la pintura y la vuelve un espacio de reconciliación del hombre con lo primigenio, como lo muestran sus ensayos sobre Rufino Tamayo, Juan Soriano y otros pintores mexicanos. Para Paz, la Revolución Mexicana revela el ser nacional pero no construye una filosofía, de ahí la necesidad de algunos artistas de adherirse a visiones globales, como lo hicieron los pintores marxistas, quienes representan una elaboración del nacionalismo que, por su sacrificio de la libertad a la doctrina, hace poca justicia al arte y terminan en una crítica petrificada. Contra ellos, se erige un arte basado en la búsqueda individual que resulta más actual y profundo que el nacionalismo postizo. Este arte, al liberar la pintura de su carga ideológica, lleva implícita una renovación y una crítica no sólo pictórica sino política. Encontramos, pues, que los elementos de interpretación poética de Paz son aplicados a otras artes y constituyen una visión amplia y esclarecedora, pero también profundamente militante, que contribuye al predominio de nuevos paradigmas artísticos y culturales. En el caso de su crítica de arte, Paz no sólo impulsa a pintores contemporáneos y amigos suyos, sino que, al aplicar su visión poética al fenómeno pictórico, se convierte en portavoz de la renovación plástica, crea una tradición paralela

²⁴ Pastén, *op. cit.*, pp. 141-157.

de la literatura y la pintura y fortalece su figura como crítico global y renovador de la cultura.

EL EXPLORADOR DE LA IDENTIDAD

Paz no sólo se convierte en un intermediario entre las artes mexicanas y la escena cultural europea, sino que, en *El laberinto de la soledad*, con un método que ahora se llamaría interdisciplinario, replantea y brinda sentido universal y prestigio literario al tópico de la identidad.²⁵ El tema de la identidad acompaña a los países hispanoamericanos desde antes de su independencia y da origen a un género de interpretación histórica, moral y

²⁵ Pese a que, en rigor, *El laberinto...*, tal como se conoce ahora, estuvo redondeado hasta la segunda edición de 1959, en el año de su primera publicación este libro implicaba un proceso de interrogación de la historia que tocaba fibras sensibles del comportamiento nacional. Con todo, a decir de Santi, la recepción fue fría (sólo se publicaron nueve reseñas, principalmente descriptivas, entre ellas una de José Vasconcelos) y, curiosamente, el libro no fue reseñado por ninguno de los filósofos que por entonces emprendían el proyecto de analizar el ser del mexicano. En 1959, *El laberinto...* se publicó en francés y se reeditó en español. En esta segunda edición el libro tuvo una verdadera recepción y asimilación, recibió numerosas reseñas y provocó polémicas. La más destacada fue la que protagonizaron Emmanuel Carballo, Rubén Salazar Mallén y Octavio Paz. En Francia, el libro también recibió numerosos comentarios y, por primera vez, se convirtió en blanco de la crítica de la izquierda, en una reseña que lo acusaba de encarnar una idea romántica de la revolución, que le impedía comprender la experiencia de países como China y la URSS. La polémica con Carballo y Salazar Mallén se desarrolló en los números 552, 561, 563, 569 y 570 del suplemento "México en la Cultura" entre octubre de 1959 y febrero de 1960. El comentario en Francia pertenece a Hubert Juin y fue publicado en noviembre de 1959 en la revista *Lettres Françaises*. La referencia es citada por Fernando Vizcaíno, "De la desacralización del mito a la consagración del escritor", en *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, núm. 241, enero de 1991, pp. 51-55.

psicológica de los pueblos que suele criticar las costumbres y denunciar vicios del entendimiento o carencias psicológicas, con el fin de hacerlas conscientes y propiciar su terapia. A dicho género pertenecen obras como el *Ariel* de José Enrique Rodó, el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento; *La radiografía de la pampa* de Ezequiel Martínez, *La expresión americana* de José Lezama Lima o los textos sobre la argentinidad de Jorge Luis Borges.²⁶

En México, el tema de la identidad nacional adquiere mayor relevancia después de la Revolución Mexicana y se encuentra estrechamente ligado a la empresa ideológica de forjar una nueva nación. Aunque las referencias a la identidad nacional son habituales en los años treinta, el libro que aborda este tema de manera más unitaria y sistemática es *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos, que, editado por primera vez en 1934, aborda la personalidad del mexicano enfocándose en lo que considera uno de sus rasgos distintivos, el complejo de inferioridad.

Los rasgos del carácter y las actitudes recurrentes de los mexicanos son un tema recurrente en el joven Paz y muchos de los motivos de *El laberinto...* ya aparecen en sus colaboraciones periodísticas más tempranas. El divorcio con el pasado, el desconocimiento de los mitos que habitan en la colectividad, la falta de figuras arquetípicas que orienten los afanes sociales y el papel del poeta en la restitución de los mitos sociales son inquietudes características del joven Paz. Para Paz, el mito es la

²⁶ Sobre las fuentes e historia del ensayo en torno a la identidad nacional en Hispanoamérica, véase Enrico Mario Santi, "Introducción a 'El laberinto de la soledad'," en *El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 123-225 y José Miguel Oviedo, *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, México, Alianza Editorial, 1992.

poesía de la colectividad, un ideal que revela las más profundas aspiraciones del hombre. En “Poesía y mitología”, el escritor señala que el mito es una representación que ofrece solución a los conflictos humanos, mediante un héroe arquetípico y, si bien el teatro griego representa la máxima comunión entre el mito artístico y el pueblo, la necesidad mítica no ha desaparecido de la vida actual. El artista contemporáneo cumple la función de crear mitos que expresan las expectativas y deseos de su pueblo; sin embargo, en México no ha habido quien desempeñe dicha función: “No es una falta de capacidad sino una falta de relación viva, orgánica y natural, la que ha impedido al poeta condensar en una novela la atmósfera mágica de México y todos los secretos e invisibles conflictos que mueven a la nación”.²⁷

Para Santi, los temas y claves analíticas de *El laberinto...* pueden rastrearse muchos años antes de su publicación: a mediados de los treinta, cuando Paz elabora una bitácora de su viaje a Yucatán, que es una observación de las costumbres, la desigualdad social, el disimulo, el racismo, la presencia extensiva de lo indígena y la contraposición entre lo moderno y lo arcaico o, a principios de los cuarenta, cuando, en un puñado de artículos publicados en *Novedades*, Paz ejerce una feroz crítica social a medio camino entre la misantropía y la ironía, que denuncia el doblez y el disimulo como síntomas de la orfandad histórica.²⁸ Para el Paz desencantado de la época, la revelación del ser propiciada por la Revolución había sido tergiversada por la corrupción política y moral de los políticos. “Ellos hicieron hermético, insensible, al pueblo mexicano que,

²⁷ Paz, *Primeras letras*, p. 287.

²⁸ Santi, *op. cit.*, pp. 127-143.

por primera vez en su historia, había despertado. Ahora todos hemos vuelto a la soledad y el diálogo está roto, como están rotos y quebrados todos los hombres”.²⁹

Sin embargo, la maduración de *El laberinto...* se realiza en el exilio, con la ventaja de la distancia y el aprovechamiento de nuevas fuentes intelectuales. A decir de Santi, Paz sigue a Freud, Nietzsche y Marx en su inquisición de diversas fases de la conciencia –la inautenticidad de los valores sociales, los traumas disimulados, las escisiones, las heridas históricas–, a fin de demostrar su falsedad y proponer su curación. Santi menciona también la influencia del surrealismo, de la naciente antropología francesa y, sobre todo, la de heterodoxos, como Roger Callois y Georges Bataille quienes, después de abjurar del surrealismo, se dedicaron a estudiar el mito y lo sagrado a fin de demostrar que el destierro de estos elementos y la victoria de lo profano en el mundo contemporáneo eran causantes de la acedia moderna. En particular, “Del estudio de Callois derivarán tres conceptos clave: la noción de mito como cifra de conflictos psíquicos; la proyección de estos conflictos hacia el héroe mítico ‘cuya acción pueda llevarlos a su desenlace’ y la necesidad de recrear, para llevar a cabo esta resolución, ‘una atmósfera mítica’ en forma de ritos colectivos, como las fiestas”.³⁰

Como en el ensayo de Samuel Ramos, *El laberinto...* de Paz comienza analizando algunos síntomas y conductas privativos del mexicano que denotan una suerte de malestar de la cultura; sin embargo, su diagnóstico de dicho malestar rebasa el enfoque de índole psicológica y propone buscar una

²⁹ *Primeras letras*, p. 260.

³⁰ Santi, *op. cit.*, p. 137.

respuesta en la interpretación de los mitos y la historia mexicana. A diferencia de Ramos, para Paz el conflicto distintivo del mexicano no es el complejo de inferioridad, sino la forma en que asume el hecho, consustancial a todos los hombres, de la soledad. En los diversos capítulos descriptivos de los personajes y las costumbres, Paz analiza las diversas formas (el ocultamiento, el ninguneo, la explosión de la fiesta) en las que el mexicano manifiesta su conflicto interior. Sin embargo, estos rasgos de una personalidad escindida se muestran de manera privilegiada y adquieren sentido en el fondo mítico de la historia mexicana.

Si la identidad nacional –supone Paz– está constituida por mitos y metáforas, la indagación en estas imágenes puede brindar luz sobre las fuentes secretas de los rasgos característicos de una sociedad. Esta perquisición tiene un propósito moral y curativo, pues el conocimiento de los mundos y significaciones sepultados por la historia, de aquellos mitos originales a menudo disfrazados por ideologías laicas y aparentemente novedosas, reconcilia los opuestos y enriquece las perspectivas al acercar posiciones y valores aparentemente inconciliables. Con esta hermenéutica mítica, Paz aborda fenómenos de alienación y negación del pasado histórico que desgarran al individuo y a la nación mexicana.

Para Paz, la historia de México es una superposición de “voluntades unitarias” que ignoran el pasado. Así, el ánimo unificador azteca acalla las voces de otros pueblos indígenas; la conquista española somete la herencia azteca; el liberalismo criollo y el porfirismo desdeñan las herencias hispana e indígena e importan sucesivos modelos hasta que la Revolución “desnuda de doctrinas previas” apunta a reintegrar y reconciliar las distintas herencias. No obstante, la hegemonía de una

sola de sus vertientes, el carrancismo, abre la puerta a nuevos cercenamientos históricos y simulaciones. Este proceso de perpetua reconstitución y negación implica el acallamiento de identidades y legados culturales y provoca el surgimiento de actitudes sociales patológicas. Por eso, la terapia consiste en una restitución, en la memoria y en la vida política y cultural, de la multiplicidad de pasados que componen el acervo de la experiencia mexicana.

Así, como señala Pascale Casanova, Paz propone una reconciliación con el presente:

En El laberinto de la soledad Octavio Paz intentó, en los años cincuenta, ennoblecer y fundar la identidad nacional mexicana restableciendo una continuidad perdida entre todos los legados históricos, y en particular reconciliando el legado precolombino con la historia de la colonización española y las estructuras sociales que dejó. En este libro, convertido en un clásico nacional de México, intentó sobre todo introducir a su país en la modernidad política y cultural, al proclamar su continuidad histórica y su deber de crítica sobre ese legado político.³¹

La negación del pasado, la alienación y el desarraigo no son –sugiere Paz– experiencias privativas de un individuo o una nación, sino que son características de la modernidad que identifican y vuelven contemporáneos a todos los hombres. La resolución de los conflictos y desgarramientos que subsisten en la cultura mexicana también pasa por el reconocimiento de su carácter universal, pues el pasado y el proyecto histórico de una nación adquieren sentido en el diálogo con el mundo. Paz plantea que, para encontrar una vía propia a la

³¹ Pascale Casanova, *op. cit.*, p. 314.

modernidad es necesaria la mezcla cultural, la asimilación de los pasados incómodos, la conciencia de la universalidad de los dilemas. En este sentido, *El laberinto...*, al concentrarse en una característica inherente a la condición humana, al destacar que el mestizaje cultural o el sentimiento de orfandad son características que comparten diversas culturas, busca rebasar la discusión provinciana en torno a la esencia de los pueblos y se convierte en estandarte de una perspectiva más cosmopolita en torno a la identidad que, al mismo tiempo, contribuya a la modernización de las costumbres en los países en desarrollo y abra las fronteras de las metrópolis.

EL DISIDENTE POLÍTICO

En sus años formativos Paz no sólo formula su versión a la vez heroica y crítica del poeta y la aplica a la historia literaria y a la interpretación de la identidad, sino que resuelve su dilema entre literatura y compromiso a favor de la autonomía del arte y la independencia del artista. Como en los casos anteriores, se trata de un proceso accidentado y gradual, que pasa por distintas etapas. Esta elección lo alejará de los extremos políticos y, al mismo tiempo, será la base de su larga querrela con la izquierda.

Hacia los años veinte y treinta, el sentimiento de un cambio de raíz en la vida social, el convencimiento de la inviabilidad del capitalismo, así como la aspiración revolucionaria, se encuentran presentes en muchos círculos intelectuales y los vehículos de transformación van desde el comunismo hasta el fascismo. Por un lado, el marxismo-leninismo se ha convertido en una doctrina totalizante que ofrece respuestas amplias, que impulsa la revolución en un país, la URSS, y que ejerce, como

ya advertía tempranamente Jorge Cuesta, un influjo religioso sobre sus creyentes. El nuevo prestigio de la URSS coincide con el episodio de fracaso y condena del liberalismo económico, por lo que la economía planificada del socialismo constituye una esperanza, incluso para muchos liberales.³²

El fascismo también es una ideología atractiva que fusiona la revolución con la nación. El fascismo le da una nueva dimensión de derecha al socialismo y permite buscar la fraternidad y la igualdad no a través del Estado proletario, sino de la reivindicación nacionalista de una comunidad. El fascismo y el comunismo se reputan como los renovadores del humanismo liberal en este siglo y, con su promesa de cambio y redención moral, atraen el interés de numerosos intelectuales. Las pasiones oscilan entre estos bandos antagónicos y se caracterizan, en general, por su subestimación del liberalismo y la democracia formal y por el odio a la figura del burgués.³³

³² El éxito económico y la fascinación por la planificación racional hacen que intelectuales liberales como H. G. Wells o socialistas reformistas como G. Bernard Shaw, miren con simpatía a la URSS. Furet, *op. cit.*, p. 174.

³³ A decir de Furet, la militancia en los extremos políticos de muchos artistas e intelectuales fue una de las manifestaciones de la rabia antiburguesa. Una vez destruido el antiguo orden, el burgués resulta el hombre que se inventa a sí mismo en un marco mínimo de ligaduras y obligaciones sociales: su única forma de diferenciación y ascenso es la creación de riqueza, lo que implica que, tras la prescripción de igualdad de la Revolución Francesa, este ser pasivo e hipócrita promueve activamente la desigualdad. La mala fe de origen de esta actitud produce ejemplares humanos repulsivos que se convierten en motivo de escarnio de la literatura de los siglos XIX y XX. "No hay mejor ilustración de ese déficit político y moral que aflige al burgués por todas partes que su humillación estética: el burgués comienza en el siglo XIX su gran carrera simbólica como la antítesis del artista. Mezquino, feo, avaro, limitado, hogareño, mientras que el artista es grande, bello, generoso, genial, bohemio". *Ibid.*, p. 26.

En el México que vive el joven Paz, el clima es de ebullición izquierdista: amén de la influencia del comunismo internacional, el nacionalismo se confunde con el realismo social y la cultura de la revolución quiere volverse cultura proletaria; los artistas de izquierda se aglutinan en organizaciones militantes y la retórica izquierdista se patrocina desde el gobierno. Paz, adolescente que proviene de una familia politizada, manifiesta su simpatía por el cambio social; se mueve en los círculos políticos de izquierda; participa en actividades y experimentos sociales; adquiere conciencia y se solidariza con la situación de los oprimidos, cultiva efímeramente una poesía social e internacionaliza su militancia. Por ejemplo, el Paz bachiller participa en la gran huelga estudiantil de 1929, milita en agrupaciones como la “Unión de Estudiantes Pro Obreros y Campesinos”, que participa en la educación y adoctrinamiento de obreros; reside algunos meses en Yucatán para fundar una escuela para hijos de obreros y campesinos y viaja a España al Congreso de Intelectuales Antifascistas.

Muy probablemente, los momentos de militancia más intensa constituyan el principio del desencanto, como es el caso del viaje a España. En ese momento, de acuerdo con el propio Paz, surgen pequeñas revelaciones sobre el dogmatismo y la intolerancia militantes y sobre el absurdo de la violencia como medio de cambio social. Es un hecho, por otro lado, que la integración de Paz a la izquierda intelectual resulta problemática y, por las razones que sean, el escritor permanece al margen de los organismos que aglutinan a los artistas revolucionarios. Si nos atenemos a las páginas autobiográficas, Paz nunca fue un ejemplo de disciplina militante y sus actitudes heterodoxas le granjearon diversas

desconfianzas en los círculos ortodoxos.³⁴ Ciertamente, en los alegatos políticos del joven Paz puede advertirse una vehemencia anticapitalista y un difuso ánimo revolucionario, incluso cierto resentimiento y frustración personales, pero no hay una asunción del marxismo como marco teórico para el cambio social. Así, Paz no sólo evita afiliarse a algún partido de izquierda, sino que se aparta de su fraseología: su discurso público y político es áspero y desafiante contra el estatus, pero heterodoxo y poco concreto. Probablemente, Paz apela al socialismo más como una metáfora de una sociedad orgánica en donde se realice la reconciliación del hombre consigo mismo, más como un ideal romántico que se opone al orden burgués, que como un programa político y social.

Aunque el Pacto de Stalin con Hitler, el asesinato de Trotsky y las crecientes revelaciones sobre la represión interna en la URSS matizan las simpatías de muchos intelectuales, la creación de una gran efervescencia izquierdizante promovida por el régimen de Lázaro Cárdenas y la incorporación de la inmigración republicana española propician la vigencia de la izquierda y el significativo apoyo a Stalin en los círculos intelectuales. A su regreso a México, tras su aventura en España, Paz se aproxima al Partido Popular, agrupación que, acorde con el clima cardenista, pugna por una transición gradual al socialismo mediante reformas y alianzas con los sindicatos y las

³⁴ La conciliación de las ideas personales con los dictados del partido y las necesidades de la lucha revolucionaria constituyen uno de los dilemas morales más importantes que enfrentaron los intelectuales de este siglo. El drama de esta conciencia escindida es visible en figuras como Lukacs y Sartre. En México, José Revueltas es quien representa con mayor intensidad este conflicto. Al respecto, véase el libro de Álvaro Ruiz Abreu, *Los muros de la utopía*, México, Cal y Arena, 1993.

fuerzas políticas progresistas; Paz también publica en el diario *El Popular*, cercano al partido del mismo nombre y practicante de una línea de izquierda estalinista. En los escritos de Paz de esa época se percibe cierta afinidad con el espíritu cardenista, particularmente con la política de fortalecer la alianza con los sectores sociales y reforzar la capacidad económica del Estado. Sin embargo, de acuerdo con el propio Paz, luego de su etapa de exaltación, ya hacia los años cuarenta, el escritor experimenta un creciente escepticismo hacia las encarnaciones del ideal comunista y sus emulaciones locales y comienzan a definirse los términos de su problemática relación con el conjunto de la izquierda. Según Paz, el alejamiento paulatino de la órbita izquierdista en los cuarenta le atrae hostilidad y rompimientos, de los cuales el más notorio es el enfrentamiento con Pablo Neruda.³⁵

Aún hay muchos claroscuros en la forma en que Paz navega en el confuso mercado de las ideologías de la época: los recuentos oficiales y autobiográficos son bastante ambiguos con respecto a hechos que pudieran lesionar la imagen granítica que Paz construyó después de 1968. Por ejemplo, Rubén Medina

³⁵ Pablo Neruda y Octavio Paz ya habían tenido una diferencia personal, que posteriormente se transformó en una polémica literaria. Antes de retirarse como Consul de México, Neruda hizo algunas declaraciones incendiarias al señalar que “los agrónomos y los pintores son lo mejor del México actual” y que “en poesía hay una absoluta desorientación y una falta de moral civil que realmente impresiona”. Paz elaboró una violenta “Respuesta a un Cónsul”, en la que deploraba la capacidad de juicio crítico de Neruda, descreía de la poesía comprometida y negaba la representatividad política del escritor chileno. Véase *Letras de México*, año VII, vol. I, núm. 8, 15 de agosto de 1943, p. 5. Para el relato de su diferendo, narrado por el propio Paz, véase la entrevista con Miguel Reyes Razo en *Excélsior*, 7 de diciembre de 1990, pp. 1 y 41.

señala que los reflejos críticos de Paz no son tan rápidos como suele pensarse, y una muestra es la etapa de *El Popular*.

Empieza a colaborar con *El Popular* en julio de 1937. A pesar de que un grupo de redactores renuncia por el Pacto de Munich (1938), Paz sigue colaborando en el diario. Tampoco rompe con éste a causa del pacto germano-soviético (23 de agosto de 1939) y el apoyo del diario a la política de la Unión Soviética. Paz permanece en el diario aún después de la muerte de Trotsky (1940). Los últimos artículos de Paz aparecen en octubre de 1941. La actitud crítica en cuanto a su colaboración con *El Popular*, es una actitud dilatada.³⁶

Con todo y las zonas grises, el distanciamiento de Paz con la izquierda es indudable. Después de 1943, cuando Paz inicia su largo exilio, el alejamiento físico del país y el formar parte, aunque sea en un puesto modesto, del gobierno mexicano, provocan una aparente tregua política. Muy probablemente, el conocimiento directo, desde el interior de la diplomacia, de la política real soviética y las revelaciones paulatinas sobre la represión en la URSS disminuyeron todavía más las simpatías comunistas de Paz. Ya para la publicación de *El laberinto de la soledad*, Paz advierte la transfiguración de la URSS en un fenómeno histórico radicalmente distinto al ideal socialista.

De acuerdo con el propio Paz, el rompimiento prácticamente definitivo con la izquierda se produce cuando el escritor publica, con una nota suya, los testimonios de la denuncia de David Rousset sobre los campos de concentración en la URSS,

³⁶ Medina, *op. cit.*, p. 116.

que habían desatado un escándalo en Francia.³⁷ Paz recopiló los testimonios de la polémica y los acompañó de un texto en el que señalaba que los campos de concentración no sólo eran producto de aberraciones morales o necesidades políticas, sino que tenían una función económica para la construcción del Estado socialista. Esto implicaba que la virtual esclavitud que se producía en los campos de concentración soviéticos, no era únicamente una expresión de la política de una dirigencia o de un gobierno en particular, sino un reflejo de una naciente estructura social, que contradecía las previsiones de la teoría marxista, pervertía los ideales socialistas y mostraba la incapacidad del comunismo soviético para superar las antiguas contradicciones sociales, creando, en su lugar, nuevas y más lacerantes segmentaciones.³⁸

Si se da una dimensión más justa a los hechos, se observará que la denuncia de Paz recicló un material ya divulgado y utilizó el recurso –muy frecuentado posteriormente por la propia izquierda– de condenar un régimen, salvaguardando la vigencia y validez del ideal socialista. Pero incluso este gesto relativamente tímido de denuncia, pudo apartar a Paz de los

³⁷ David Rousset, conocido militante antifascista que había padecido los campos de concentración alemanes y que había publicado dos libros en torno a la represión fascista, denunció en 1950 el problema de la tortura estalinista. Su denuncia causó gran irritación entre la izquierda francesa y desató una controversia, que culminó en un litigio jurídico entre *Lettres Françaises*, la revista que representaba la posición de la izquierda, y David Rousset, quien era acusado de presentar falsos testimonios. Finalmente, Rousset fue absuelto de los cargos de que se le acusaba y el semanario fue castigado. Este episodio se encuentra bien descrito en Fernando Vizcaíno, *loc. cit.*, p. 55.

³⁸ La publicación de estos testimonios se realizó en la revista argentina *Sur* de abril de 1951.

círculos atados a la doctrina estalinista. Así pues, Paz, sin renunciar a su identificación con un ideal socialista “auténtico”, comienza a participar en el proceso de percepción y progresiva racionalización del fenómeno totalitario y su actitud pasará del silencio y la denuncia acotada al enfrentamiento directo. Ciertamente, habría que valorar más detenidamente la originalidad teórica de sus argumentos y sus antecedentes; sin embargo, Paz aportó en el análisis y la batalla contra el socialismo real un singular talento polémico y una gran capacidad de difusión.³⁹

LA CONSAGRACIÓN DEL INTELLECTUAL INDEPENDIENTE

En lo que Pascale Casanova considera un movimiento reflejo de los grandes escritores de los países emergentes, a principios de los cuarenta Paz rechaza el orden literario mexicano, parte a una suerte de exilio y consolida su obra en otro ambiente y otro aparato cultural. Faltan aproximaciones sobre el itinerario intelectual del exilio paziano que valoren más minuciosamente el cúmulo de influencias —la poesía en lengua inglesa, el surrealismo, el pensamiento liberal y libertario europeo, el existencialismo y el estructuralismo— que modulan y afinan el proyecto literario de Paz. Con todo, es posible afirmar que la distancia física de México constituye una experiencia que, por un lado, afianza la profesión de fe en la auto-

³⁹ En México, autores como Jorge Cuesta ya habían anticipado lúcidas intuiciones en torno al fenómeno totalitario y José Revueltas, en *Los días terrenales*, había realizado una cruda reconstrucción literaria de la vida interna del comunismo y de la intolerancia de sus feligreses, de la cual tuvo que abjurar posteriormente.

nomía del arte y el rechazo a los nacionalismos excluyentes y, por el otro, propicia una extensa labor de intermediación cultural y permite la acumulación de un prestigio y un crédito internacionales.⁴⁰

Paz practica un intercambio dinámico: importa y exporta, traduce a la vanguardia y da a conocer el pasado mexicano; asimila el surrealismo y difunde la mitología azteca; se adhiere a las vanguardias artísticas y reescribe la tradición mexicana. La red de contactos que establece Paz en Europa y su participación en las empresas para el reconocimiento de tradiciones hasta entonces consideradas periféricas, su propuesta de una reivindicación global de la literatura hispanoamericana se transforman en un valioso capital cultural.

Paz aprovecha el ambiente propicio para ser atendido por el público europeo, se erige como un abogado del afán modernizador de las naciones en desarrollo y como un interlocutor entre éstas y las metrópolis. Paz no busca únicamente traducir en un prestigio literario nacional su conocimiento de las últimas tendencias creativas, sino que participa en un movimiento sincrónico de creación de una tradición cultural mexicana y a

⁴⁰ Para Pascale Casanova, en la escena internacional de las letras se enfrentan dos posiciones: una, que afirma la existencia de una jerarquía y valores literarios de índole universal y, otra, generalmente encabezada por las naciones que se sienten excluidas, que exalta la lengua, las costumbres y la cultura nativa. Esta dialéctica entre lo nacional y lo universal, entre lo general y lo particular, se reproduce al interior de cada nación y las querellas y debates literarios oscilan entre el nacionalismo y el cosmopolitismo, entre la autonomía de las artes y su vinculación a motivos sociales o políticos. En cada país, el polo cosmopolita y autónomo se independiza acudiendo a la metrópoli mundial y aludiendo a los valores universales del arte. De este modo, la idea de universalidad se nutre de una membresía multinacional que fortalece sus recursos y su legitimidad. Casanova, *op. cit.*, cap. 3.

la vez de internacionalización de dicha tradición; es decir, Paz crea un mapa de la cultura mexicana no para aislarlo sino para insertarlo en una geografía mundial. Esto no sólo representa un gesto casi inédito en un autor mexicano (sólo Alfonso Reyes había intentado algo similar), sino que también representa un rasgo innovador en un panorama cultural metropolitano, fragmentado por las guerras y la tendencia al enclaustramiento de las literaturas en estancos nacionales. En este sentido, las operaciones de política literaria de Paz en los años cuarenta y cincuenta, su contribución a los debates en torno a la comunicación intercultural, su reivindicación de tradiciones periféricas y su participación más amplia en la escena internacional de las letras, aún están por documentarse y escribirse.⁴¹

El Paz parisino no sólo es un artista brillante, sino un poeta crítico que crea su propio espacio cultural, un descubridor de una nueva dimensión de la cultura hispanoamericana ante el mundo y el gestor de un nuevo pacto de entendimiento intercultural.⁴² Paz ha madurado, enriquecido y matizado sus

⁴¹ Si bien es deseable evitar el estereotipo del héroe cultural, la labor de mediación cultural que han realizado figuras como Reyes, Paz o Fuentes no puede reducirse a la promoción personal: la incorporación, aunque sea a empujones, al banquete de la cultura requiere un ejercicio de definición de identidad, de conocimiento, crítica y enmienda de las tradiciones que, aunque genere sus propios mitos, contribuye al autoconocimiento y a la renovación cultural.

⁴² Quizá podría aplicarse a Paz este certero párrafo que se escribe a propósito de Alfonso Reyes: "En la ecuación *mexicano universal* se concentran también una estrategia y una política culturales, una concepción del escritor y de sus públicos. Pedro Henríquez Ureña —ese esterilizador que no maestro, advierte Alfonso Caso— había tenido a bien aconsejar a su amigo paralelo: el éxito de un escritor en nuestros países dependía del talento y de algo más: saber presentarse bien como mexicano entre los extranjeros y cosmopolita

inquietudes juveniles y es un escritor *moderno y atendible*; un escritor a la vez idealista y pragmático que, proviniendo de la periferia, cultiva un pensamiento universalista capaz de reivindicar la diferencia cultural sin erigirla en fetiche; que reconoce la responsabilidad política del intelectual pero rechaza las filosofías unívocas de la historia.

Paz consolida igualmente un estilo inconfundible que le brinda un gran poder de seducción a su escritura. En el estilo de Paz puede encontrarse *interés anecdótico*, pues aborda temas que atraen un público amplio; *argumentación sólida*, ya que su variada cultura y su curiosidad le permite manejar y combinar con soltura conceptos provenientes de diversos campos del conocimiento; *carácter*, pues no emprende exposiciones asépticas sino que practica aproximaciones profundamente personales y emotivas a los temas que trata; *gracia estilística*, ya que su escritura tiene ritmo interno, claridad, sazón y amenidad y *espectáculo*, pues su estilo argumentativo gusta del color y el señalamiento directo, sin desdeñar la sátira y la injuria.

En su ánimo de convertirse en un punto de referencia de la modernización cultural, Paz se involucra en una batalla en todos los órdenes. Paz establece correspondencias entre diversas disciplinas especializadas, vincula ideas aisladas y propone síntesis y modelos de reconciliación para los grandes temas sociales y estéticos de su tiempo. Por supuesto, esta visión renovadora no surge de la nada y Paz acude a diversas herencias culturales y recoge numerosas opiniones e intuiciones que flotan en el ambiente. No es raro que, en parte por la liberalidad de su

entre los paisanos”, Adolfo Castañón, *Alfonso Reyes: caballero de la voz errante*, 3a. ed., México, UNAM, 1997, p. 45.

estilo ensayístico, en parte por la intención de destacar su papel como pionero, Paz utilice un número mínimo de citas y referencias que, en ocasiones, oscurecen la genealogía y el contexto de su pensamiento.⁴³

Cuando Paz regresa a México en 1953, para permanecer hasta 1958, ya ha definido las pautas y márgenes de su obra posterior y ha sentado las bases de su profunda influencia cultural en el ámbito de la literatura, el pensamiento y las artes plásticas. *Libertad bajo palabra* y *¿Águila o sol?*, por ejemplo, constituyen una lectura de la tradición poética hispanoamericana y una asimilación de diversas técnicas y tonos de la modernidad poética. *El arco y la lira*, por su parte, representa un aparato interpretativo que intenta identificar el papel de la poesía y del poeta en la modernidad; definir genealogías y tradiciones universales y situar a la poesía hispanoamericana en la corriente mundial. A su vez, *El laberinto de la soledad*, aventura una exploración de la identidad y la historia nacional, que plasma la inclinación de la época hacia temas como la universalidad del mexicano y la relación del país con lo moderno. Con la publicación de estos libros, así como con su activa agenda cultural, Paz puede reputarse como un modernizador de las formas literarias y artísticas; como el creador de un aparato crítico para ordenar y proyectar universalmente la cultura mexicana y como un intérprete de la identidad y la historia nacional. Paz se convierte en un punto de referencia

⁴³ Piénsese en pensadores como Jorge Cuesta, cuyo legado no siempre es explícitamente reconocido por Paz. Véase Jorge Volpi, "Octavio Paz y Jorge Cuesta. Notas sobre un olvido intencional", en *Periódico de Poesía*, núm. 5, Nueva época, Primavera de 1994, pp. 21-23.

para las nuevas generaciones de escritores y artistas y renueva su círculo social e influencia.⁴⁴

Pero Paz no sólo ha adquirido una influencia notable, sino que ha perfeccionado su arquetipo intelectual, con nuevas fuentes y ejemplos. Si la idea de marginalidad del poeta era un tanto abstracta, ahora adquiere una nueva concreción con la promulgación de la autonomía de la obra de arte y de la independencia de las ideologías. De este modo, el poeta marginal del joven Paz se convierte paulatinamente, con la influencia de Benda, Camus y Aron, en el intelectual independiente que tiene la responsabilidad de preservar la verdad por encima de los velos de las ideologías.⁴⁵ Así, para Paz el

⁴⁴ A propósito de su ingreso al Colegio Nacional en 1967, Carlos Monsiváis, a la sazón uno de los escritores más jóvenes e iconoclastas escribía: “Y eso nos conduce de nuevo a la gran vigencia actual de Octavio Paz: ser, como lo han sido ya otros, versión mexicana de la Cultura de Occidente, pero además empezar a ser el gran intérprete latinoamericano de la cultura oriental y el representante de una tendencia disidente, del afán de experimentarlo todo, de registrarlo todo, de exigirle al lenguaje su máximo rigor, vivir con intensidad la preocupación crítica, advertir con generosidad el movimiento cultural de un país, estar al día, adelantarse, convertirse en el más riguroso, y el más contemporáneo de los escritores de un país...”, Carlos Monsiváis, “El escritor vivo”, citado por Xavier Rodríguez Ledezma, *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la fe*, México, Plaza y Valdés, 1996, pp. 81-82.

⁴⁵ Al respecto, dice Medina: “Paz ve la modernidad como producto de una minoría de individuos (intelectuales, escritores y artistas), dedicados a la ordenación de símbolos y producción de significados. Es un modelo cultural vertical y jerárquico, que opera con base en una distinción clave entre alta cultura y cultura popular. De ahí que su gran preocupación respecto a la sociedad mexicana, como se advierte en sus ensayos, es la de separar a la minoría pensante del Estado, a fin de cumplir la ‘normalidad histórica’, como en las sociedades europeas. Paz estima que en las metrópolis los intelectuales y artistas viven separados de los centros de poder, y ejercen efectivamente su crítica desde el margen”, Medina, *op. cit.*, p. 147.

intelectual independiente está llamado a representar la autonomía de la cultura frente al imperio de los prejuicios tribales, la ideología y la razón de Estado; a representar el equilibrio analítico ante las pasiones colectivas y las modas intelectuales. Este tipo de intelectual puede impulsar la crítica y el progreso espiritual de las sociedades y su concurso como guía y árbitro de los asuntos públicos es particularmente importante en los países que no han experimentado el proceso de modernidad económica y social.⁴⁶

Hacia los años sesenta el ascendiente intelectual de Paz ya resulta indudable; sin embargo, su participación en la vida pública y en el debate político es marginal hasta antes de 1968, en parte por sus intereses primordialmente artísticos, en parte por su posición laboral como diplomático al servicio del gobierno mexicano. De este modo, la conversión del escritor vanguardista en una presencia polémica, aunque tiene raíces en la biografía y la historia intelectual de Paz, resulta incomprensible si no se alude a la coyuntura de 1968. Los sucesos de ese año exigen a Paz ratificar en los hechos la independencia de criterio que pedía del hombre de ideas y encabezar un arquetipo intelectual que desempeñaría un papel sumamente influyente en el debate nacional e internacional

⁴⁶ La perspectiva de Paz con respecto al papel social del artista no es inmutable: si bien muy frecuentemente Paz adopta, con distintos matices, la idea del artista como crítico designado de la modernidad; hacia los ochenta llega a esgrimir la idea, más a tono con la tradición liberal anglosajona, de que el artista no está llamado a representar ninguna función especial en la sociedad y su compromiso se reduce a su propia tarea creativa. Para un esbozo de las concepciones pacianas del papel intelectual, véase Yvon Grenier, "La crítica al intelectual y la democracia", en *Anuario de la Fundación Octavio Paz 2001*, México, Fondo de Cultura Económica, Fundación Octavio Paz, 2001, pp. 186-194.

durante las próximas tres décadas.⁴⁷ El siguiente capítulo se ocupa del surgimiento de este fenómeno cívico e intelectual con el que crecieron las últimas generaciones, definiéndose a favor o en contra; aquel que, después de 1968, se convirtió ya en un incómodo latiguillo moral, ya en un chocante pontífice y que, a través de su opinión y sus empresas culturales, animó y orientó el debate mexicano.

⁴⁷ Ya en la segunda edición de *El laberinto de la soledad*, Paz señalaba que el hecho de que el intelectual hubiera adquirido un papel fundamental en la construcción del país le había impedido guardar una distancia suficiente para ejercer la crítica del poder. En este sentido, Paz reconocía sólo unos cuantos precursores, entre ellos el más importante, Daniel Cosío Villegas, quien representaba para Paz uno de los paradigmas más acabados de una independencia que no significaba aislamiento de la vida social, sino valor civil y equilibrio analítico. Octavio Paz, "Las ilusiones y las convicciones: Daniel Cosío Villegas", en *El peregrino en su patria*, obras completas, t. 8, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 351-365.

II OCTAVIO PAZ Y EL 68

EL GRAN RECHAZO

En los años sesenta, se extiende el prestigio de la revuelta y el sentimiento contestatario en el mundo, se consolida la modernización social mexicana y surge una generación que cuestiona al sistema político y promueve el cambio revolucionario. Paz definirá su posición y reforzará su figura intelectual a partir y en contra del ánimo de la época. Por eso, el año de 1968 es definitivo en el itinerario público de Octavio Paz, ya que no sólo representa su alejamiento del gobierno mexicano, sino que revela una desavenencia generacional, cultural e ideológica con las nuevas formas de concebir la función intelectual, que marcará su posterior trayectoria polémica.

En los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el antagonismo entre las dos potencias vencedoras, Estados Unidos y la URSS; la extensión del socialismo y el inicio de una etapa de crecimiento económico en gran parte del mundo introducen un cambio fundamental en las geometrías, los valores y las actitudes políticas. El papel de Estados Unidos para reconstruir el sistema mundial, promover el crecimiento, particularmente en Europa, y contener el comunismo;

la combinación del mercado libre con la planificación en la llamada economía mixta y la creación de un consenso con los trabajadores mediante los diversos mecanismos del “Estado de bienestar” promueven una etapa sin precedentes de prosperidad que posibilita la recuperación de los principales países europeos y se extiende a algunas otras naciones del mundo. Esta etapa, caracterizada por la industrialización acelerada y el aumento de la productividad, acarrea cambios sociales drásticos, como la disminución demográfica del campesinado, el incremento de la población urbana y la mayor demanda de educación superior.¹ Si antes de la Segunda Guerra Mundial la cobertura de la educación superior alcanzaba a una parte mínima de la población, hacia los años sesenta, debido a la expectativa de movilidad social y a la demanda de igualdad de oportunidades, se promueve la educación masiva en los principales países desarrollados y en muchos del llamado Tercer Mundo. La enorme cantidad de profesores y estudiantes surgida en la posguerra pronto se convierte en un nuevo

¹ Para Eric Hobsbawm, en el ámbito político, tras la Segunda Guerra Mundial desapareció la extrema derecha fascista y la extrema izquierda fue controlada por el anticomunismo, por lo que los actores políticos tendieron hacia el centro; se promovieron mejoras graduales en el nivel de vida de los trabajadores calificados; se inició la construcción del llamado “Estado de bienestar” (seguro contra el desempleo, servicios de educación y salud gratuitos, etc.), y, en general, se alcanzó un consenso social que redundó en una mayor estabilidad política en los principales países de Occidente. La estabilidad y el crecimiento económico generaron nuevas expectativas y demandas que transformaron el clima político en los sesenta, con mayores demandas sociales. El movimiento estudiantil es un signo, aunque no la manifestación más importante de la ruptura del consenso social y del fin de la edad de oro de la posguerra. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo xx, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995.

factor político internacional que, debido a la beligerancia de la juventud, al enfrentamiento generacional y a la falta de expectativas, a menudo elige la revuelta y la protesta radical.

Si el capitalismo gana la partida económica y acota la expansión comunista en Occidente, la izquierda avanza en las clases intelectuales de las metrópolis y entre las élites de algunos países periféricos. La posguerra mira agigantarse el prestigio y la influencia de la URSS y hace olvidar su papel vacilante durante la guerra, así como las crecientes revelaciones sobre la represión y purgas internas. El origen del enfrentamiento y sus horrores son atribuidos al capitalismo y a la incapacidad de las democracias para contener sus contradicciones; el marxismo-leninismo obtiene el monopolio de la crítica al capitalismo y comienza su extensión masiva en las aulas universitarias.

Si antes de la guerra se satanizaba a las democracias europeas, en la posguerra el imperialismo estadounidense se vuelve el villano favorito. La victoria de la URSS propicia un clima en que la crítica a este país, y a su líder, implica una confesión de fe en el fascismo, el cual, pese a su derrota, permanece como un fantasma amenazante que sólo podrá conjurarse con la revolución. Además, el anti-occidentalismo de la URSS, su planificación económica y sus promesas de cambio social, encuentran un público receptivo en las naciones pobres que han emprendido o habrán de emprender sus procesos de independencia. “La doctrina les ofrece a la vez la filosofía y la estrategia de la emancipación, antes de proponerles los medios. Ningún cuerpo de doctrina europeo habrá sido adoptado con tanta avidez fuera de Europa como, en nuestro siglo, el marxismo leninismo, filosofía poshegeliana sazónada como ideología totalitaria”.²

² Furet, *op. cit.*, p. 543.

Dicha ideología, que permite la asociación del sentimiento nacionalista, la pasión revolucionaria y las expectativas de equidad y progreso, adquiere una enorme flexibilidad y se adapta a numerosas circunstancias. La prestidigitación ideológica permite a las élites locales administrar las expectativas de la población de las nuevas naciones y contribuye a legitimar los regímenes con el halo de la verdad histórica.

Aunque el deshielo de Jruschov conmociona el interior del mundo comunista, la denuncia parcial de crímenes al interior del partido y del “culto a la personalidad”, también genera la expectativa de una remodelación del comunismo y despierta simpatía por su autocrítica. Además, el ideal de revolución y socialismo, ya no se sitúa en una sola tierra prometida, Mao o Fidel Castro constituyen diferentes versiones de la idea revolucionaria que, en su momento, renuevan los entusiasmos y los panteones heroicos, despiertan pasiones y acumulan adeptos. Las motivaciones y los símbolos de los partisanos también han cambiado: si en los treinta el socialismo era el paradigma de la planificación racional y la alternativa al atolladero del capitalismo, en los sesenta representa ya el salto histórico de las sociedades pobres, ya la salida al consumo alienante de las sociedades ricas a favor de la igualdad y la calidez humana. Así, “La crisis del marxismo-leninismo permite al marxismo (a secas) recuperar la apariencia de una segunda juventud a expensas de una interpretación ecléctica, según que conduzca a la recuperación de un radicalismo revolucionario o —lo que es más frecuente— a la reivindicación de un individualismo antiburgués”.³

El individuo radical de los sesenta detenta un perfil muy distinto al de los viejos comunistas doctrinarios de los treinta:

³ Furet, *Ibid.*, p. 557.

su aprendizaje político pasa por la rebelión anticolonialista, el surgimiento del llamado Tercer Mundo, los movimientos antirraciales y pacifistas en Estados Unidos, la revolución cultural china; la revolución cubana y las intervenciones de Estados Unidos. Además, en los años sesenta, el espectro de opciones para la crítica social se enriquece con los movimientos de derechos civiles, con los de reconocimiento de culturas periféricas y con nuevos enfoques libertarios, como el de Marcuse, que critican el socialismo real, denuncian los mecanismos de enajenación del capitalismo desarrollado y encuentran nuevos sujetos revolucionarios en la creciente clase estudiantil e intelectual. En el mundo académico, el marxismo de las metrópolis intenta liberarse de dogmas, lemas y programas políticos inmediatos y consolidar su solidez teórica y empírica como instrumento de análisis.

En suma, aunque acotada por la Guerra Fría y por el éxito indiscutible del capitalismo que permitía una elevación sin precedentes del nivel de vida, hacia los años sesenta la izquierda se había convertido en una tendencia predominante en el mundo académico, en la vida intelectual y hasta en la moda.

Por supuesto, la izquierda no ejerce un dominio completo de los aparatos culturales y el anticomunismo alcanza amplios auditorios y polariza las sociedades. Si muchas universidades y medios impulsan una cultura de izquierda contestataria, otras instituciones se erigen como medios de contención. Este desacuerdo se expresa también en el plano intelectual y, frente al avance del marxismo-leninismo, se levanta un bloque intelectual que, sin eludir el lenguaje cargado de sospecha e ideología, buscan reputarse como los defensores de las libertades y valores de Occidente. Así, los intelectuales, mediante

grupos de presión, campañas de opinión o congresos, también participan en la Guerra Fría de las ideas.

LA PUESTA AL DÍA DE LA CULTURA MEXICANA

En México, entre 1940 y 1970 se experimenta un proceso de estabilidad y crecimiento económico, impulsado por una industrialización fincada en la protección del mercado interno. En el plano político, se ha consolidado la hegemonía de un sistema presidencialista que, bajo una democracia convencional, permite la alineación corporativa de los sectores sociales en el PRI. Dicho partido, con el arbitraje inapelable del Presidente de la República, constituye el único canal para la conciliación de intereses entre grupos. Así, más allá de los matices que cada presidente imprime a su administración —el discurso de la unidad nacional de Ávila Camacho, el proyecto de modernización capitalista de Alemán; la imagen austera de Ruiz Cortines; la fraseología semi-reformista de López Mateos o la áspera conducción política de Díaz Ordaz—, las formas de operación del sistema político permanecen prácticamente inalteradas.

Aunque en el plano político el arreglo básico no cambie, el crecimiento económico promueve un proceso de transformación social acelerada, caracterizado por la expansión demográfica, la urbanización, el surgimiento de un estrato de clases medias y los mayores índices de alfabetización y educación. Todo ello permite el desarrollo incipiente de un nuevo ciudadano, más educado y cosmopolita, con mayores expectativas económicas, profesionales y políticas, que comienza a actualizar las ideas y las costumbres.

Los años sesenta atestiguan la presencia activa en la cultura de, al menos, un par de generaciones intelectuales, desarrolla-

das ya en la relativa prosperidad de los gobiernos posrevolucionarios y enriquecida con la aportación de la inmigración española, que comparten un ánimo crítico y renovador. Dichas generaciones, que abarcan un rango cronológico impreciso capaz de agrupar a autores que van de Fernando Benítez a José Emilio Pacheco, se ocupan de modernizar o sepultar los temas del nacionalismo en la filosofía y el arte, practican un dinámico intercambio cultural y académico con Europa y, en menor medida, con Estados Unidos y aprovechan el espacio universitario para iniciar un significativo proceso de profesionalización de las humanidades y de las ciencias sociales.

Se trata de una élite informada, escéptica y cosmopolita que, sin romper con el halo legitimador de la Revolución Mexicana, advierte sus promesas incumplidas, observa el auge de los movimientos nacionalistas y revolucionarios en el mundo y practica la liberación de las costumbres que permea la época. A partir de estas perspectivas ejerce una crítica que, en principio, se expresa más en el ámbito de la cultura que en el de la política. La puesta al día en materia cultural, la asimilación de las tendencias de las vanguardias literarias y plásticas europeas, la utilización del arte como un medio de provocación, la promoción cultural hacia un naciente público universitario son las actividades que mayormente caracterizan a esta generación. La *Revista Mexicana de Literatura*, los *Cuadernos del Viento*, el suplemento "México en la Cultura" de *Novedades*, La *Revista de la Universidad*, la Casa del Lago, las nuevas editoriales Era, Joaquín Mortiz y Siglo XXI, son algunos de los espacios y foros en los que opera este grupo casi compacto que encabeza la apertura cosmopolita de la cultura mexicana.

Para algunos de los protagonistas de esta generación, la actividad de estos niños terribles—Carlos Fuentes, Juan García

Ponce, Tomás Segovia, Manuel Felguérez, José Luis Cuevas, Juan Vicente Melo, Huberto Bátiz— introduce la irreverencia y el escándalo en una cultura oficial solemne, enfrenta el lenguaje acartonado de la política y promueve una renovación de las ideas y las costumbres, indispensable para el ejercicio de la crítica.⁴ De este modo, la renovación cultural es inevitablemente estridente:

Si la meta es la modernidad, el tono es el afán de brillantez. Es la eclosión de suplementos y revistas, *happenings*, conferencias-show, entrevistas de intelectuales en televisión, publicidad ilimitada a las vanguardias extranjeras y nacionales, incluso fiestas con ánimo legendario, incluso la instauración de un cónclave comercial que anhela el estatus de símbolo espiritual: la Zona Rosa.⁵

Si bien la provocación artística y el desafío de las normas morales son los aspectos más visibles de estas generaciones, también se asiste a una época de edificación y construcción de instituciones y disciplinas, principalmente en la Universidad. De esta manera, en los años cincuenta y sesenta se crea un amplio entramado institucional para las humanidades y las ciencias sociales y se inauguran tradiciones de mayor rigor y

⁴ Carlos Fuentes, por ejemplo, concibe la renovación literaria y cultural como una forma de la crítica política: “En gran medida, el escritor en México le da una voz a quienes no pueden hacerse escuchar. Pero, también, al hablar públicamente le da una voz a la cultura en general y a la literatura en particular: opone el lenguaje de la pasión, de la convicción, del riesgo y de la duda a un lenguaje, el secuestrado por el poder para dar cimiento a una retórica del conformismo y del engaño”. Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971, p. 64.

⁵ Carlos Monsiváis (1981), p. 1491.

profesionalización en la investigación y la docencia. Disciplinas como la historia, la antropología, la filosofía o la economía se fortalecen con nuevos cuadros, métodos e ideas y se convierten no sólo en un espacio para la formación profesional, sino también para la politización de las generaciones más jóvenes.

En los años sesenta, la izquierda, si bien excluida de las esferas de decisión o de las organizaciones corporativas y con una presencia muy reducida en los grupos populares, comienza a predominar en el ámbito intelectual y universitario.⁶ La influencia del marxismo y el pensamiento radical, que se incorpora a la academia europea, marca a muchos de los miembros de esta generación. Sin embargo, las influencias más relevantes son el movimiento ferrocarrilero de 1958 y 1959, la lucha de Rubén Jaramillo que fractura el idilio de la Revolución Mexicana y, en el exterior, el éxito de la revolución cubana. Dicho movimiento renueva la esperanza en las posibilidades de triunfo de una revolución socialista en América Latina, permite observar desde otra perspectiva los rezagos y la deuda social en México y propicia la concepción de un papel más activo del intelectual en la transformación revolucionaria.⁷

⁶ Para documentar el itinerario de la izquierda después de 1968 puede consultarse el meticoloso y claro estudio de Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Era, 1996.

⁷ En principio, la revolución cubana fue acogida con júbilo por diversos actores, pues representaba un paradigma de renovación frente a una revolución, como la mexicana, petrificada y vuelta contra sí misma. No obstante, pronto la crítica liberal comenzó a desconfiar de la fraseología incendiaria de Fidel Castro. Al mismo tiempo, el gobierno buscó reconstituir su prestigio revolucionario y resguardar al país del contagio desestabilizador mediante una política exterior equilibrada y una política de nacionalizaciones y una fraseología progresista. Por supuesto, este viraje (nacionalizaciones, introducción del

De este modo, la revolución cubana ejerce una influencia fundamental en la mayor politización y radicalización de los intelectuales mexicanos de la llamada “Generación de Medio Siglo”, así como de las nuevas promociones de estudiantes universitarios. Algunos de los miembros más activos de la generación, Víctor Flores Olea, Florencio López Cámara, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, Luis Villoro, profundizan su crítica a los rezagos de la Revolución Mexicana, participan en órganos que ejercen una crítica política y social más concreta, como *El Espectador y Política* y se incorporan a la organización de movimientos populares, independientes del Estado, que pudieran acelerar el cambio social, como el efímero Movimiento de Liberación Nacional (MLN).⁸

Muchos de estos intelectuales sostenían que las condiciones para construir una verdadera democracia sólo podían crearse en un sistema socialista donde la representación ciudadana tuviera una auténtica base de equidad. Con todo, el clima de ideas de esta generación no era revolucionario. La influencia radical de la revolución cubana contribuyó a que los científicos sociales buscaran orientar su saber al servicio de las causas populares y a que se establecieran diagnósticos más sólidos sobre los grandes problemas de injusticia y subdesarrollo que persistían pese a décadas de crecimiento y retórica revolucionaria. Sin embargo, su perspectiva de la transición socialista era gradual:

libro de texto, radicalismo verbal) trajo inquietud y generó reacciones entre los empresarios, la iglesia y algunos sectores de clase media.

⁸ El MLN se fundó en 1961 y agrupó a personalidades de los partidos de izquierda existentes, a socialistas independientes y a numerosos intelectuales progresistas y se proponía la defensa de la revolución cubana, la recuperación de la reforma agraria en México y la defensa de la soberanía nacional.

Pero antes de esta meta general existían otras particulares e inmediatas como el cumplimiento de los reclamos agrarios de 1910, la defensa de la industria nacional y –aportación de Carlos Fuentes– el fortalecimiento de la izquierda dentro del Estado, “apoyarlo en su actitud patriótica, y criticarlo cuando falta a su deber”; organizar con urgencia y con independencia a los campesinos y a los obreros; ocuparse del sindicalismo mexicano, capaz de asegurar “la continuación del proceso revolucionario más allá de la definición cíclica de la Revolución de 1910”, contingente que, a pesar de la ineptia de la izquierda en México, ha demostrado sus arrestos “para actuar decidida y organizadamente a fin de alcanzar las mejoras apetecidas”.⁹

Así, su programa no preveía la lucha frontal contra el Estado, sino, por un lado, el fomento de la organización popular y, por el otro, la utilización de los instrumentos del gobierno para recuperar las promesas de la Revolución Mexicana y modular el rumbo del desarrollo hacia una distribución del ingreso más equitativa y la apertura gradual del sistema político. Por eso, la incorporación al gobierno de algunos miembros de esta generación, si bien no tenía el aura idealista de los años veinte tampoco era considerada un estigma. En el ambiente de cerrazón política existente, la colaboración con el Estado podía ser un medio para adquirir influencia y promover un cambio desde el interior del sistema. El Estado surgido del movimiento revolucionario, si bien cercado por una burocracia obcecada y cerril, podía ser un instrumento para acotar el predominio de los intereses de la burguesía,

⁹ Leonardo Martínez Carrizales, “La gestión política y periodística de Medio Siglo. El Principio”, en *Revista de la Universidad*, núm. 504-505, enero-febrero de 1993, p. 35.

dirigir un desarrollo más equitativo e incorporar al país a la lucha anti-imperialista en el mundo.

El ideario político y social de Paz no estaba lejano del de estas generaciones intelectuales: por un lado, Paz compartía la voluntad de experimentación artística y el ánimo de apertura y era reconocido por muchos miembros de esta generación como un precursor de la actitud renovadora y cosmopolita que los caracterizaba; por el otro, aunque Paz había manifestado su escepticismo creciente con respecto a la revolución cubana, compartía con los miembros de esta generación algunos aspectos del diagnóstico en torno a México y la creencia en la posibilidad de un cambio gradual, conducido desde el propio Estado.

Sin embargo, debajo de estas generaciones bullía un movimiento todavía más radical. La educación superior, el acceso a la cultura, la vocación artística se fundían en una idea de compromiso social más exigente y perentoria. La emergencia de nuevos iconos revolucionarios que legitimaban la figura del estudiante como actor de la Revolución; el auge de las ciencias sociales y las teorías críticas; el éxito comercial de la nueva novela, que conjugaba el experimentalismo con la crítica social, el clima de izquierda de las universidades, propiciaban una cultura radical continental y una vinculación indisoluble de la liberación de las costumbres y la renovación estética con la revolución social.

OCTAVIO PAZ Y EL MOVIMIENTO DE 1968

Por tradición, la relación del intelectual mexicano con el Estado ha sido estrecha. Por un lado, la Revolución Mexicana se convirtió en una metáfora legitimadora que propició que,

más allá de las experiencias individuales de desencanto y frustración, varias generaciones de intelectuales identificaran en el servicio público una tarea eminentemente patriótica. Por otro lado, además de la fascinación cívica que en ciertos momentos ejerció el servicio público, durante mucho tiempo la burocracia constituyó para los intelectuales un medio de supervivencia ante la escasez de oportunidades en otros sectores.¹⁰

Al igual que numerosos intelectuales, Octavio Paz trabajó durante mucho tiempo en el gobierno. A diferencia de otros funcionarios-escritores, Paz no había experimentado las responsabilidades y los compromisos que implican los puestos de primer nivel y había realizado una carrera lenta y poco fulgurante en la diplomacia. En la relación con el poder, Paz conservaba un cuidadoso equilibrio entre sus opiniones personales y su desempeño en el gobierno. Ciertamente, a lo largo de su carrera diplomática, Paz fue un observador puntual de la realidad nacional e internacional y, a despecho de sus responsabilidades oficiales (que durante cerca de veinte años fueron relativamente modestas), el escritor no desdeñó la participación en diversos debates políticos y estéticos y, si bien con cautela y altibajos, mantuvo una actitud de independencia crítica.¹¹ Con todo, Paz no era un adversario del régimen de

¹⁰ De hecho, en México la tradición más extendida en la primera mitad del siglo pasado no identificaba, como fue habitual en las últimas décadas, al intelectual como un crítico del poder y de las costumbres, sino como un "canciller" que identifica su misión con la del Estado. Véase, al respecto, los apuntes de Leonardo Martínez Carrizales sobre la actitud de Alfonso Reyes hacia el Estado, "Alfonso Reyes o el Republicanismo clásico", en Martínez Carrizales (1999), pp. 53-63.

¹¹ No es la intención de este trabajo idealizar la actitud de Paz y es muy probable que en muchas ocasiones haya tenido que transigir con ideas y tareas con las que no estaba de acuerdo. Sin embargo, un ejemplo de los márgenes

la revolución: reconocía las bondades del sistema político que había promovido la estabilidad y el crecimiento económico; admitía el retraso democrático y el autoritarismo del régimen, aunque consideraba que no podía compararse con el militarismo latinoamericano o las dictaduras de facha socialista, y creía en la posibilidad de impulsar la imprescindible modernización por medio de reformas graduales.

El año de 1968 fue fundamental en la vida pública de Octavio Paz. Su salida de la Embajada de México en la India como protesta por la represión al movimiento estudiantil en Tlatelolco le generó un extraordinario patrimonio que, en adelante, avalaría su actividad crítica con el prestigio de la rectitud y la congruencia moral. Sin embargo, la actitud de Paz hacia 1968 es mucho más que el gesto de indudable valentía que lo consagró como paradigma cívico. Por un lado, las reflexiones en torno a los movimientos juveniles de los años sesenta constituyen una de las porciones más lúcidas de su obra, en donde se combinan el escepticismo en torno a la naturaleza y los límites de dichos movimientos con la capacidad para comprender sus motivaciones y simpatizar con algunos de sus ideales. Por otro lado, en México los miembros de la generación de 1968 se constituyeron en los interlocutores más importantes de Paz durante las tres décadas siguientes en las que el poeta ejerció de manera sistemática su polémica tarea de diagnóstico y escrutinio de la vida pública.

El clima de ideas y los estados de ánimo colectivos de los años sesenta ya eran motivo de reflexión en la obra de Paz,

de independencia que Paz se otorgaba a sí mismo puede observarse en su participación en la presentación de la película *Los olvidados*, de Luis Buñuel, que en México había arrancado agrios comentarios oficiales por considerarse que denigraba a la sociedad mexicana y que fue defendida con entusiasmo por Paz.

antes que hicieran eclosión en 1968.¹² Paz consideraba las insurrecciones juveniles como un rechazo a las promesas de la vida moderna, a la rigidez de las ideologías y a las fantasías del progreso económico. Para Paz, el optimismo en el futuro (ya en la revolución, ya en el edén capitalista) y la ética de sacrificio que habían marcado a las generaciones anteriores, habían sido sustituidas en los años sesenta por la recuperación del presente y la exaltación de la vida concreta. Este ánimo subversivo no surgía de los sectores desposeídos, sino que era privativo de ciertos estratos relativamente privilegiados, como los intelectuales y los estudiantes. Dado su carácter finalmente elitista, esta rebeldía no resultaba revolucionaria, no reivindicaba demandas sociales, ni transformaciones sistemáticas y, más bien, podía concebirse como una actitud vital desafiante, producto del ocio y el acceso a la cultura. La rebeldía implicaba la decadencia del ideal de la revolución marxista, así como la disolución, fruto de la movilidad social y del progreso material, de los conceptos de pueblo y clase. Los movimientos juveniles no enarbolaban sistemas o ideologías coherentes, sino que expresaban una indignación instintiva y una sensación de asco ante el carácter impostado e inflexible de las creencias que profesaban sus mayores. Por eso, si los sistemas que propiciaban la ficción de la abundancia y el funcionamiento de las maquinarias del autoritarismo se fundaban en la lógica y la solemnidad, el rechazo juvenil se fundaba en el *nonsense* y la irreverencia, en el gesto de “exigir lo imposible”.

Sin embargo, Paz también reconocía las exageraciones en torno a las posibilidades de la protesta de los jóvenes y resaltaba

¹² Véanse los ensayos de la tercera parte de *Corriente alterna*, México, Siglo XXI, 1967.

la facilidad con que ciertas formas de subversión en el arte y las costumbres eran asimiladas por el mercado y la moda. Por eso, la insurrección juvenil era una respuesta ambivalente a la crisis del mundo moderno que implicaba, por un lado, la exaltación del hombre, el llamado a la autenticidad y la reivindicación del amor y el erotismo como ejercicio del libre albedrío y, por el otro, la conversión del acto rebelde en *modus vivendi*, la adopción de nuevas poses y la complacencia en la creación y la reflexión.

A la luz de estas consideraciones, las movilizaciones estudiantiles de 1968 no resultaban sorpresivas: la universalidad del movimiento estudiantil se debía a que los estudiantes constituían un estrato auténticamente internacional que contaba con los instrumentos intelectuales y el apartamiento de las relaciones de producción indispensables para ejercer la crítica de la sociedad en su conjunto. No obstante su universalidad, estos movimientos también presentaban diferencias: mientras que en Europa occidental y Estados Unidos constituían principalmente una crítica al progreso, a la subyugación de minorías y al colonialismo, en Europa del Este se expresaban como una demanda de democracia e independencia de la influencia soviética y, en América Latina, como un reclamo de apertura y participación política.

En una comunicación del 6 de septiembre de 1968, dirigida al entonces Secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo Flores, Paz se refería a los disturbios sociales, principalmente movilizaciones de estudiantes, que se habían producido recientemente en la India y señalaba que, dentro de un ánimo común de protesta contra los sistemas y la autoridad, la revuelta estudiantil era un catalizador de diversas demandas sociales privativas de cada uno de los países en

que se presentaba.¹³ En el caso de México, afirmaba que la estabilidad política había permitido un extraordinario desarrollo y un proceso de movilidad social, no correspondido con mayores oportunidades de participación política. De este desequilibrio, surgía el malestar de la clase media mexicana, representada en los estudiantes, que debía leerse, ante todo, como un reclamo de mayor participación política. Por eso, hacía énfasis en la urgencia de reformas y en la necesidad de una política sensible, que considerara las razones profundas de la movilización y estableciera puentes para el diálogo y la reforma gradual, evitando así la radicalización de los movimientos contestatarios.

En resumen, si bien receloso respecto de las posibilidades de los movimientos juveniles en general, Paz observaba con simpatía la frescura de muchas actitudes y demandas de las movilizaciones estudiantiles y consideraba que, mediante el arte de la política, era posible encauzar sus energías positivas e impedir su eventual desviación o manipulación. En ese sentido, Paz discrepaba de la teoría conspirativa que esgrimía el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz y sostenía que la sensibilidad para comprender la naturaleza del movimiento y adoptar las reformas adecuadas era la mejor manera de impedir que estos temores conspirativos se materializaran.

¹³ El entonces presidente Gustavo Díaz Ordaz, a través del Secretario de Relaciones Exteriores, solicitó a los embajadores información sobre los conflictos sociales, especialmente estudiantiles, y las medidas que se habían adoptado para solucionarlos en los países a los que estaban adscritos. Véanse Sergio Aguayo, *1968: los archivos de la violencia*, México, Grijalbo, *Reforma*, 1998, p. 45 y las cartas a propósito de los episodios de 1968 de Octavio Paz a Antonio Carrillo Flores, en *Vuelta*, núm. 256, marzo de 1998.

LA RESPUESTA DEL GOBIERNO
AL MOVIMIENTO DE 1968 EN MÉXICO

La Guerra Fría y el influjo ideológico de la Revolución Mexicana constituyeron un entorno favorable para marginar cualquier disidencia y para arraigar el dogma de la unidad y la conciliación nacional bajo los gobiernos posrevolucionarios. La aparición de un movimiento estudiantil en México fue inusitada y sorprendió tanto a las autoridades como a los propios actores sociales.¹⁴ Bajo la égida de los gobiernos revolucionarios, México había pasado de ser un país convulsionado por la guerra civil a convertirse en una nación pacífica que, aunque de manera lenta y desigual, se encaminaba hacia la prosperidad. Precisamente, la realización de las Olimpiadas, implicaba la certificación internacional al esfuerzo modernizador de los gobiernos revolucionarios y la prueba de que la Revolución había sido encauzada en un proceso de progreso pacífico. La organización de la Olimpiada acarrea prestigio y autoridad moral al país como ejemplo de paz y convivencia civilizada.

Dado el carácter apacible de la vida política de los últimos años, pocos pensaban a principios de 1968, en la aparición de un movimiento disidente y, aun tras el estallamiento de los conflictos estudiantiles en Europa, había voces que se congratulaban de la estabilidad social en México. El movimiento estudiantil comenzó como una protesta por la represión a una reyerta entre estudiantes y, ante la cerrazón y violencia oficial, en un par de meses alcanzó una magnitud y un poder

¹⁴ Una reconstrucción del clima de ideas, la cronología del movimiento y la respuesta de los intelectuales, que recupera numeroso material documental, se encuentra en el libro de Jorge Volpi, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Era, 1998.

de convocatoria sin precedentes. Los enfrentamientos, cada vez más cruentos, entre estudiantes, soldados y policías se multiplicaron y condujeron a la toma de instalaciones universitarias por parte del ejército.

Aunque en el movimiento participaban militantes de izquierda y otros elementos radicales, la protesta estudiantil pudo encauzarse a través de un pliego petitorio común que solicitaba la libertad de los presos políticos, la destitución de algunos funcionarios, la desaparición del cuerpo de granaderos, la derogación de los artículos que penalizaban el difuso delito de disolución social, la indemnización de las familias de estudiantes muertos y heridos y el deslinde de responsabilidades en los actos de represión. En suma, el movimiento estudiantil no enarbolaba un programa revolucionario, ni siquiera realizaba una crítica radical del sistema educativo, y sus peticiones hubieran parecido atendibles en un régimen abierto y democrático.¹⁵

No obstante, en un ambiente de acendrado autoritarismo y de paranoia conspirativa, estas demandas resultaban inaceptables. Ciertamente, el sistema de partido hegemónico

¹⁵ La lógica del poder en los años sesenta respondía a una rígida razón de Estado, que no sólo consideraba inaceptable la protesta social sino que rechazaba cualquier crítica al proceso de desarrollo económico y estabilización social que habían impulsado los regímenes revolucionarios. En este contexto pueden observarse hechos sintomáticos previos al 68, como fue el despido de Arnaldo Orfila del Fondo de Cultura Económica, por haber permitido la publicación del libro de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, que relataba la vida de una familia pobre emigrada al D.F., y que, como había ocurrido años antes con la película *Los olvidados*, de Luis Buñuel, se consideró un documento tremendista y una ofensa al país. Para este episodio véase Xavier Rodríguez Ledezma, *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*, México, Universidad Pedagógica Nacional, 2001, pp. 79-99.

tenía como característica la autoridad indiscutible del Presidente durante su periodo de gobierno, la preservación de esta autoridad era considerada como un valor fundamental, por lo que, ante la disidencia, sólo existían dos opciones posibles, la cooptación o la solución de fuerza.¹⁶ Así, la obsesión de la élite gobernante por el principio de autoridad, la importancia de la Olimpiada como escaparate internacional, la sospecha respecto a la existencia de una conjura internacional para desestabilizar el país, y la propia personalidad del presidente Díaz Ordaz constituían obstáculos casi insalvables para una solución dialogada al conflicto social que emergía.

El 2 de octubre de 1968, en un mitin en la unidad habitacional de Tlatelolco al que había acudido el ejército, la violencia alcanzó su mayor magnitud. Tras una provocación realizada presumiblemente por fuerzas del propio gobierno, el ejército atacó a la muchedumbre y comenzó una matanza que se prolongó por varias horas y cuyo saldo de muertos no pudo esclarecerse. Si bien nunca se han deslindado claramente las responsabilidades de la masacre del 2 de octubre, es evidente que, ante las características del sistema y de los actores políticos, la posibilidad de la violencia extrema había estado latente desde el momento del estallamiento del conflicto.

LA REPRESIÓN Y LA RENUNCIA DE OCTAVIO PAZ

La represión del 2 de octubre y el avasallamiento de la revuelta con la aprehensión de líderes y simpatizantes, cumplió con

¹⁶ Sergio Aguayo describe y documenta detalladamente los diversos mecanismos del control autoritario de la información, las formas de cooptación o represión de la disidencia y la cerrazón de la clase gobernante en México. Véase Aguayo, *op. cit.*, especialmente los capítulos II, III y IV.

su efecto silenciador. El movimiento estudiantil mexicano terminó de diluirse y las Olimpiadas se llevaron a cabo en un ambiente de calma. La respuesta de los intelectuales a los hechos de 1968 fue ambivalente: por un lado, un grupo de intelectuales había manifestado desde el principio su aversión al movimiento y apoyaron las acciones del gobierno; otro grupo de intelectuales, que ocupaba puestos en el gobierno, si bien no respaldó de manera explícita la política oficial sí mantuvo un prudente silencio; finalmente, un tercer grupo, muy numeroso, de intelectuales progresistas que había apoyado al movimiento estudiantil se encontró, después del 2 de octubre, con un ambiente de persecución, delaciones y cerrazón de los medios, lo que impidió una formulación coherente de la respuesta intelectual.

Ninguno de los numerosos intelectuales de prestigio que laboraban en el gobierno renunció a su puesto o realizó alguna otra forma de protesta. Solamente Octavio Paz, en una carta fechada el 4 de octubre de 1968, manifestaba al Secretario de Relaciones Exteriores su consternación ante las informaciones internacionales sobre la represión; expresaba la imposibilidad de seguir representando un gobierno cuya política no podía compartir y pedía su separación al puesto como Embajador de México en la India.¹⁷

¹⁷ Pese a su escepticismo intelectual en torno al movimiento juvenil, Paz no dudó en arriesgar una carrera laboral de más de veinte años para manifestar su repudio a la represión del movimiento estudiantil. El hecho de que Paz se encontrara fuera del país y de que el peligro físico que enfrentaba fuera menor no disminuye el valor de su actitud: ciertamente, los intelectuales mexicanos identificados con el movimiento estudiantil sufrieron cárcel y represión física, sin embargo, la capacidad de persecución de un régimen autoritario no tiene fronteras y Paz afrontó los peligros que implicaba desafiar

Tras su rompimiento con el gobierno, era posible observar a Octavio Paz como un hombre consecuente que, acaso de manera inesperada para él mismo, había sacrificado una larga carrera en el servicio público por fidelidad a sus convicciones personales; sin embargo, también era un crítico del totalitarismo y un pensador alejado de los reflejos condicionados de lo políticamente correcto. De este modo, sin pertenecer a la intelectualidad radical del país, y tal vez sin proponérselo, Paz

y deslegitimar al gobierno. La guerra subsecuente contra Paz constituye un episodio significativo: después de abandonar la India, Paz se dirigió a Francia en donde denunció el anquilosamiento del modelo político, la brutalidad de la acción gubernamental y la complicidad de algunos intelectuales. El gobierno mexicano, a través de Silvio Zavala, entonces embajador, hizo un cuidadoso seguimiento de la actividad de Paz y consideró diversas estrategias para silenciarlo. Por un lado, se tomaron represalias contra los medios que habían dado voz a Paz como *Le Monde* y a petición del embajador Zavala, el Secretario Carrillo Flores pidió al ex presidente Miguel Alemán que cancelara la publicidad del Consejo Nacional de Turismo en ese medio. Igualmente se exploró la posibilidad de tomar medidas legales contra el poeta. “La intención de acallar al poeta por la vía legal era tan seria que la Embajada recurrió a un jurista francés para explorar las posibilidades de una demanda”. El experto consultado consideró viable una acción judicial, aunque no la recomendaba porque podría ser un pretexto para que el acusado pudiera expresar “teorías tendenciosas y alegatos inexactos que dejan trazos injustamente retenidos como ciertos”. Sugería, en cambio, demandar por difamación a Paz en México para solicitar su extradición o, bien, contrarrestar su actividad con la divulgación de la obra del gobierno mexicano, mediante una agencia publicitaria especializada. Los funcionarios interesados en acallar a Paz eligieron esta última opción y distribuyeron el discurso que había pronunciado el 20 de noviembre el entonces líder del PRI, Alfonso Martínez Domínguez. “Traducido y repartido, el opúsculo tuvo un frío recibimiento en Francia, donde no supieron apreciar las sutilezas de la retórica revolucionaria mexicana”. Véase Sergio Aguayo, *op. cit.*, cap. XVI, p. 276.

se transformó en el símbolo internacional de la disidencia en México y en un icono incómodo del progresismo nacional.

No es extraño, por eso, que tras una fugaz luna de miel, Paz haya comenzado un diálogo, a menudo fervoroso e inflamado, con la izquierda mexicana y, particularmente, con la generación que había protagonizado el movimiento estudiantil. La relación fue tormentosa y llena de malentendidos: el gesto de solidaridad de Paz con el movimiento estudiantil acrecentó su autoridad moral; sin embargo, las posteriores discrepancias ideológicas con muchos de los que habían recogido las banderas del movimiento lo volvieron sujeto de una exposición y enfrentamiento público pocas veces visto en la historia de México. Conocer la naturaleza de estos desacuerdos ideológicos contribuye a entender el papel de Paz, así como a comprender las actitudes de la izquierda en el México posterior a 1968.¹⁸

EL CLIMA INTELECTUAL DESPUÉS DE 1968

Más allá de los testimonios lamentables y de los episodios demenciales de delación y autoinculpación, la masacre de 1968 reveló de la manera más brutal la lógica de un Estado, que concebía su autoridad y su legitimidad derivadas de una

¹⁸ Por supuesto, no se trató de una actitud generacional homogénea y un ejemplo de esta diversidad de posturas es el de Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze. Si en un momento dado ambos manifestaron reservas ante la figura del intelectual independiente que proponía y representaba Paz, sus actitudes posteriores fueron muy distintas: Krauze consolidó una estrecha relación personal e intelectual con Octavio Paz, que les permitió realizar empresas comunes como *Vuelta*; Aguilar Camín, fuera de ocasionales convergencias, a menudo manifestó posiciones contrarias a las de Paz en lo que, más allá del eventual encono y las frases incendiarias, constituyó una rica historia polémica.

encarnación histórica de la voluntad popular, que no podía admitir ningún desafío.¹⁹ De ahí, el rigor implacable de algunos defensores del Leviatan, como Martín Luis Guzmán, quienes ligados íntimamente a la construcción de los regímenes revolucionarios, aplaudieron la represión como un ejercicio de razón de Estado, que preservaba una herencia histórica y un orden de civilización contra las fuerzas disolutivas.

Aunque fuera de los gestos simbólicos y las protestas aisladas los intelectuales no pudieron construir una fuerza civil que condenara la matanza y exigiera castigo a los responsables, 1968 minó la legitimidad del régimen y tuvo consecuencias de mediano y largo plazo sobre la relación de los intelectuales con el Estado.²⁰ Si hasta antes de 1968, la búsqueda de modalidades reformistas de acción social en colaboración con el Estado había guardado cierto prestigio entre los intelectuales, el saldo trágico de 1968 parecía desprestigiar definitivamente esta opción, sobre todo entre las generaciones más jóvenes. La figura de la Revolución Mexicana, fuente indiscutible de legitimidad para los gobiernos priístas, se había vaciado de sentido y, dado que desde la caída del Segundo Imperio el pensamiento conservador ha cargado con un estigma que lo exilia del espacio público, la izquierda amplió su influencia en

¹⁹ Volpi (1998) y Rodríguez Ledezma (2001) hacen una reconstrucción del clima intelectual después de octubre de 1968 y del clima de histeria que llevó a episodios como el lamentable “yo acuso...” de Elena Garro a numerosos intelectuales.

²⁰ Ciertamente, varios intelectuales de renombre como Martín Luis Guzmán, Jesús Reyes Heróles, Agustín Yáñez, Silvio Zavala, Jaime Torres Bodet y Antonio Carrillo Flores, entre otros, avalaron explícitamente o con su silencio los hechos de 1968 y siguieron ocupando puestos en el gobierno; no obstante, el sentimiento general entre los intelectuales fue de repudio y frustración.

el escenario intelectual. Sin embargo, como en ningún otro momento, es necesario distinguir a los distintos protagonistas de la izquierda.

La izquierda oficialista de Vicente Lombardo Toledano, que había apoyado al régimen de manera vergonzosa parecía desprestigiar definitivamente este segmento político que, con su retórica rebasada y su acción entre oportunista y sectaria, ya resultaba anacrónico antes del 68. El Partido Comunista Mexicano, afectado por su ambiguo papel en el movimiento, tampoco salió fortalecido. Por su parte, la generación de la izquierda universitaria previa al 68 –la llamada “Generación de Medio Siglo”–, que se había formado al calor de la revolución cubana y había crecido en un medio académico y cosmopolita, también enfrentaba un dilema ante el clima radical. Dicha generación había concebido al marxismo como un instrumento más sólido de análisis social y había elaborado un programa gradual de transición al socialismo, que incluía la colaboración con las fracciones progresistas del Estado, el fortalecimiento del sector público y una oferta política vagamente socialdemócrata. Sin embargo, tal propuesta gradualista, que aún mantenía la confianza en la buena voluntad de las élites progresistas, tenía poco eco en una generación que había sufrido de manera directa la represión.

Por eso, los más beneficiados del aura legitimadora del martirio del 68 fueron quienes, por su edad o por su participación directa, podían reivindicarse como protagonistas del movimiento. De esta manera, la derrota real del movimiento de 1968 se convirtió en una suerte de victoria moral para las jóvenes generaciones, que permitió la renovación de cuadros en la cultura y en la política. Las posiciones de la izquierda del 68 fueron muy diversas y se disgregaron en actitudes

encontradas. Tras la represión de 1968, una porción considerable de los militantes, influidos por la tradición anarquista, el cristianismo revolucionario y, sobre todo, el maoísmo, se dirigió a realizar trabajos de organización, adoctrinamiento y movilización con núcleos de trabajadores urbanos o enclaves campesinos. A menudo estas formas de vinculación social desembocaron, más que en grandes conglomerados sociales o políticos, en logros prácticos como el mejoramiento de los procesos de producción, la organización de cooperativas y el surgimiento de organizaciones políticas de influencia local.

Otros más prefirieron organizar modalidades de respuesta armada a la cerrazón del régimen y se sumaron a la lucha clandestina. Entre 1968 y 1974, el país experimentó una etapa de lucha armada que, en el ámbito rural, tuvo su principal frente de batalla en la Sierra de Guerrero, con las guerrillas, ya en germen antes del 68, de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas. También aparecieron intermitentes brotes de guerrilla urbana, de inspiración estudiantil, de los cuales el más famoso fue la Liga 23 de septiembre. Mediante asaltos, secuestros y otros golpes espectaculares, la guerrilla urbana buscaba atacar objetivos estratégicos del Estado y el capital e, incluso, combatir a las organizaciones de izquierda que, en su opinión, cuestionaban u obstaculizaban de alguna manera la conciencia revolucionaria y el apoyo a la revolución violenta.

Sin embargo, la izquierda encontró el clima más adecuado para resguardarse y reproducirse en las universidades. Después del 68, las universidades constituyeron el refugio predilecto de los estudiantes e intelectuales que habían participado en el movimiento pues, por un lado, una vez estigmatizado el servicio público, significaban una salida digna que permitía la percepción de independencia. Además, la ampliación de la ma-

trícula y la creación de nuevas universidades con la consecuente demanda de personal hacían que la universidad ofreciera una opción laboral relativamente ventajosa. Los militantes del 68 encontraron en la academia universitaria un espacio para hacer política mediante el sindicalismo universitario o para reflexionar sobre el papel del estudiante y el intelectual en la conformación de organizaciones sociales capaces de resistir y enfrentar al Estado y al capital. A medida que, en los años siguientes, se presentó un periodo de insurgencia obrera y surgieron nuevos movimientos urbanos y populares, la izquierda universitaria adquirió un mayor peso político. Estos segmentos de la izquierda, como el que se formó alrededor de la revista *Punto Crítico*, lograron establecer vínculos con las nuevas organizaciones sociales, como los movimientos vecinales y de colonos o el movimiento feminista, así como con los protagonistas del sindicalismo disidente. La orientación crítica de la universidad se volvió más notoria conforme transcurría la década de los setenta, merced a la incorporación de numerosos exiliados socialistas del Cono Sur y al impulso sin precedente que recibió la educación superior.²¹ La influencia de los protagonistas del 68 y de algunas de las

²¹ Entre 1970 y 1977 el gasto en educación pasó de 1.9 a 3.7 por ciento del PIB; sin embargo, este gasto fue distribuido de manera desigual entre los diversos sectores sociales y su énfasis, más que a integrar socialmente a los pobres mediante una inversión orientada a mejorar la calidad y cobertura de la educación básica, se dirigió a promover una imagen peculiar de modernidad, que consistía en ampliar, sin mayores criterios de calidad, el acceso a la educación superior. Así, por ejemplo, el gasto federal por alumno en 1976 en la escuela primaria era de sólo 577 pesos; mientras que en la educación superior era de 43 947. Véase Pedro Aspe y Javier Beristáin, "Distribution of Education and Health Opportunities and Services", en Pedro Aspe y Paul Sigmund (eds.), *The Political Economy of Income Distribution in Mexico*, Nueva York, Holmes & Meier Publisher, 1984, p. 301.

figuras más relevantes del socialismo latinoamericano se asentó fundamentalmente en la UNAM, imprimió un giro importante en los planes de estudio y promovió el marxismo como columna vertebral de la formación académica, particularmente en las ciencias sociales y la economía.²²

La influencia de esta izquierda generacionalmente renovada, desencantada de la protesta pacífica y desconfiada del gradualismo de la generación anterior no se limitó a las aulas; se consolidó en los pocos espacios críticos que existían, como en el suplemento “La cultura en México”, e impulsaría posterior-

²² Enrique Krauze, miembro controvertido de esta generación, hace un retrato provocativo de esta nueva cultura universitaria: “Pocas tareas más urgentes que la de una sociología (cultural y política) de ésta que podemos llamar la nueva clase académica en México: maestros, investigadores, técnicos, líderes sindicales y políticos vinculados a las universidades y centros de cultura superior. La cultura mexicana depende muy íntimamente de esta nueva clase marcada por el 68. ¿Qué rasgos de su actitud se pueden vislumbrar? Prácticamente todos se autodesignan de izquierda, son decididamente anticapitalistas y antinorteamericanos. No distinguen la mentalidad conservadora de la liberal. Identifican —o por lo menos supeditan— la libertad política con la libertad económica. Son sensibles a las extremas desigualdades económicas que existen en México y para resolverlas no conciben —en el fondo— otro método que el de cambiar el sistema —en la realidad no en el pizarrón— ya sea violentamente o —vieja y paradójica receta de una generación antiautoritaria— fortaleciendo al Estado. Se identifican moralmente con el campesino, pero tienden a ‘obrerizarlo’. Las soluciones progresistas y urbanas que ofrecen al campo son, por lo general, poco operativas. Descreen del valor autónomo de la cultura. Como en los años treinta se vuelve a hablar de cultura elitista y cultura comprometida. Han impuesto un tono agresivo a la cultura, han polarizado grupos y han creado una demanda cultural a su medida. La vida cultural se puebla nuevamente de individuos apasionados, sobre-emotivos, románticos, honorables, transgresivos, insobornables, iconoclastas, perseverantes, que transitan del nihilismo al dogma”. Krauze, “Los templos de la cultura”, en Camp, Hale y Vázquez, *op. cit.*, p. 602.

mente numerosas publicaciones de índole partidista, política y académica, como *Historia y Sociedad*, *Cuadernos Políticos*, *Punto Crítico* y *Estrategia*, y algunos de los proyectos editoriales independientes más influyentes de la siguiente década, como el diario *unomásuno* y la revista *Nexos*.

Si bien, como es visible, las diferencias tácticas y doctrinarias eran innumerables, existían ciertas creencias y referentes comunes que identificaban la cultura de izquierda. En este sentido, la izquierda del 68, más que en partido o en una teoría, se convirtió en una suerte de moral para las clases intelectuales. Quizá puedan señalarse, más allá de las diferencias, algunos rasgos básicos en los que coincidía el conjunto de la izquierda: el rechazo al Estado posrevolucionario y al PRI y la convicción de un ineludible cambio de régimen; la suposición de que el futuro de la revolución se encontraba en el Tercer Mundo y, por ende, la solidaridad con los movimientos revolucionarios en el mundo; la oposición absoluta al sistema económico y a la política exterior de Estados Unidos y, finalmente, la firme creencia en el compromiso político del intelectual.

Por otro lado, las nuevas realidades sociales y la renovación de cuadros académicos y estudiantiles aparejaron una nueva forma de valorar los fenómenos culturales e introdujeron nuevas reivindicaciones políticas y enfoques teóricos en la esfera de la cultura. Así, se arraigaron la desconfianza hacia el discurso del humanismo liberal; el rastreo de las formas de dominación ocultas en la alta cultura y los medios de masas; el rechazo a la penetración cultural del imperialismo; la reivindicación de la cultura popular urbana como forma contestataria y el aprecio por la contracultura y el arte militante.

Por supuesto, hacer un trazo de la cultura de la izquierda después del trauma del 68 no implica ignorar las excepciones,

ni soslayar la aportación de autores –Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, Roger Bartra o Adolfo Gilly serían sólo algunos– que practicaron una aproximación crítica e imaginativa al acervo marxista y lo enriquecieron, ya con métodos empíricos y cuantitativos, ya con el despliegue de una visión historiográfica más aguda, ya con la crítica de la cultura. Tampoco implica desconocer a un núcleo de escritores, como Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska o José Emilio Pacheco que, sin una adscripción partidista, elevaron la crítica social a la categoría de género literario, introdujeron nuevas dimensiones al análisis de la sociedad, como el interés en los mecanismos de dominación cultural o las políticas de género y buscaron formar en sus lectores una conciencia literaria entendida como conciencia crítica.²³ Con todo, aun sin ignorar la diversidad de las trayectorias individuales y la riqueza y originalidad de muchas obras escritas por hombres de izquierda, decir que Paz enfrentó una cultura y un establecimiento universitario es una exageración útil para entender el papel de este escritor en la vida pública contemporánea.²⁴

²³ El que algunos de estos autores se hayan convertido a los reflejos condicionados del progresismo no disminuye su carácter pionero, ni la importancia de su obra.

²⁴ Si bien la izquierda era la que acaparaba la legitimidad en el plano intelectual. No era la única posición ideológica con gravitación social: la derecha, aunque aparentemente excluida del debate ideológico serio, ejercía su poder en las actitudes y las costumbres de amplias capas sociales y se manifestaba en campañas publicitarias, grupos de choque, etc.

III

LA DÉCADA DE LOS SETENTA

EL ENTORNO POLÍTICO Y SOCIAL EN LOS AÑOS SETENTA

Después de 1968, las evidencias del cambio en la estructura social del país, la polarización ideológica, el debilitamiento de los pactos políticos vigentes y el peso de la opinión internacional, obligaron a los gobiernos surgidos del PRI a intentar recomponer sus bases de legitimidad e integrar nuevos consensos. Hasta antes de 1968, la preponderancia y eficacia del sistema político para, por cualquier medio, resolver conflictos y promover la estabilidad era indudable: los problemas que habían surgido hasta entonces –las rebeliones Henriquista y Almazanista, por ejemplo– fueron escisiones palaciegas y se solucionaron mediante la represión quirúrgica o la conciliación interna, mientras que los movimientos sociales, como el de Rubén Jaramillo en el ámbito rural o el de los ferrocarrileros, habían sido sofocados sin despertar mayores reacciones sociales. El movimiento estudiantil de ese año marcó el inesperado ingreso al escenario político de nuevos actores, los cuales ponían en evidencia los anticuados valores políticos que esgrimían los gobiernos de la revolución. La represión al movimiento

deslustró el carisma ideológico que nutría al presidencialismo y al corporativismo y, en adelante, constituyó una mancha indeleble para la legitimidad del Estado mexicano.

Las opciones parecían ser un endurecimiento político que permitiera la reactivación autoritaria del desarrollo estabilizador o, bien, una apertura democrática y una recomposición económica, que reconociera la pluralidad de perfiles y demandas de la sociedad mexicana, así como los profundos cambios en la escena internacional. Para muchos, el gobierno había elegido la primera opción al designar como candidato presidencial para el periodo 1970-1976 a Luis Echeverría, operador de la áspera política interna de Díaz Ordaz. Sin embargo, desde su campaña, Echeverría manejó un sorprendente mensaje de ruptura con sus antecesores, que proponía una renovación de las metas revolucionarias, una apertura política dirigida principalmente a las corrientes de izquierda y la oferta de mayor justicia social.

En el plano político, se intentó restaurar el equilibrio del sistema político mexicano, más con una ampliación de su capacidad inclusiva y de cooptación, que con una reforma que reforzara la representación de los ciudadanos y plasmara la pluralidad social. La apertura se limitó a la amnistía para algunos presos políticos del 68, la promoción de partidos de izquierda ligados al Estado y la incorporación al gobierno de algunos disidentes. En el plano económico, además de la continuidad de la política de protección a la industria, Echeverría propuso una mayor participación del Estado en el conjunto de las actividades económicas, lo que permitiría fortalecer la soberanía y promover de manera más directa la justicia social, mediante la creación de más empleos y una mejor distribución del ingreso.

Con todo, si el movimiento estudiantil había iniciado el desfile de grupos críticos del liderazgo estatal, los años setenta atestiguaron el surgimiento de numerosos estratos que buscaron formas de gestión ajenas a las que el sistema político había institucionalizado desde los años cuarenta. Aunque Echeverría buscó recobrar la capacidad del Estado para aglutinar aspiraciones e intereses más allá de las divisiones de clase, la relación con diversos sectores sociales se deterioró y se creó un clima de grave polarización. El ambiente político en el país fue, durante casi todo el sexenio, de inestabilidad: el activismo empresarial, la insurgencia guerrillera, la agitación obrera y el surgimiento de nuevos movimientos sociales constituían focos de conflicto que ponían en peligro la hegemonía del poder presidencial y mostraban los límites de los esquemas de procesamiento de demandas sociales del sistema político. No pocas veces se vislumbró la amenaza de los enfrentamientos civiles o de la solución autoritaria por medio de un golpe de Estado, como los que estaban en boga en América del Sur.

Esta década de cambio social acelerado y vaivenes económicos internos, así como de un auge y ocaso de la violencia revolucionaria en el mundo, constituyó una etapa de confusión y exaltación intelectual. El trauma del 68 influyó para que la política privara en el ámbito de la cultura y el conjunto de la producción cultural fuera sometido a una profunda revisión. Asimismo, el clima social de enfrentamiento se reprodujo en la vida intelectual y el régimen echeverrista fragmentó a una comunidad que se preguntaba por su función pública. Los motivos de discrepancia fueron múltiples. En lo interno, la búsqueda de legitimidad intelectual de Echeverría y su llamado a los escritores dividió al gremio, generó episodios oprobiosos de manipulación y fue motivo de un acre debate sobre las

funciones y las posibilidades de independencia del hombre de ideas. En lo externo, hechos como el encarcelamiento del poeta cubano Heberto Padilla o el golpe de Estado en Chile, abrieron una acalorada discusión en torno al papel de la crítica en el contexto de una revolución social y reavivaron las diferencias en torno a las estrategias y la gradualidad del cambio social.

Los integrantes de la “Generación de Medio Siglo” se enfrentaron a la paradoja de que el Estado represor personificado por Díaz Ordaz, merced a la prestidigitación de un relevo generacional, asumía la autocrítica y ofrecía poner en marcha un programa de reforma amplio, susceptible de reorientar el rumbo del desarrollo, propiciar la apertura política y adoptar una política exterior más activa y progresista. Este viraje del Estado enfrentaba amenazas externas y, sobre todo, enfrentaba las inercias del propio sistema, por lo que su supervivencia requería un voto de confianza. Varios intelectuales—Fernando Benítez, Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea—, entre otros, aceptaron el reto y ofrecieron su apoyo a Echeverría. Asimismo, algunos miembros de las generaciones más recientes, como Manuel Camacho, Carlos Salinas, José Francisco Ruiz Massieu, manifestaron una confianza renovada en la posibilidad del sistema político para reformarse y señalaban su voluntad de emprender los cambios graduales desde el interior del PRI.

Por su parte, desde “La cultura en México”, escritores como Héctor Aguilar Camín, Carlos Pereyra, Jorge Aguilar Mora y Héctor Manjarrez mantuvieron una posición de crítica al régimen, que desconfiaba de las promesas de apertura de Echeverría y de las posibilidades de colaboración entre la izquierda y las élites progresistas dentro del Estado.

Sin embargo, las críticas al régimen de Echeverría no provinieron solamente de la izquierda y autores liberales

como Gabriel Zaid y Daniel Cosío Villegas mantuvieron una posición equidistante entre la impugnación tajante, y a menudo irracional, que impulsaban los jóvenes de izquierda y el discurso de los partidarios de Echeverría. Gabriel Zaid, ingeniero civil de profesión y poeta, defendió la independencia del hombre de letras como requisito para mantener su capacidad crítica y mantuvo una polémica con los intelectuales que apoyaron a Echeverría, particularmente con Carlos Fuentes. Zaid señalaba que la naturaleza del presidencialismo implicaba que su relación con la crítica se redujera a la represión o la cooptación y afirmaba que empeñar, como lo hacía Fuentes, un prestigio artístico a un régimen político podía implicar la capitulación del único poder que detentaba el intelectual, el de la crítica. Por su parte, el viejo historiador liberal, Daniel Cosío Villegas, publicó libros como *El sistema político mexicano*, *El estilo personal de gobernar*, y *La sucesión presidencial*, que analizaban los mecanismos de dominación del partido oficial y la manera en que el poder presidencial se convierte en una suerte de monarquía. Cosío Villegas encontró en Echeverría no la voluntad de cambio sino la vieja máscara del autoritarismo que, envuelto en una retórica populista, ejercía el mismo “estilo personal de gobernar” que habían practicado sus antecesores.¹

Al final, la desestabilización de *Excelsior*, promovida por el gobierno, ratificó el escepticismo que muchos intelectuales habían manifestado al intento de apertura del régimen y, salvo los intentos de Carlos Fuentes por defender el papel de Eche-

¹ Dicha crítica no fue bien vista y Cosío Villegas sufrió un acoso que llegó a la injuria y el panfleto. El origen y patrocinio de “Danny el Rojo o Danny, el sobrino del Tío Sam”, un libelo que buscaba desacreditar la trayectoria personal e intelectual de Daniel Cosío Villegas, y que circuló profusamente hacia 1974, es un episodio no aclarado de la guerra sucia de las ideas en México.

verría, dio fin al efímero intento de alianza entre el régimen y los intelectuales.

La crisis económica y la devaluación de la moneda en 1976, así como el enfrentamiento con los empresarios, propiciaron que el sexenio de Echeverría tuviera una difícil conclusión y se ahondara el déficit de legitimidad que el Estado mexicano arrastraba desde 1968. El hecho más ilustrativo de este desencanto cívico fue la incapacidad del PAN, el único agrupamiento político con larga tradición y credibilidad electoral, para participar en los comicios federales de 1976 con un candidato presidencial propio. En este contexto, la campaña de José López Portillo, el candidato presidencial del PRI, fue un extenuante soliloquio, en el que el candidato buscaba recuperar la confianza de un electorado indolente y escéptico.

Con todo, el efecto de distensión de la reforma política y, sobre todo, el efímero auge petrolero aminoraron el grave enfrentamiento social que se había vivido en la administración de Luis Echeverría y permitieron, hasta antes de la crisis de 1982, una momentánea restitución del papel del Estado como catalizador del desarrollo y árbitro indiscutido entre grupos sociales.² Por otro lado, López Portillo no buscó, como Echeverría, aglutinar el apoyo intelectual y, aunque hubo momentos ríspidos en que el gobierno reaccionó a la crítica, nunca existió una relación tan tormentosa como con el régimen anterior.³

² La reforma electoral, entre otras medidas, elevó de 25 a 100 el número de diputaciones de partidos minoritarios, con base en la representación proporcional, y otorgó registro legal a diversas agrupaciones, antes marginadas, como los partidos Comunista y Demócrata mexicanos.

³ El destierro de Mauricio González de la Garza, la destitución de Juan José Bremer del INBA y el retiro de la publicidad oficial a la revista *Proceso* fueron algunos episodios de desavenencia de una etapa que se caracterizó por

Adicionalmente, después del golpe a *Excélsior* se crearon nuevos espacios críticos y empresas culturales independientes como *Vuelta*, *unomásuno*, *Proceso* y *Nexos*. Si el conflicto con el gobierno disminuyó, las diferencias ideológicas entre los grupos culturales se mantuvieron y las posiciones comenzaron a polarizarse alrededor de los núcleos culturales más importantes, como *Vuelta* y *Nexos*.

EL POETA Y LA CONCIENCIA CRÍTICA

La crítica independiente de tendencia liberal no era extraña en México y, aunque soslayada por el peso simbólico de la Revolución Mexicana o por el discurso de la izquierda, se había generado una tradición marginal pero influyente con autores, como Jorge Cuesta, Luis Cabrera y Daniel Cosío Villegas. Sin embargo, fue Paz quien, en los setenta, terminó de elaborar y encarnar el arquetipo del intelectual independiente; quien promovió que el intelectual se asumiera como un poder y quien buscó brindar una mayor identidad y presencia pública a la República de las Letras.

En México —señalaba Paz a principios de esa década— el ejercicio de la crítica, tanto del poder como de la izquierda, resultaba fundamental para plantearse de una manera más fructífera los temas prioritarios del desarrollo político mexicano y evitar la amenaza del autoritarismo. La responsabilidad de esta crítica, sin embargo, no podía dejarse solamente en los protagonistas exaltados de bandos ideológicos irreconciliables, sino que debía escucharse también a un sujeto intelectual que,

la indiferencia del Estado hacia la clase intelectual y por el comienzo de un mercado cultural independiente.

por su posición social y su formación, garantizara una perspectiva más amplia e independiente. En este sentido, frente a los políticos o los intelectuales provenientes de las ciencias sociales, presa fácil de las ideologías, Paz elevaba el papel del artista como crítico espontáneo de la sociedad. Ciertamente, desde su más temprana juventud, la poética de Paz había reservado al escritor y, en general al artista, un sitio prominente en la vida pública. Paz había evolucionado del sujeto idealista y difusamente heroico que dibujaba en su juventud, al artista crítico de sus medios y de la sociedad, que esbozó en los setenta.

En la que acaso constituya su obra de reflexión poética más ambiciosa, *Los hijos del limo*, que recoge una serie de conferencias dictadas en la Universidad de Harvard después de su renuncia al servicio exterior, Paz reivindica la autonomía y universalidad del arte, ensaya una geografía del movimiento poético moderno, exalta a la poesía como medio de conocimiento e instrumento crítico y legitima al poeta como actor político. Para Paz, en sus diferentes lenguas y tradiciones, la poesía contemporánea es crítica tanto de su propia tradición, como de la sociedad que la circunda. La modernidad —agrega Paz— se caracteriza por el concepto de un tiempo lineal e irrepetible, que contrasta con la visión del tiempo cíclico de otras culturas, por el culto al progreso y por la victoria de la razón. La idea de un tiempo finito y la idolatría de la razón permiten que el pensamiento marxista consagre a la historia como un espacio para la salvación colectiva y posibilitan la figura de una revolución social que regenere a la humanidad. De este modo, para sus feligreses, la revolución se convierte en una necesidad histórica fincada en la razón.

Con todo, sigue Paz, los dos recursos principales de la poesía moderna —la analogía y la ironía— niegan de diversas

maneras los conceptos del tiempo, progreso y razón que rigen la vida moderna e incorporan visiones alternas que van del intento de restitución de lo sagrado a la conciencia del absurdo. La analogía –recurso que identifica movimientos como el romanticismo y el surrealismo– busca las correspondencias del mundo, la secreta unidad que rige los acontecimientos, el ritmo universal cuya revelación permita conjugar la poesía y la vida. Así, la analogía es una alusión a la identidad y al tiempo cíclico de lo sagrado que, en muchos sentidos, se opone al tiempo lineal y al concepto unívoco de razón de la modernidad. Por su parte, la ironía, que es el gesto de las vanguardias desencantadas, inserta los conceptos de la muerte, de la nada y del absurdo e incorpora las fisuras que carcomen las certezas ideológicas, el accidente que quebranta las leyes científicas y la carcajada que irrumpe en la solemnidad de las reglas sociales. El poeta moderno, de acuerdo con Paz, ha sido un oficiante del misterio, un *medium* que revela la “otra voz” arcaica y primordial que, por un instante, reconcilia al hombre con la naturaleza y a las palabras con los objetos; ha sido, también, ese profeta sombrío que recuerda el absurdo de los afanes humanos y la banalidad de la historia.

Por eso, aunque el poeta no ha sido inmune al contagio de las ideologías, su posición esencial frente al lenguaje, el culto a la verdad artística y la fidelidad a su conciencia le brindan una perspectiva crítica, que no debe desdeñarse en los debates colectivos. Si bien Paz centra en la poesía su reivindicación del arte como forma de conocimiento y escala de valores, la mayoría de las disciplinas artísticas participan de esta dimensión crítica y, al ser fieles a su propio espíritu de inquisición y renovación, pueden ejercer una forma peculiar de reflexión social.

No es extraño, que, para Paz, los procesos de renovación de las sociedades comiencen a prefigurarse en las artes. En el caso de América Latina, el modernismo, y particularmente Rubén Darío, asimilan las enseñanzas del simbolismo y generan una visión original de la poesía que, a su vez, influirá profundamente la poesía europea, en especial la española. Con el modernismo, América Latina alcanza una autonomía y una mayoría de edad estética y, con ello, los artistas se adelantan a la vida social y política, que no deja de ser una mera aplicación sucesiva de modelos importados. En suma, Paz otorga al poeta y al artista un cometido, a la vez marginal, y a la vez central, como guía y precursor que debe ser atendido por las élites modernizadoras y por el pueblo.

De hecho, para Paz, en el México posrevolucionario los primeros atisbos de crítica al poder habían provenido de los escritores y los artistas que habían sometido a escrutinio el lenguaje y la estética de la cultura oficial paralizados por los estereotipos y la retórica: la nueva literatura y la nueva pintura, al enfrentarse a los discursos estéticos y políticos anquilosados en una imagen petrificada de la Revolución Mexicana, habían colocado los basamentos de la crítica. Así, en la perspectiva de Paz, el artista no comprometido con los partidos ni las ideologías, sino con su propia conciencia y la búsqueda de la verdad, brinda un gran servicio a la sociedad, pues aporta al debate público el equilibrio analítico y los valores morales soslayados por la batalla entre los extremistas ideológicos.

El esfuerzo de Paz no se concentró sólo en la defensa de valores abstractos sino en promover un mayor reconocimiento social del artista y en defender los derechos del gremio. De acuerdo con su ideario, la cultura no debe responder a los dictados del Estado; sin embargo, por el beneficio que impli-

ca para la sociedad sí debe ser fomentada, subvencionada y protegida. De este modo, desde *Plural*, se propuso la creación de un Fondo que estimulara el cultivo de las artes (muy parecido al actual Fondo Nacional para la Cultura y las Artes); se rechazaron iniciativas, como la de cobrar impuestos a los libros, y se buscó influir en los regímenes impositivos para los artistas. Se trataba de una defensa de la labor social del artista que se expresó en la demanda de legitimidad intelectual, pero también de subsidios, facilidades fiscales y deferencias. Así, Paz adoptó el liderazgo espiritual y a la vez gremial del escritor independiente.

Paz buscó fortalecer la posición del escritor no sólo frente al poder, sino frente a la nueva especie de intelectuales que comenzaba a dominar el espacio público en México: los científicos sociales. Ciertamente, después de 1968, el efecto del movimiento en la acelerada politización de una parte de la población, el impulso de la educación superior y la disponibilidad de becas e intercambios académicos propició un desarrollo amplio de las ciencias sociales. Dada la influencia y amplitud de perspectiva de la opinión de Paz, que se planteaba problemas que iban desde la sociología a la antropología pasando por la política, el escritor se convirtió en un interlocutor natural, aunque incómodo, para buena parte del mundo académico.

En particular, debido a las expectativas de mayor liberalización política y a lo que parecía un inminente derrumbe económico y político, durante los años setenta y ochenta el tema del fin de régimen y, posteriormente, de la transición democrática adquirió una gran importancia y los intelectuales provenientes de la academia obtuvieron una importante proyección pública. De este modo, si en las últimas décadas ciertas disciplinas, como la filosofía, que en los años cincuenta

alcanzaron una difusión más amplia entre el público intelectual se retrajeron a la academia, otras, como la ciencia política, comenzaron a desempeñar un papel muy importante en el debate público. El ascenso de los especialistas implicó un nuevo flanco de batalla para Paz, cuyos argumentos y diagnósticos fueron frecuentemente descalificados aduciendo falta de rigor.⁴

La oposición podía ser múltiple: en método, en intención, en interpretación y en estilo. Frente a la especialización predominante, Paz retaba los grandes temas; frente a las metodologías académicas, Paz practicaba un orgulloso eclecticismo; frente a la conclusión acotada, la opinión controvertida; frente a la exposición descriptiva y aséptica, el vigor y la libertad del estilo. Con Paz, el género móvil, inconstante del ensayo literario se posesionaba de temas que los especialistas consideraban propios y establecía síntesis audaces y controvertidas. Paz practicaba la transgresión de las disciplinas y permanecía como un rebelde obcecado que, con su ánimo de ampliar las perspectivas disciplinarias y de introducir el juicio moral, invadía campos de conocimiento, socavaba el rigor y representaba una amenaza para quienes deseaban afianzar los estudios sociales como ciencias respetables.

⁴ Esta es una actitud normal en nuestro tiempo: como señala François Bourricaud, en los últimos años, la decadencia de la cultura general y el ascenso de las especialidades ha hecho que los sociólogos y los politólogos ejerzan una suerte de hegemonía cultural, basada en el acceso preferencial a los medios que les dan sus credenciales. Así, si en los años treinta el intelectual paradigmático es el generalista y los grandes debates son conducidos por éstos; hoy el especialista domina la opinión pública y las instituciones. Para Bourricaud, con esta entronización de la “razón de racional” se corre el riesgo de soslayar la “razón razonable”, esa que se basa en la formación humanista, las buenas costumbres y el sentido común. Véase al respecto François Bourricaud, *El intelectual y las pasiones democráticas*, México, UNAM, 1992, cap. 4.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA PLATAFORMA
DE PROYECCIÓN PÚBLICA

A menudo, el papel marginal e independiente de los intelectuales ha tendido a exagerarse: el artista heroico que forja su influencia desde una soledad profética es más una caricatura romántica que una realidad. La evolución de las ideas se encuentra íntimamente relacionada con intercambios sociales, con redes y grupos intelectuales que transmiten y reproducen valores, actitudes y conocimientos a través del contacto personal.⁵ Si las memorias de Paz, y la mayoría de los recuentos biográficos, muestran cierta delectación en señalar el aislamiento y la hostilidad que el temperamento y la obra de Paz enfrentaron, habría que matizar esta afirmación: sin duda, la recepción de la propuesta de Paz fue tortuosa y debió enfrentar animadversión e indiferencia; sin embargo, no debe dramatizarse su situación ni exagerarse su aislamiento: por un lado, puede observarse en Paz un gran talento para realizar empresas colectivas, establecer contactos convenientes y obtener apoyos de figuras clave en la cultura de la época como Jorge Cuesta, Pablo Neruda y, sobre todo, Alfonso Reyes, quien fue fundamental para gestionar el patrocinio y la publicación de obras como *Libertad bajo palabra*, *El laberinto de la soledad* y *El arco y la lira*; por otro lado, a partir de los años cincuenta, Paz encontró un auditorio amplio y receptivo en las generaciones más jóvenes, dueñas de un ánimo renovador y cosmopolita,

⁵ Michael Walzer sostiene que, contra lo que dicta el estereotipo, el crítico social raras veces es marginal y su influencia social es producto de su capacidad de asociación y de una voluntad deliberada por proyectar públicamente sus ideas. Véase la introducción a *The Company of Critics. Social Criticism and Political Commitment in the Twentieth Century*, Nueva York, Basic Books, 1988.

que observaron en Paz a un teórico y antecesor. En la década de los setenta, Paz logró formar, con intelectuales respetados e influyentes, un grupo relativamente compacto que compartía afinidades en materia política y estética, con la ayuda del cual encabezó el combate ideológico de la década.

El debate cultural en los setenta adquiere un tinte ineludiblemente político, por un lado, por la radicalización que promueve la represión de 1968, por el otro, por el surgimiento de la nueva generación de intelectuales universitarios que imponen su propia visión de la cultura, más vinculada al estudio crítico y sociológico de los fenómenos culturales. El interés por la política, la difuminación de lo literario en la sociología, la abolición de jerarquías entre alta y baja cultura y la reivindicación de la cultura popular y la comunicación de masas, amenazan el papel del estamento literario. De ahí, el enfrentamiento no sólo político sino estético entre Paz y sus adversarios y la intención de consolidar la autonomía de la literatura y hacer valer la posición del hombre de letras ante el avance de los intelectuales e ideólogos provenientes de las ciencias sociales.

A su regreso a México, Paz, que había recibido la invitación de Julio Scherer entonces director de *Excelsior* para dirigir un semanario político, le propuso a cambio la edición de una revista mensual de cultura, que fue *Plural*. *Plural* pretendió convertirse en un espacio capaz de oponer la independencia del arte, los valores liberales y el respeto a la persona a lo que se percibía como un clima de intolerancia circundante. El hecho de dirigir una revista cultural de corte amplio y no una revista política, implicaba que Paz no consideraba la defensa de la autonomía de la cultura desligada de la defensa de un orden de civilización. Si individualmente Paz se hubiera convertido

en un predicador en el desierto, el contar con una revista le permitió sumar inteligencias y voluntades para, por un lado, emprender una labor amplia y cosmopolita de vinculación y difusión cultural y, por el otro, una tarea de crítica política enderezada, en lo externo, contra el totalitarismo y, en lo interno, contra lo que consideraba las veleidades y traiciones de los intelectuales de izquierda. En *Plural* encontraron un foro escritores como Gabriel Zaid, Rafael Segovia, Alejandro Rossi y José de la Colina, entre muchos otros, al tiempo que se logró reunir una importante nómina internacional de pensadores liberales, socialistas democráticos y disidentes del totalitarismo. La existencia de un órgano como *Plural*—y luego de *Vuelta*— permitió que la figura y pensamiento de Paz ejercieran una mayor influencia tanto en México como en el ámbito internacional. Las revistas de Paz fueron proyectos de grupo, aunque no de partido, reunidos por afinidades ideológicas y personales, que contribuyeron a establecer un contrapeso a la preponderancia marxista en la vida académica y en la oferta editorial de la época.⁶ Alrededor del liderazgo de Paz fue posible conformar una propuesta cultural y política, que poco a poco fue inclinándose hacia la defensa de posiciones abiertamente liberales.

El episodio de *Excelsior* demostró el contrasentido de hacer depender proyectos críticos del patrocinio directo o indirecto del Estado y propició el desarrollo de diversos proyectos editoriales independientes. Como es sabido, después de solidarizarse con Julio Scherer al renunciar a *Plural*, Paz

⁶ La izquierda influyó de manera importante en la orientación del mercado editorial de la época y editoriales como Era y Siglo XXI crearon un amplio acervo de pensamiento y, a veces, doctrina marxista.

rechazó integrarse al nuevo proyecto editorial del periodista y con un grupo de amigos fundó *Vuelta*, desde la que continuó el proyecto estético y político que había animado en *Plural*.⁷

En resumen, a partir de los años setenta, las empresas editoriales y, posteriormente, el acceso a la televisión privada fueron los medios que Paz utilizó para proyectar su opinión y librar la batalla que sostenía en múltiples frentes. Quizá el rasgo más importante de los grupos de Paz fue defender el estatuto del hombre de letras en la vida pública, mediante una actividad cultural, política y polémica. En este grupo se cultivó, a veces con grandilocuencia, la idea del intelectual como un clérigo que debe preservar la autonomía de la esfera de la cultura, proyectar los valores de la moral y la búsqueda de la verdad en la vida pública y oponerse a las certezas del poder o de la oposición.

⁷ Mientras Paz y sus amigos fundaban *Vuelta*, un grupo de intelectuales de izquierda, encabezados por Jaime Labastida, fundó una nueva época de la revista *Plural*, en la cual, en oposición a la etapa en que fue dirigida por Octavio Paz, asumió una vocación latinoamericanista y un mayor interés hacia los temas de teoría política y análisis social desde el punto de vista marxista. De este modo, en lo que para muchos había sido concebido como un golpe a un incipiente proyecto de independencia periodística, paradójicamente se erigió un proyecto de izquierda. Naturalmente, entre *Plural* y *Vuelta* se desataron polémicas y pullas permanentes, que también sazonaron el ambiente intelectual de la época. Por ejemplo, en un editorial de *Vuelta* podía leerse lo siguiente: “Ya no resulta fácil entender qué sucedió en *Excelsior*, sin ir a Reforma 18 para que el director general de la revista *Plural*, Regino Díaz Redondo, y su directorio de esquiroleros marxistas, nos expliquen qué están haciendo ahí, cómo llegaron, etc. Se suponía que en *Excelsior* había habido un golpe represivo. Ahora resulta que fue un avance revolucionario, colectivo, internacionalista, que cuenta con el apoyo de Mario Benedetti, Ernesto Cardenal, Roberto Fernández Retamar, y algunas gloriéculas locales como Juan Bañuelos y Adolfo Sánchez Vázquez”, en *Vuelta*, núm. 13, diciembre de 1977, p. 4.

LA POSICIÓN PÚBLICA DE OCTAVIO PAZ
DURANTE LOS SETENTA

A lo largo de la década de los setenta, la posición pública de Paz adquirió una gran resonancia y provocó reacciones virulentas. Paz pretendió funcionar como un defensor de los valores de la cultura, como un vigilante del poder y como un contrapeso a lo que concebía el monopolio intelectual de la izquierda. Consciente de su papel, Paz escribió de manera más frecuente y sistemática sobre materias políticas y sociales y desplegó una intensa actividad como hombre público haciendo declaraciones, firmando desplegados o participando en polémicas. La crítica de Paz fue fundamentalmente moral y concreta por lo que no puede encontrarse en sus escritos una teoría acabada. En este sentido, más que convertirse en un pensador original en asuntos políticos y sociales, Paz intentó realizar, con fines pedagógicos y morales, una traducción de ideas y lenguajes especializados al terreno de la vida pública.⁸

En los setenta, Paz profundizó su crítica a los rasgos autoritarios del sistema político mexicano, pero también ratificó su alejamiento de las posiciones que sostenía la mayor parte de la izquierda. Para el escritor, la matanza de Tlatelolco había revelado la falta de capacidad del régimen para responder a la nueva realidad social del país. Si en los años treinta el partido

⁸ A lo largo de los setenta, Paz produjo una vasta cantidad de artículos y comentarios sobre sociedad y política que, en su mayoría, se recogieron en obras como *El ogro filantrópico: historia y política 1971-1978*, México, Joaquín Mortiz, 1979, *In/Mediaciones*, Barcelona, Seix Barral, 1979 y *Tiempo nublado*, Barcelona, Seix Barral, 1983. Existen, sin embargo, un puñado de artículos que, tal vez por su tono o sus ideas no totalmente congruentes con la imagen que Paz buscaba proyectar, no fueron recopilados en ningún libro.

oficial había surgido como un foro de representación corporativa de las distintas clases, cuya tarea consistía en administrar las demandas populares mediante el acuerdo cupular con líderes corruptos, tras funcionar por décadas este sistema se encontraba paralizado ante la emergencia de nuevos actores sociales que, por su diversidad y expectativas, ya no se podían incorporar a las antiguas formas de control y gestión política.

Con todo, las nuevas condiciones sociales manifiestas en la revuelta estudiantil de 1968, no implicaban, como lo interpretaba la izquierda, la inminencia de una revolución: aunque el movimiento estudiantil había revelado la existencia de una nueva clase media que se había erigido como estrato crítico, también había demostrado la dificultad de los grupos medios para organizarse y actuar como una clase social revolucionaria. Asimismo, ni los obreros, largamente manipulados por sus líderes y situados en una posición relativamente satisfactoria, ni los campesinos, que reducían sus demandas a temas locales y específicos, podían catalogarse como clases revolucionarias. La hipótesis revolucionaria, en síntesis, era improbable en México y las opciones se reducían a una involución autoritaria o a una reforma democrática del sistema político. En dicha reforma, la participación de los diversos sectores sociales, la tolerancia, la voluntad de diálogo y, sobre todo, la crítica independiente desempeñarían un papel fundamental.

Igualmente, Paz comenzó un análisis sobre las condiciones para una transición democrática. Esta indagación en torno a las posibilidades y alcances de la transición, aun sin contar con el peso empírico y la solidez de los trabajos especializados, aportaba intuiciones ilustrativas sobre la ascendencia de la figura presidencial, sobre la hegemonía del PRI y sobre la infraestructura partidista y social con que

México contaba para la democracia. Por ejemplo, al comentar el proyecto de reforma política del régimen de José López Portillo, Paz reconocía la necesidad de sustituir una legitimidad histórica nacida de la revolución, por una nueva legalidad basada en el pluralismo. No obstante, advertía que los propósitos de una reforma pluralista se enfrentaban a una realidad de partidos frágiles y a un aprendizaje democrático deficiente y advertía sobre el pasado autoritario que arrastraban tres de los principales partidos de oposición, el PAN, con Charles Maurras, el PDM, con Benito Mussolini y el PC con José Stalin y sobre la falta de fisonomía propia de la otra agrupación política de importancia, el PMT. Añadía que, ante la debilidad y la falta de reciedumbre democrática de los partidos, podría verse como un remedio la división del PRI, cuya ala izquierda coaligada con otras fuerzas podría ser el germen de un partido socialista.

Con respecto a la violencia de los años setenta, manifiesta en los fenómenos de la guerrilla urbana y rural, Paz afirmaba que aquellos que habían optado por ese camino clausuraban la política y fortalecían a los sectores más autoritarios. En opinión de Paz, la violencia convertía cualquier problema político y social en un expediente policiaco, lo que abría la puerta a la represión y a la solución militar. Para Paz, mientras la violencia en el campo era espontánea y nacía de la desesperación, la violencia urbana era ideológica y se nutría con contingentes de la clase media, presas de una mezcla perversa de ocio, falta de expectativas y adoctrinamiento ideológico. Por eso, invitaba a rescatar a las universidades como ámbito plural y académico y a reintroducir a la política en el cuerpo social más amplio, a fin de evitar la paradoja de una izquierda cuyos militantes no eran obreros sino universitarios.

Por otro lado, a medida que transcurría la década y se observaba la expansión del aparato público, Paz comenzó a ocuparse del fenómeno del crecimiento del Estado, impulsado por los regímenes de Echeverría y López Portillo. Para Paz, el Estado y su organización burocrática habían invadido todas las esferas, y mientras en el socialismo se extendía como una mancha, en el capitalismo se reproducía su imagen al interior de las grandes empresas. Pese a esta realidad, la crítica del Estado era incipiente en las metrópolis y aún estaba ausente en América Latina. En estas latitudes, el Estado cumplía una función ambigua y era, simultáneamente, el heredero del patrimonialismo y el gestor de la modernización. En México, por ejemplo, desde Porfirio Díaz, el Estado había sido un agente de la modernización, que había establecido incentivos para la actividad económica, había protegido al capital y, al mismo tiempo, se había convertido en empresario. No obstante, señalaba Paz, si bien existió una justificación histórica para la intervención del Estado en la economía, la prolongación de la macrocefalia estatal amenazaba con inhibir la iniciativa de la sociedad y castigar la eficiencia.

Si bien el objeto primario de la atención de Paz era la vida mexicana, el escritor manifestó un vivo interés en la política internacional; su influencia en este ámbito alcanzó un público numeroso y lo convirtió en un participante activo en la querrela ideológica de la Guerra Fría y en uno de los críticos más severos y connotados de los regímenes socialistas. Su apoyo a la disidencia en los países del Este de Europa y su defensa de las libertades individuales lo llevaron a formar parte de una pléyade de intelectuales que, sin escapar a la virulencia ideológica de la época, formaron una especie de frente contra la opresión en los países socialistas y establecieron un contra-

punto ante la hegemonía de la izquierda en la vida intelectual de muchos países.

Los análisis de Paz sobre la evolución mundial son significativos, pues si bien carecen de los retoques de la especialización combinan el instinto práctico del diplomático con la perspectiva del estudioso de la historia y la cultura. Los artículos de Paz intentaban crear conciencia sobre los reflejos condicionados de una política exterior progresista y sobre las falacias e imposturas en las adhesiones de los intelectuales a diversas causas. Su método de análisis está influido por la perspectiva polar de la Guerra Fría, por las formas casi antropomórficas de concebir la liza internacional del realismo político y por una visión que pondera el carácter y el “alma” de los pueblos. Estos escritos, pese a su animosidad anticomunista, contribuyeron a animar los debates sobre la naturaleza y legitimidad del socialismo real, sobre los obstáculos para la democracia que enfrentaban los países del Tercer Mundo y sobre los peligros de considerar a la violencia como un método para garantizar el cambio político y la justicia social.⁹

Para Paz, el fenómeno totalitario había sido derrotado en Alemania con la victoria sobre el nazismo; pero se había consolidado en la URSS y se había extendido a través de sus satélites. Ya en *El ogro filantrópico*, y posteriormente en *Tiempo nublado*, Paz establecía un retrato de la URSS en que, más allá de la condena, intentaba realizar un análisis del conjunto de fenómenos históricos, políticos y sociales que conformaban el

⁹ Una perspectiva sobre la vocación y posición de Paz en el ámbito de las relaciones internacionales se encuentra en Bruno Hernández Piché, “Diplomacia y relaciones internacionales: la otra idea fija de Octavio Paz”, en *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, núm. 330-331, junio-julio de 1998, pp. 84-86.

socialismo real y que incluían, en su opinión, una filosofía de la historia mesiánica, una dictadura burocrática sobre la sociedad; un sistema económico carente de racionalidad y desvinculado de las necesidades sociales y una política exterior agresiva e imperialista. Así, la URSS era un Estado despótico y totalitario en lo político, monopólico en lo económico y jerárquico en lo social. Esto acarrea grandes contradicciones como el hecho de combinar un incesante cambio tecnológico y progreso industrial con nula movilidad social y libertad política. Además, el pasado autocrático, las querellas entre nacionalidades, el antisemitismo y otros rasgos premodernos de la URSS estaban presentes en ese abanico de contradicciones. El imperialismo, válvula de escape a los conflictos internos, introducía a la URSS en la carrera militar y la volvía un poder agresivo e intolerante. Paz llamaba a los intelectuales a entender la naturaleza del imperio soviético y al Estado mexicano a ejercer una diplomacia menos ideológica y más pragmática que reconociera el afán expansionista de la URSS y el peligro de contagio del conflicto Este-Oeste en América Latina.

Por otra parte, la crítica de la cultura y la política de Occidente de Paz, si bien soslayada por su militancia anti-comunista, guardaba resabios de su juvenil aversión al modo de vida burgués. Paz censuraba rasgos como el nihilismo, el materialismo, el hedonismo irresponsable y la complacencia intelectual, aunque al mismo tiempo advertía que en los países de Occidente se encontraban las últimas reservas de crítica, libertad y democracia que podían oponerse al oscurantismo de la izquierda, dominante en el bloque socialista. Precisamente, Paz deploraba la abdicación de Occidente a sus valores fundadores de diálogo, inquisición y tolerancia, y señalaba, a modo de ejemplo, cómo el olvido de la tradición diplomática

européa provocaba que Estados Unidos ejerciera una práctica perversa de las relaciones internacionales, caracterizada por un aislacionismo o un intervencionismo extremos, más que por una voluntad de diálogo.

En lo que atañe a los países del llamado entonces Tercer Mundo, desde sus consideraciones de los años cincuenta y sesenta, cuando estaba en pleno auge la lucha anticolonial, Paz se manifestó por rebasar las categorías marxistas al analizar las revoluciones tercermundistas y por entender a éstas como fenómenos específicos, que, de manera contradictoria con sus afanes modernizadores, en muchos aspectos eran antiocidentales. Para Paz, el reto de la modernización en los países en desarrollo implicaba la integración de realidades como los sentimientos nacionalistas y las aspiraciones de equidad social con la democracia y el respeto a las libertades. Esta difícil integración a menudo era soslayada por movimientos revolucionarios o regímenes autoritarios que buscaban una modernización cupular, capaz de “quemar” etapas históricas y transformar rápidamente a las sociedades.

América Latina ocupó un lugar especial en la reflexión de Paz. Para el escritor, la herencia política y cultural de América Latina resultaba ambigua, pues si bien estos países constituían una prolongación de Occidente, también contaban con una serie de herencias raciales indias y negras, así como con el legado cultural de la Contrarreforma española, que influían en sus hábitos y actitudes. Las revoluciones de independencia latinoamericanas, a diferencia de las de Estados Unidos y Francia, fracasaron en sus objetivos de crear nuevas naciones fincadas en la democracia, pues no existía la genética social, ni la tradición crítica que era implícita en aquellos países.

Ciertamente, admitía Paz, el divorcio entre la realidad y el ideario político era notorio a lo largo de la historia de las naciones latinoamericanas; sin embargo, hasta antes de la aparición del régimen de Fidel Castro, la legitimidad democrática como aspiración no había sido cuestionada. Pese a que, en primera instancia, la revolución cubana había aparecido como portadora de las grandes expectativas latinoamericanas de independencia, lucha anti-imperialista, reforma social y vida democrática, dicha revolución, una vez convertida en régimen, se había traicionado paulatinamente y constituía una excepción histórica en América Latina, en la cual se apelaba a una legitimidad sancionada por la historia y se menospreciaba el método democrático. Para Paz, Cuba, amén de su traición al ideal de la democracia, se había convertido en un apéndice de la URSS y con ello había trasladado el conflicto Este-Oeste a territorio latinoamericano, por lo que la política exterior mexicana hacia este país debía ser más pragmática y precavida.

En síntesis, Paz elaboró durante los años setenta una vasta perspectiva histórica y geopolítica que chocaba con las principales consideraciones de la izquierda mexicana. Por eso, si bien Paz eventualmente practicó la crítica del poder, su litigio más importante lo libró con las opiniones de la izquierda. De hecho, muchas de sus páginas más combativas y agudas se dirigieron a describir y denostar lo que él consideraba los vicios de razonamiento y la doble moral de sus contrincantes. En estos temas, Paz fue reiterativo en su crítica y en su tono. Esta actitud beligerante consolidó la figura de Paz como tema de debate y lo convirtió en un personaje que despertaba animadversión entre buena parte de la intelectualidad.¹⁰

¹⁰ La crítica al poder, iniciada por la bohemia romántica, ha sido una de las actitudes más socorridas de la época moderna y, en nuestros días aún

LAS POLÉMICAS DE LOS AÑOS SETENTA

La polémica formó parte fundamental de la biografía de Paz, y su tarea literaria y crítica implicó, a menudo, un apasionado ejercicio de esgrima intelectual. Su temperamento colérico, su humor mordaz, su ejercicio certero del sarcasmo y el insulto hacían de Paz un personaje temible en las rencillas de la República de las Letras. La recepción polémica de su obra y su figura se intensificó a partir de los años setenta, cuando Paz buscaba consolidarse como el emblema hispanoamericano del intelectual independiente.

En sus diversos ensayos de los años sesenta, Paz ya había manifestado su crítica al concepto de revolución y había iniciado su alejamiento ideológico de la revolución cubana. Es sabido que a su regreso a México, Paz mantuvo pláticas con Heberto Castillo, quien pertenecía a una de las porciones más respetadas y renovadoras de la izquierda, para explorar la posibilidad de fundar un partido político de oposición, pero Paz, acaso acorde con la imagen del intelectual independiente y dispuesto a defender el estatuto del escritor decidió no integrarse a la lucha política partidaria.¹¹ Este apartamiento

suscita una gran demanda en los medios y cultiva adeptos en las universidades. Paz, como poeta, compartía esta rebeldía hacia el modo de vida burguesa, aunque también detentaba un realismo y un sentido común, acaso heredado de su larga trayectoria en el servicio público, que es difícil encontrar en otros intelectuales. Para la pulsión crítica del intelectual moderno, véase Edward Shils, "Intellectuals and Responsibility", en Ian Mclean, Alan Montefiore, Peter Winch (eds.), *The Political Responsibility of Intellectuals*, Cambridge University Press, 1990, pp. 257-306.

¹¹ Al final, junto con Demetrio Vallejo, Castillo fundó el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), un partido que se definió como una organización revolucionaria de masas que buscaba fortalecer el nacionalismo

de la lucha partidista, aunado a la aparición de *Posdata*, que enfrentaba las tesis de la izquierda y a las declaraciones poco complacientes en torno al estamento intelectual comenzaron a aislar a Paz de las principales corrientes de izquierda. Además, el clima externo de la guerra fría y la polarización de las fuerzas políticas hacían difícil concebir la posibilidad de una crítica independiente como la que proponía Paz. De este modo, la convergencia entre Paz y el conjunto de la izquierda mexicana fue breve, si es que existió. El escepticismo de Paz ante las soluciones maximalistas, su confianza en las reformas graduales y su reivindicación de la voluntad política y la buena fe como medios para impulsar un proceso de transición democrática en México eran vistas con sospecha y sorna.

Dicha sospecha se exacerbó cuando, en 1971, ante la represión a una manifestación estudiantil, Paz escribió un artículo donde apoyaba la voluntad de Echeverría para aclarar los sucesos.¹² Paz afirmaba que, desde hacía mucho tiempo, se asistía a la “corrupción de los nombres” y, a menudo, las palabras fundadoras de la nación habían perdido su significado y degenerado en realidades contrarias a su designio original.

económico y promovía, mediante una serie de estrategias pragmáticas, una suerte de socialismo a la mexicana.

¹² Como es sabido, el 10 de junio de ese año, un grupo de estudiantes se manifestaron por la democratización de la enseñanza, el rechazo a la reforma educativa oficial, el apoyo a la Ley orgánica de la UANL, la exigencia de la libertad de los presos políticos y la demanda de respeto a la democracia sindical. La marcha fue atacada por un grupo paramilitar y provocó un número indeterminado de muertos. Luis Echeverría evadió cualquier responsabilidad por la represión, prometió una investigación a fondo y adelantó que se trataba de una maniobra de las fuerzas reaccionarias para frenar la apertura democrática que impulsaba su gobierno. Varios intelectuales se adhirieron a esta versión, entre ellos Paz.

Por eso, devolver al lenguaje su capacidad de correspondencia con la realidad resultaba un imperativo político: “Desde hace seis meses vivimos en plena rectificación de los nombres. El presidente Echeverría inició su gobierno usando un lenguaje que no tardó en alarmar a los partidarios de las palabras-máscaras y que poco a poco, no sin vencer nuestro natural escepticismo, ha acabado por conquistar a la mayoría de la opinión independiente”.¹³ Para Paz, la apertura a la crítica de Echeverría hería intereses de las burocracias políticas y sindicales y del poder económico, los cuales “se sintieron atacados por una política en la que las palabras volvían a corresponder con los hechos”. Sin embargo, según Paz, el radicalismo de la izquierda podía entorpecer los avances: “Entonces vino el 10 de junio: un grupo de insensatos convocó a una manifestación de equivocados, no para celebrar la victoria de Monterrey, sino para denunciarla como una derrota. La extrema izquierda —mejor dicho nuestra falsa izquierda extremista— inconscientemente realizaba una operación de corrupción lingüística y política: transformar verbalmente una victoria parcial pero real en una derrota”.¹⁴ Como consecuencia, las fuerzas retardatarias habían convocado la represión en un ataque que “no era única y exclusivamente contra la extrema izquierda sino contra la política de Echeverría”. Con todo, gracias al clima de discusión abierta creado recientemente, la opinión pública había pedido “una investigación y el castigo de los culpables, con lo que finalizaba el ‘periodo de las palabras máscara’.” Para concluir, Paz señalaba: “El Presidente ha devuelto su transparencia a

¹³ “Las palabras y las máscaras”, en *Excelsior*, 16 de junio de 1971, p. 7. Este artículo nunca fue recogido en un libro.

¹⁴ *Ibid.*

las palabras. Velemos entre todos para que no se vuelvan a enturbiar. Echeverría merece nuestra confianza. Y con ello, cada vez que sea necesario, algo más precioso: nuestra crítica".¹⁵

Pese a su tono de indudable apoyo, Paz no fue el único ni el más entusiasta de los intelectuales que respaldaron a Echeverría en ese y otros trances.¹⁶ Carlos Fuentes y Fernando Benítez, dos de los intelectuales más respetados y prestigiosos, fueron fervientes partidarios de Echeverría. Para dichos escritores, frente a las amenazas del imperialismo y de la reacción interna, Echeverría representaba una opción para fortalecer la soberanía del país y promover un clima más propicio para una posterior transición socialista. Por eso, ante el significado y dimensión de las fuerzas que se enfrentaban, el deber del intelectual era defender la opción democrática que representaba Luis Echeverría.¹⁷ Sin embargo, ante las diversas críticas que

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ El mismo día en que apareció publicado el artículo de Paz, se consignaron declaraciones de varios intelectuales, entre ellos dos de reconocido prestigio y autoridad moral como Carlos Fuentes y Juan García Ponce. Para Fuentes, el 68 había colocado a México en una disyuntiva: democratización o represión y el gobierno de Echeverría había elegido la democracia, por lo que los acontecimientos del 10 de junio probaban "que las fuerzas más regresivas de México —fuerzas de dentro y de fuera del gobierno— le tendieron a la democratización mexicana una trampa". No obstante, con las renuncias se manifestaba la voluntad de avanzar y "El gobierno de Echeverría se ha liberado hoy de los lastres del pasado": Juan García Ponce, por su parte, aplaudió la renuncia de los funcionarios y declaró: "Yo espero —y creo y confío— en que la actitud que Echeverría parece seguir redundará en una cada vez mayor apertura de la democracia mexicana. Para eso hay que escuchar siempre la voz de la opinión independiente. En ella el presidente Echeverría puede tener su más firme colaboradora". *Ibid.*, p. 10 A.

¹⁷ Véase al respecto la reseña de Fabrizio Mejía acerca del debate entre los intelectuales que se realizó en *Plural*, en "El verano de nuestro desconcierto",

desató su posición, Paz escribió un nuevo artículo en el que señalaba que su apoyo –“crítico y condicional”– a las medidas del gobierno, respondían a la convicción, ya adelantada en *Posdata*, de que la revolución era inviable y de que el cambio para el país pasaba por la reforma democrática.¹⁸

El apoyo tácito o explícito a Echeverría por parte de diversos intelectuales produjo un significativo debate entre las generaciones más jóvenes de la izquierda en torno a los vicios y limitaciones del intelectual liberal, en el cual, aun sin mencionarlo, se aludía indudablemente al perfil de Paz. Así, para escritores como Carlos Pereyra, el hecho de que en situaciones determinadas el pensamiento liberal intentara la crítica de las políticas del poder, “no impide la continuidad de la función que cumple la ideología liberal”, pues dichas actitudes limitadamente críticas eran, en realidad, presa del horizonte ideológico en el que se producían. Añadía que la ausencia de un instrumental analítico y teórico propiciaba la incapacidad del pensamiento liberal para captar las estructuras que lo condicionaban. Para Pereyra, uno de los vicios del pensamiento liberal consistía en construir, a partir de la obviedad de que el Estado no era un mero instrumento de la burguesía, una falsa distinción entre “un reaccionario sector privado y un

en “Nagara”, suplemento de *Viceversa*, núm. 84, septiembre de 1998, pp. 3-6.

¹⁸ Octavio Paz, “Entre el silencio y el grito”, en *Excélsior*, 29 de junio de 1971, pp. 7 y 8A. Luego de su inicial y discutido apoyo, Paz mantuvo una distancia crítica que respondía a razones como su desconfianza ante la retórica populista y tercermundista de Echeverría y su rechazo a la creciente intervención del Estado en la economía. Así, a medida que avanzaba el sexenio de Luis Echeverría, el alejamiento entre sus políticas y las posiciones intelectuales de Paz se fue haciendo mayor y se convirtió en un rompimiento abierto cuando, ante el golpe a *Excélsior*, Paz decidió renunciar a *Plural*.

progresista sector público”, que llevaba a disimular la lógica social específica a la que respondía el Estado, que consistía en resguardar los intereses del capital. De esta misma premisa partía el intelectual liberal para señalar que, ante la inviabilidad inmediata de una revolución, el único interlocutor válido era el Estado y toda solución pasaba por el acuerdo con el poder. En realidad, la pobreza teórica que mostraban y el hecho de que los pensadores liberales fueran personas cuyo verdadero interés estaba en otros campos de conocimiento, provocaba que muchos de los análisis de la situación política más atendidos por el público se basaran en observaciones triviales y datos vagos. Afortunadamente, en la medida en que se articulara “un auténtico discurso político en oposición a la ideología dominante”, se haría posible disminuir la resonancia e influencia que solía adquirir el pensamiento liberal.¹⁹

Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze no sólo criticaban el método de análisis, sino la figura que encarnaban algunos intelectuales liberales. Para Aguilar Camín y Krauze, algunos intelectuales contemporáneos habían pervertido su misión y, en lugar de ejercer verdaderamente la crítica, se conformaban con forjarse una reputación crítica y beneficiarse de ella:

La crítica (el proyecto de conocer la realidad basado a menudo en un rechazo hacia ella, en una negación orgánica, el propósito de explicarse los fenómenos históricos y, en un sentido estricto, de crear una identidad personal o nacional) fue remplazada por algunos hombres del Ateneo, igual que sucedió con algunos

¹⁹ Carlos Pereyra “La crisis ideológica”, en “La Cultura en México”, *Siempre*, núm. 548, 9 de agosto de 1972, pp. iii-iv.

hombres de las generaciones siguientes por actividades sólo aparentemente vinculadas con ella.²⁰

De este modo –para Aguilar Camín y Krauze– el antiguo “pensador”, esa especie intelectual que pululó en el siglo XIX y que identificaba la vocación intelectual y la tarea de pensar la realidad con la práctica política, había evolucionado hasta convertirse en un personaje público, casi de oropel, que buscaba acumular un capital cultural que posteriormente legitimara su opinión, a menudo decorativa, en los diversos ámbitos de la vida nacional.

En resumen, las nuevas generaciones manifestaban desconfianza frente a la figura legendaria del intelectual que preconizaba Paz y frente a la tradición intelectual mexicana. La independencia del intelectual tendía a ser considerada como un mito y quien la preconizaba solía ser catalogado como un simulador o, en el mejor de los casos, como un distraído peligroso que jugaba con abstracciones, y que, por intención u omisión, podía engañar a las masas.²¹

²⁰ Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze, “De los personajes”, en *Ibid.*, pp. vi y vii.

²¹ Así como la derecha invocaba el fantasma del comunismo para ejercer la intolerancia, la izquierda también tuvo sus fantasmas. La presencia ubicua de las multinacionales, el brutal intervencionismo militar y las tareas de inteligencia y espionaje que realizaba Estados Unidos permitían asimilar su figura al totalitarismo. En particular, la existencia de una agencia como la CIA que, evadiendo los controles supuestamente establecidos por la democracia, realizaba espionaje, patrocinaba campañas de opinión a favor o en contra de los gobiernos establecidos, vigilaba los movimientos progresistas y planeaba intervenciones, hizo crecer una suerte de paranoia, muy propia de la Guerra Fría, en que ninguna opinión intelectual podía aspirar a la neutralidad.

A medida que avanzaba la década de los setenta, el distanciamiento entre Paz y la izquierda se profundizó debido a la recurrente crítica de los regímenes socialistas y del concepto de revolución que Paz realizó en *Plural*, así como a diferencias en la apreciación de determinados acontecimientos como, por ejemplo, la concepción de que el golpe de Estado chileno en 1973 había sido provocado en parte por el extremismo de la izquierda de ese país, o la condena al movimiento de huelga en la UNAM en 1977. Así, pese a que en 1976 había tenido un gesto de integridad moral al renunciar a *Plural* cuando Julio Scherer fue desplazado de *Excelsior*, Paz seguía siendo considerado por un gran sector de la izquierda como una figura anacrónica, inclinada a las generalizaciones, falta de conciencia histórica y anclada en el moralismo.

En este contexto, se presentaron diversas polémicas célebres no sólo por las ideas dirimidas, sino porque permitieron ventilar en el ámbito público un ya añejo malestar de las izquierdas hacia la figura y las posiciones de Octavio Paz. La nómina de personajes que se opusieron a Octavio Paz —Carlos Monsiváis, Enrique Semo y Héctor Aguilar Camín, entre otros— es muy variada y refleja, a la vez, una contienda ideológica, una diferencia cultural y una brecha generacional.

Uno de los adversarios más connotados de Paz fue Carlos Monsiváis, quien se había destacado en la introducción a la vida pública nacional de un género caústico, plebeyo y militante que navegaba entre el periodismo y la literatura. Monsiváis representaba una actitud antisolemne y progresista que le había hecho sumamente popular y apreciado por el creciente público universitario. No era extraño que este observador irónico de la realidad mexicana dirigiera sus baterías hacia Paz, quien en esos momentos se erigía como un monumento cultural y como un

personaje público capaz de opinar y ser atendido en todos los ámbitos. Más allá de la oposición ideológica, entre Monsiváis y Paz existía una profunda distancia en la concepción de la figura del intelectual y su papel en la sociedad: contra el paladín de las libertades, el filósofo de la sospecha y la ironía.

En diciembre de 1977, al ganar el Premio Nacional de Letras, Octavio Paz concedió una entrevista a Julio Scherer, en la que habló de su alejamiento de la “izquierda dogmática”; del fracaso práctico y moral del socialismo; de su concepción del intelectual como practicante de una crítica no comprometida con el poder ni con las ideologías y, sobre todo, del estado de la política mexicana que, en su opinión, se encontraba estancada por la falta de imaginación y crítica, particularmente de la izquierda.

Monsiváis respondió a Paz señalando que la izquierda vivía un periodo de efervescencia intelectual y vitalidad política, aunque la derecha avanzaba peligrosamente como proyecto nacional. Igualmente, cuestionaba la marginalidad que Paz prescribía para el intelectual y rechazaba sus afirmaciones sobre la falta de autocrítica y la doble moral de la izquierda:

Para que la crítica a esas aberraciones tenga pleno sentido debe, si se precisa de autoridad moral, ir acompañada del esfuerzo de construir ese socialismo verdadero y, si sólo se requiere honestidad intelectual, necesita ir acompañada de la evaluación de los grandes logros, digamos del reconocimiento del esfuerzo épico para construir la República Popular China, del heroísmo que creó la identidad del pueblo vietnamita o de la suma de significados que en América Latina acumuló y acumula la revolución cubana.²²

²² Carlos Monsiváis, “Respuesta a Octavio Paz”, en *Proceso*, núm. 59, 19 de diciembre de 1977, p. 40.

La polémica continuó por varias semanas. Más allá de la acuñación de epítetos célebres (Monsiváis, “hombre de ocurrencias, no de ideas”; Paz, “hombre de recetas”) los términos en que Monsiváis y Paz se concebían mutuamente en esos años son trazados en esta polémica. Para Monsiváis, Paz era poco riguroso en sus análisis históricos, manifestaba un anticomunismo irracional y asumía un papel autoimpuesto de intelectual independiente que oscurecía sus filiaciones ideológicas conscientes o inconscientes. Para Paz, Monsiváis y la izquierda en general, incurrían en la frivolidad, eran incapaces de definir un proyecto moderno para el país y faltaban a su responsabilidad moral al soslayar la crítica de las aberraciones del totalitarismo.²³

Otro ejemplo de la recepción adversa de Paz entre la izquierda mexicana es el de Enrique Semo, un historiador de tendencia marxista. Semo, desde una posición más claramente marxista, refutó una serie de artículos donde el poeta realizaba un acerbo diagnóstico de la situación histórica de Occidente y del papel de los intelectuales.²⁴ En esta serie de artículos, Paz señalaba que las filosofías de la historia a las cuales se había adscrito Occidente, como el marxismo, habían sido desmentidas por la propia historia y que, ante un panorama confuso y desolador, era necesario que el intelectual perseverara en su capacidad crítica. Se refería entonces a la

²³ La polémica Monsiváis-Paz fue objeto de amplia discusión en el mundo intelectual. Para tener un panorama exhaustivo de la cauda de comentarios que desató este diferendo, véase Xavier Rodríguez Ledezma (1996), pp. 198-205.

²⁴ Los artículos de Paz se publicaron en *Proceso*, 92, 93, 94 y 95; la respuesta de Enrique Semo en los números 98 y 99 de la misma revista en los meses de agosto y septiembre de 1978.

doble moral de muchos intelectuales que habían protestado por la intervención de Estados Unidos en Vietnam, pero callaban cuando era Vietnam quien agredía a otros pueblos. Agregaba que la intolerancia de los intelectuales surgía de su adscripción a las filosofías deterministas de la historia y a su proclamación como intérpretes de esas leyes históricas y señalaba que, sin negar los problemas y vicios que las aquejaban, la democracia y la libertad establecían formas de defensa frente a la opresión y mantenían la posibilidad de permanencia de la civilización.²⁵

En su réplica a estos artículos, Semo señalaba que Paz aventuraba una interpretación apocalíptica del mundo actual sin referirse a las causas o razones de esta decadencia. Ello indicaba su filiación a una concepción irracionalista de la historia emparentada con Nietzsche y el existencialismo, que desembocaba en la impotencia política. Semo añadía que, según Paz, lo único que podía dar cierta luz en la oscuridad era la capacidad de los intelectuales para conservar el espíritu crítico y el rigor, pero que esta prescripción se desvirtuaba cuando en lugar de la ciencia y la razón se elegía la intuición y el irracionalismo, lo que elevaba el ego del intelectual como profeta y justificaba su aislamiento. Para Semo, el olvido básico en el diagnóstico de Paz era “la profunda crisis económica y social que sacude al capitalismo en la década del setenta y la consecuente maduración de las condiciones para su sustitución

²⁵ Esos artículos también fueron cuestionados por Héctor Aguilar Camín, quien señalaba el pesimismo histórico del autor como una degradación de la conciencia y un ejemplo de la “mala vejez” que había aquejado a diversos escritores mexicanos. “El apocalipsis de Octavio Paz”, en *Nexos* 10, octubre de 1978, pp. 7-9 y 11.

revolucionaria”.²⁶ Este hecho constituía el vínculo entre el conjunto de hechos caóticos que Paz observaba en su diagnóstico. Igualmente, Semo concedía que, en efecto, el marxismo había sido transformado en una doctrina dogmática por parte del estalinismo y que no existían democracia ni libertades en la URSS, lo cual era reprochable; no obstante:

No sólo de libertad vive el hombre. Debe alimentarse, mantenerse, educarse, criar a sus hijos. El socialismo soviético ha probado su indiscutible superioridad en ese terreno. En pleno siglo XX, pese a dos devastadoras guerras, el cerco imperialista, el hostigamiento incesante, el peso abrumador de la competencia armamentista con los E.U., la URSS ha logrado superar en un tiempo brevísimo el subdesarrollo.²⁷

Para Semo, en resumen, Paz mostraba las limitaciones de la perspectiva liberal, pues al no contar con el aparato teórico para integrar e interpretar el conjunto de los acontecimientos como una maduración revolucionaria, se refugiaba en un pesimismo paralizante e inútil.

Otra aproximación crítica a la obra de Paz fue la de Héctor Aguilar Camín, entonces joven historiador, escritor y periodista que, desde el principio de la década, se había manifestado como uno de los adversarios más encarnizados de la figura intelectual que representaba Paz. El motivo de su crítica más amplia y sólida fue la aparición de *El ogro*

²⁶ Enrique Semo, “El mundo desolado de Octavio Paz. 1. Del irracionalismo filosófico al socialreformismo”, en *Proceso*, núm. 98, septiembre de 1978, p. 39.

²⁷ Enrique Semo, “El mundo desolado de Octavio Paz. 2. Socialismo y libertad”, en *Proceso*, núm. 99, 25 de septiembre de 1978, p. 39.

filantrópico, un volumen misceláneo que recogía la mayoría de los textos políticos que Paz había publicado a lo largo de la década en *Plural* y *Vuelta*, así como algunas entrevistas. En su extensa nota sobre el libro, Aguilar Camín señalaba que los diagnósticos de Paz en torno al socialismo y al capitalismo, así como al sistema político mexicano eran, si acaso moralmente atendibles, vagos e históricamente vulnerables. En virtud de su fascinación por “la felicidad del fraseo redondo y los silogismos acabados”, Paz confundía fenómenos históricos puntuales con causas naturales y establecía “identidades totales donde sólo hay semejanzas significativas”. Particularmente, al pretender criticar simultáneamente la preponderancia del Estado y la burocracia totalitaria o la explotación del capitalismo y el fenómeno imperialista, Paz incurría en el pecado de la generalización.

Para Aguilar Camín, el Estado no podía ser tratado como una entelequia, pues al constituir un sedimento de estructuras y actitudes sociales siempre resultaba, de una manera u otra, el reflejo de una nación. En cambio, las corporaciones capitalistas sí constituían una entidad anónima, cuya relación con los individuos y las naciones se reducía a la explotación y la obtención de ganancias. Al amalgamar estas dos realidades distintas, Paz daba rienda suelta a su sentimiento anticomunista, pero se sustraía a la crítica del capitalismo. Igualmente, la explicación de los desarrollos históricos a partir de vaguedades como el “alma” y la “psicología de los pueblos” implicaba un determinismo en el que los hechos ocurrirían como respuesta a las ideas y no a circunstancias sociales. Ante esta simplicidad del diagnóstico de la historia, la receta de Paz también era simple: reconciliarse con el pasado y hacer de esas experiencias enterradas fuerzas creadoras.

Para Aguilar Camín, Paz proponía una terapéutica “espiritual y crítica” que implicaba reconocer, desde la modernidad, las oscuridades de nuestro inconsciente histórico, a fin de evitar que éste se manifestara de manera perversa, como había ocurrido en Tlatelolco. En esta tarea taumatúrgica ocupaba un lugar fundamental el escritor independiente, capaz de descifrar esta oscuridad histórica y de oponerla a las abstracciones modernas, sin responder a los dictados del poder. La conciencia crítica, entendida en este sentido, se deslindaba de las condiciones objetivas de transformación social y se dirigía a denunciar los obstáculos a la libertad y los engaños de la ideología. En el caso de Paz, esta denuncia se ejercía solamente contra el pensamiento marxista y no contra la derecha, lo que convertía a Paz en un pensador anticomunista, aunque paradójicamente esta profesión la ejercía en nombre de un socialismo y una tradición libertaria auténticos. La sinceridad de esta convicción no evitaba “que el verdadero rostro de su trabajo crítico, independiente del Príncipe y sus burocracias, termine siendo acrítico partidario del gerente y sus exacciones, así como de sus desembozados pistoleros ideológicos”. La propia prescripción de Paz acerca de la independencia crítica y la marginalidad del intelectual se contradecía con su afán de figurar, acaparar reconocimientos, influir y representar a la intelectualidad independiente.

En el fondo, Paz era un intelectual orgánico de esa tercera vía que quiso representar la Revolución Mexicana, aunque esa tercera vía fuera la “ilusión ideológica para imponer la vía única del capitalismo dependiente y trasnacional”. Aguilar Camín señalaba que, al igual que la tentativa del Estado revolucionario mexicano por fusionar y reconciliar las distintas raíces y aspiraciones de la historia mexicana, Paz, por razones

biográficas y sociales, deseaba situarse como una conciencia crítica por encima de las clases, un escritor capaz de fusionar los muchos pasados de México; sin embargo, con su asimilación práctica a la ideología del príncipe y los intereses de los poderosos, Paz había claudicado de sus ideales “en la misma medida en que la revolución ha abandonado sus raíces populares para entregarse a las fuerzas del capitalismo. Por eso puede decirse que Paz —como el Estado o la carga popular de la Revolución Mexicana— es inferior a su pasado y está a la derecha del propio Paz”.²⁸

Jorge Aguilar Mora, joven escritor y novelista, fue el primero que escribió un libro específicamente dedicado a analizar y cuestionar la figura intelectual de Paz. Aunque, por sus características, este libro podría catalogarse en el apartado de la literatura académica, el papel de Aguilar Mora como intelectual público y su posición crítica radical hicieron que este estudio adquiriera una resonancia mayor de la que podía esperarse para un trabajo tan oscuro y complejo. Aguilar Mora señalaba con justeza que parte de la importancia de Octavio Paz en la cultura mexicana radicaba en su papel de constructor de símbolos, sistemas y pautas para interpretarla, de ahí que la falta de crítica sobre Paz implique la incapacidad de la cultura mexicana para rebasar sus límites. Para Aguilar Mora, por ejemplo, *El laberinto de la soledad* había dejado de ser operante como instrumento heurístico, capaz de estimular nuevos descubrimientos; sin embargo, había acrecentado su influencia por su naturaleza pedagógica y amable, casi para turistas.

²⁸ Héctor Aguilar Camín, “Metáforas de la tercera vía”, en “La Cultura en México”, núm. 900, junio 6 de 1979.

A fin de cuestionar sus ensayos históricos y denunciar su posición ideológica, Aguilar Mora intentaba estudiar la identificación entre historia y mito que, en su opinión, realizaba Paz. Para Aguilar Mora, Paz alcanzaba momentos de lucidez en su apreciación de la historia; sin embargo, su adscripción a una concepción del tiempo mítica donde los ciclos se repiten infinitamente provocaba que el diagnóstico de Paz subestimara las condiciones históricas concretas y no pudiera culminar en ninguna acción transformadora. Debido a esta carencia en la perspectiva de Paz —plagada de conceptos míticos y anti-históricos derivados de su poética— era comprensible que sus diagnósticos fueran frecuentemente erráticos y sus posiciones ambiguas. Todo ello conducía a una actividad pública moralizante y desorientadora, incapaz de entender y solidarizarse auténticamente con las luchas sociales. Así pues, para Aguilar Mora, al asumir una posición supuestamente marginal, Paz, al tiempo que se erigía en juez supremo de diversos temas sociales, legitimaba su “cobardía” y falta de compromiso con las luchas que libraban los marginados.²⁹

Para resumir, en los años setenta Paz profundizó su crítica moral al totalitarismo y a los regímenes socialistas, así como a las actitudes de la mayoría de los intelectuales de izquierda. Al mismo tiempo, en su obra y, sobre todo, en la orientación editorial de *Plural* y *Vuelta* se inició una crítica al crecimiento del Estado y un análisis y discusión realista de las condiciones para la transición democrática mexicana. A su vez, la crítica dirigida a Paz por sus diversos adversarios intelectuales se puede resumir en cuatro grandes reproches: uno, su parcialidad

²⁹ Jorge Aguilar Mora, *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*, México, Era, 1978.

en la defensa de las libertades individuales, al concentrarse en la situación predominante en los países socialistas, sin reparar adecuadamente en las dictaduras de derecha o en las condiciones de pauperización, desigualdad e injusticia en las sociedades capitalistas y dependientes; dos, su falta de una comprensión crítica (marxista) de la historia que le permitiera brindar coherencia a su observación impresionista y culminar su crítica en alguna forma de acción política; tres, su falta de rigor histórico y su tendencia a la generalización retórica y la abstracción romántica, que conducía a una visión tergiversada de la historia y, por ende, a una comprensión incorrecta de los fenómenos sociales y, cuatro, la exaltación de la conciencia individual y su pretendido rechazo a la ideología que no le impedía el ejercicio del mandarinato, ni el apoyo práctico a los intereses de la derecha.

Las polémicas con Carlos Monsiváis, Enrique Semo y Héctor Aguilar Camín o el estudio de Aguilar Mora son sólo una muestra representativa de las discusiones públicas que sostuvo Paz durante esta década, así como del interés que suscitó su figura. No todas las discusiones tuvieron la altura intelectual o la solemnidad de las anteriores y muchas de ellas pueden atesorarse en una historia de la injuria y el ingenio, expresados en la batalla intelectual. Quedan entonces no sólo las ideas, sino auténticas joyas del humor polémico, que dan cuenta de la personalidad de los actores y de la pasión ideológica de la época.

IV EL ITINERARIO POLÉMICO EN LOS OCHENTA Y LOS NOVENTA

LA DISPUTA POR LA NACIÓN

Los temas y los tonos de las polémicas intelectuales de los años setenta fueron cambiando gradualmente y, hacia los ochenta, el panorama del debate resultaba muy distinto al de una década anterior. El litigio ya no se centraba, como en los setenta, en la función social y el compromiso del escritor o en la participación que debería tener en el cambio de régimen, sino en la manera de reformar el Estado y en temas concretos de política exterior, como las guerras revolucionarias en Centroamérica.

En el ámbito interno, la reforma política, impulsada por el gobierno de José López Portillo, autorizó la participación electoral de los partidos políticos de izquierda e introdujo la necesidad de competir en las urnas, lo que implicó un gran cambio en la organización y la cultura política izquierdista y obligó a dichos partidos a buscar propuestas y lenguajes que permitieran obtener el interés de un estrato más amplio que el de los militantes convencidos. La reforma política consolidó la tendencia a la apertura de los partidos de izquierda, que

abandonarían la política clandestina, desearían la idea de la dictadura del proletariado, dejarían de definirse como la vanguardia revolucionaria y, en 1981, aceptarían una fusión entre fuerzas diversas para crear el PSUM.¹ Asimismo, el trabajo de masas y la organización de movimientos sociales, particularmente el influjo del movimiento sindical de los electricistas que se desarrolló durante los setenta, modificó la percepción con respecto al valor transformador del nacionalismo y mostró que ciertas corrientes progresistas en los aparatos del Estado podían ser aliadas del cambio. Adicionalmente, la expansión del Estado en los setenta y el planteamiento, durante el gobierno de López Portillo, de ambiciosos proyectos sociales que supuestamente habrían de ser financiados con la bonanza petrolera, demandaron la participación de numerosos científicos sociales y economistas, quienes, desde el Estado, podrían promover una mejor distribución del ingreso.

En el ámbito externo, las incongruencias de la política exterior de la URSS y su inocultable decadencia; el desprestigio

¹ Un testimonio sintomático de la índole de la militancia izquierdista en los setenta y los ochenta es el de Jorge Castañeda: "Por más que mi padre era funcionario, la mayoría de los amigos de la familia eran funcionarios, la política para mí era cómo oponerse al gobierno. Así lo fue para mucha gente más o menos de la misma edad en México, incluso durante la famosa apertura democrática de Echeverría. Y aún hasta 77, con el principio de la reforma de López Portillo. A partir de ese sexenio (vuelvo a México en 1978) la política que empieza a funcionar es distinta: es una política electoral abierta. El clandestinaje, la radicalidad queda atrás. Eso empieza a cambiar el conjunto de actitudes. Ya no es tanto cómo combatir al régimen sino cómo modificar las políticas del régimen, o bien cambiando de régimen o bien influyendo en él". Véase Jorge G. Castañeda, "El intelectual como opositor", en Pilar Jiménez Trejo y Alejandro Toledo, *Creación y poder. Nueve retratos de intelectuales*, México, Joaquín Mortiz, 1994, p. 116.

de las revoluciones tercermundistas; la crueldad y el desgaste del terrorismo revolucionario en Europa Occidental y en el Medio Oriente; la reivindicación de la vía electoral que implicaba el ascenso al poder en Europa de partidos socialistas en España, Francia y Portugal, y la influencia teórica del eurocomunismo desacreditaron la idea de una revolución proletaria, disuadieron de la acción directa y convencieron a muchos partidos y militantes de concentrarse en el fortalecimiento de los partidos de izquierda como alternativa electoral y como eje de la transformación social por medios pacíficos.

Acaso por este cambio en las circunstancias, la izquierda intelectual comenzó a rehabilitar símbolos contra los que, en el pasado reciente, había fincado su identidad.² La apreciación sobre la revolución y el Estado comenzó a modificarse y muchos militantes reivindicaron la herencia ideológica revolucionaria y el valor del nacionalismo como un criterio para enfrentar una globalización inequitativa y excluyente. Al mismo tiempo, la izquierda comenzó a revalorar la importancia del Estado como medio para ejercer la rectoría económica y promover la justicia social. La colaboración con el gobierno dejó de censurarse automáticamente y muchos militantes buscaron orientar la tarea de la izquierda hacia procesos como la nacionalización de empresas, la amplificación de las tareas redistributivas del Estado y el mantenimiento de una política

² Para Barry Carr, por ejemplo, la relación de la izquierda y los regímenes que se apropiaron de la retórica revolucionaria fue ambigua y, a veces, oportunista; sin embargo, a partir de 1960, el Partido Comunista Mexicano se alejó de cualquier colaboración con los regímenes revolucionarios y las ideologías nacionalistas. Barry Carr, "The Development of Communism and Marxism in Mexico: An Historiographical Essay", en Camp, Hale y Vázquez, *op. cit.*, pp. 377-394.

exterior anti-imperialista. En particular, el PSUM, con el influjo fundamental de los miembros del ex Movimiento de Acción Popular, MAP, adoptó un programa gradualista que consideraba la redefinición estratégica de la economía por parte del Estado.

El cambio de tono de esta izquierda no puede entenderse sin aludir a una tradición gradualista y estatista (con la que, en los años treinta, coincidió el propio Paz), que no desdeña impulsar el cambio social desde el Estado y que subsistió, aunque interrumpida por el trauma y las olas radicales que sucedieron al 68, en la generación de los setenta. Por otro lado, el relevo generacional en la esfera gubernamental, el ascenso de una élite de economistas educados en universidades norteamericanas y el privilegio de las decisiones técnicas sobre las políticas ponía en peligro lo que muchos consideraban una misión histórica del Estado mexicano aún inconclusa. De este modo, el debate sobre la función histórica y estratégica que debía cumplir el Estado, consistía también un alegato sobre la legitimidad, la autoridad moral y la participación social de los intelectuales.

En la introducción a un libro de culto, que plantea un añejo debate ideológico, Rolando Cordera y Carlos Tello, al deslindar las diferencias entre un proyecto “nacionalista” y uno “neoliberal”, distinguían dos opciones antagónicas cuya hegemonía dependería de las fuerzas que cada una lograra conjuntar.³ La opción neoliberal implicaba la consolidación de las fuerzas sociales y los climas ideológicos que habían privado en el desarrollo mexicano de la posguerra y consistía, básicamente, en adoptar el giro al libre mercado que se estaba observando en las metrópolis, con el consecuente retiro y adelgazamiento del

³ Rolando Cordera y Carlos Tello, *México: la disputa por la nación. Perspectiva y opciones de desarrollo*, México, Siglo XXI, 1981, p. 10.

Estado, el ajuste en los salarios y la contención de la demanda para combatir la inflación y la mayor integración económica y subordinación política a Estados Unidos. Por su parte, el proyecto nacionalista consistía, según Cordera y Tello, en recuperar y actualizar el proyecto de desarrollo en la Constitución de 1917, ya esbozado en los años treinta durante el régimen cardenista. Dicho proyecto consideraba la actuación del Estado como un auténtico rector de un proyecto económico de largo alcance que permitiera la mayor integración industrial, la autosuficiencia alimentaria, el pleno empleo y el combate a los rezagos y la marginación. Para reactivar el pacto social revolucionario que dio origen al México moderno era necesaria una alianza entre el Estado y las masas, que podía utilizar las organizaciones corporativas existentes, aunque modernizadas y democratizadas. Así, la reestructuración del movimiento obrero y campesino, la incorporación de las clases medias y los empresarios nacionalistas permitirían formar una gran base de apoyo capaz de imponerse al proyecto de la gran burguesía y la coalición tecnocrática.

Dicho de otra forma: esta exploración prospectiva parte del supuesto central de que el orden constitucional, político y económico surgido de la Revolución Mexicana es viable, en el sentido de que puede mantenerse como cauce para la evolución social del país: supone además que esta evolución, basada en una potencialidad económica considerable ahora ampliada significativamente con el petróleo, tiene varias opciones con posibilidades de convertirse en estrategias y políticas dominantes dentro del Estado, sin que para ello fuera necesaria una ruptura más o menos drástica del régimen político vigente.⁴

⁴ Véase Cordera y Tello, *op. cit.*, p. 18.

Precisamente cuando las posiciones de una porción importante de la izquierda se dirigían hacia el nacionalismo y el fortalecimiento del Estado, esta filosofía de gobierno quedaba profundamente desacreditada por los saldos de las políticas expansionistas de Luis Echeverría y José López Portillo, que habían culminado en sendas crisis económicas. Amén de los motivos internos, hacia finales de los años setenta y principios de los ochenta, comenzaba a hacerse evidente el rezago económico de los países socialistas frente al capitalismo, así como el agotamiento de la estrategia de sustitución de importaciones, es decir, el fomento de la industrialización mediante la protección arancelaria y el otorgamiento de diversos estímulos fiscales a ciertos empresarios. Dicha estrategia, fundada en la interpretación marxista del desarrollo latinoamericano de la “teoría de la dependencia”, había buscado ser por varias décadas el modelo de desarrollo dominante en México y América Latina.

La estrategia de sustitución de importaciones, con toda la retórica tercermundista que le acompañaba, fue particularmente cuestionada por el éxito económico de los países de la Cuenca Asiática del Pacífico. Para muchos, con una estrategia económica orientada al exterior, radicalmente opuesta a la que propugnaba la sustitución de importaciones, los países de la Cuenca Asiática del Pacífico habían experimentado tasas de crecimiento espectacular y sostenido, que les permitían elevar gradualmente los niveles de bienestar social, sin reducir los incentivos para el trabajo y sin pagar los altísimos costos en sufrimiento y libertad humana que implicó la etapa constructiva del socialismo en países como la URSS y China.

A la quiebra económica y al desprestigio de la estrategia de sustitución de importaciones, se agregaba la aparición de una nueva generación de funcionarios que se habían formado en

el extranjero y que buscaban introducir en la tarea de gobierno elementos de modernización y racionalidad económica. Esta constelación de funcionarios creía en la mayor competencia económica, la libertad de mercado, la disminución de la participación del Estado en la economía, la integración del país a la economía internacional y toda la serie de apogemas que posteriormente se han identificado con el confuso calificativo de neoliberalismo.

Así, la sucesión presidencial de 1982 significó algo más que el cambio de un estilo personal de gobernar a otro; implicó, en muchos sentidos, una ruptura generacional e ideológica de amplias dimensiones, a causa de la cual la nueva élite política comenzó a inclinarse hacia un proyecto de gobierno fundado en concepciones ideológicas y metas radicalmente contrapuestas a las de sus antecesores.⁵ La oferta del grupo gobernante entrante podía resumirse, en el plano político, en el ofrecimiento de emprender una transformación en la concepción y funciones del servicio público y, en el plano económico, en el compromiso de reducir la participación del Estado en la economía, aplicar las reglas del mercado y propiciar un proceso de modernización industrial basado en la mayor competencia económica.

EL PENSAMIENTO DE PAZ EN LOS OCHENTA

En los años ochenta, Paz consolidó su liderazgo cultural interno y su presencia internacional, al mismo tiempo que siguió ejerciendo una jefatura espiritual que se expresaba en la defensa

⁵ Véase Rogelio Hernández "Los hombres del presidente De la Madrid", en *Foro Internacional*, núm. 109, julio-septiembre de 1987, pp. 5-38.

de valores, pero también de intereses concretos. A lo largo de esta década, el escritor no sólo defendió las libertades y la democracia, sino que se convirtió en una suerte de legislador honorario, que preservaba el estatuto y los intereses del gremio artístico, opinaba sobre la organización y administración de la cultura y participaba en numerosos aspectos de la vida pública.

Este activismo se justificaba porque, para Paz, el ejercicio de la crítica, inherente a la práctica del arte, cumplía una función especial en países como México, en donde aún no maduraban los pesos y contrapesos del poder, como un Congreso o una prensa independiente, y donde la izquierda política y académica seguía siendo presa del dogmatismo y del oportunismo. Así, con un tono premonitorio de las disputas de los años posteriores, Paz señalaba que el peso creciente de la izquierda en el mundo académico y los medios de comunicación era avalado por el Estado que concedía espacios y privilegios a sus críticos potenciales para mantenerlos contentos y manifestaba su disposición a contrarrestar dicho peso.⁶

Por otra parte, las diferencias concretas con la izquierda intelectual eran muchas. Por ejemplo, las apreciaciones críticas de Paz en torno a la expansión del Estado y a los obstáculos que el centralismo y el gigantismo estatal implicaban para la democracia y el desarrollo se remontaban a los años setenta. En los años ochenta, la percepción de Paz respecto a las bondades de la normalización democrática y la liberalización de la economía se fortaleció y el escritor estableció afinidades más estrechas con pensadores liberales en Estados Unidos, Francia, España y América Latina. Paz y varios miembros de la revista *Vuelta*, asumieron posiciones liberales más claras en

⁶ Entrevista con JF Revel, citada por Rodríguez Ledezma (2001), p. 223.

el ámbito económico, cuestionaron la legitimidad y eficacia de la participación estatal en la economía y, a la vista de los saldos críticos de las estrategias de crecimiento impulsadas por el Estado, se manifestaron por la desaparición del patrimonialismo y las trabas burocráticas contra el mercado. La operación eficaz del mercado sería un paso fundamental para promover un capitalismo popular y estimular la iniciativa de los individuos. De este modo, pese a la mutación del pensamiento de izquierda, la diferencia entre sus posiciones y la de Paz seguía manteniéndose abierta.

Después de que el presidente De la Madrid asumió el poder, Paz y sus allegados apoyaron los esfuerzos para desmontar el centralismo, disminuir los privilegios de la burocracia y modernizar la economía. Sin embargo, mientras el gobierno basaba su proyecto en una modernización económica que pudiera avanzar gracias a las reservas de gobernabilidad del corporativismo y el clientelismo y advertía una convivencia paradójica entre la voluntad reformista en lo económico y la práctica de las viejas estrategias del fraude electoral, la cooptación y el desequilibrio en la competencia política, Paz y varios de los escritores afines a él se manifestaron por impulsar paralelamente el avance democrático del país, comenzando con la transparencia y legalidad de los procesos electorales.

Así, en 1986, mientras que con el argumento de evitar el avance de la derecha y los intereses antinacionales, algunos funcionarios del gobierno buscaban justificar las irregularidades en las elecciones de Chihuahua, donde el PAN había logrado un avance significativo, en *Vuelta* aparecieron ensayos que condenaban el fraude electoral. Dichos ensayos hacían un llamado perentorio a la normalización democrática y situaban al norte como el territorio en donde, por su mayor desarrollo

económico y político, podría surgir un movimiento cívico que transformara la cultura política del país.⁷

Sin embargo, en los años ochenta, el motivo de diferencias más señalado entre Paz y la izquierda no fue el diagnóstico interno, sino discrepancias muy puntuales en materia de política exterior. En este caso, además de la diferencia en torno a la apreciación sobre Cuba, surgieron discrepancias irreconciliables respecto a Nicaragua y El Salvador. Anteriormente, Cuba y Chile habían representado la posibilidad de un socialismo de nuevo cuño y habían despertado una euforia cargada de reivindicaciones regionalistas. En los ochenta, la revolución en Nicaragua y la lucha del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional en El Salvador revivieron el encanto utópico latinoamericano y adquirieron presencia en el debate político nacional.⁸

⁷ Un grupo de intelectuales, en el que confluían personajes como Elena Poniatowska, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Fernando Benítez y Enrique Krauze, difundió un manifiesto en el cual manifestaban su escepticismo hacia los altísimos niveles de votación que se adjudicaba el PRI en las elecciones de Chihuahua, se solidarizaban con la protesta de parte de la ciudadanía de ese estado y exigían la realización de nuevos comicios. *La Jornada*, 24 de julio de 1986, p. 6.

⁸ Ciertamente, el apoyo intelectual ha sido significativo para la consolidación de los regímenes surgidos de revoluciones sociales. En los años treinta la revolución soviética realizó grandes esfuerzos en pos de este apoyo; posteriormente la revolución china buscó establecer sus propias bases de respaldo intelectual y, en Cuba, Castro mostró el mayor interés en ganar la anuencia de los intelectuales, utilizando su carisma personal para establecer relaciones amistosas convenientes con artistas e intelectuales de prestigio. Por su parte, una situación revolucionaria, suele ejercer una suerte de fascinación en el intelectual, quien se transfigura de un ente marginal a un artífice de la edificación social. No es extraño, por eso, que en Nicaragua y El Salvador

En el respaldo a estos movimientos coincidieron la izquierda y el gobierno que, en un gesto diplomático inusitado, durante el régimen de José López Portillo se atrevió, junto con Francia, a reconocer la representatividad de la guerrilla en el conflicto civil en El Salvador. Posteriormente, durante el gobierno de Miguel de la Madrid, México formó, junto con Colombia, Venezuela y Panamá, el Grupo Contadora que, con la mediación entre las partes en conflicto, buscaba aislar los sucesos de Centroamérica del conflicto Este-oeste y promovía la pacificación de la región.

En *Vuelta*, tras una recepción moderadamente favorable a la revolución nicaragüense, se comenzaron a observar signos de escepticismo ante la evolución ideológica y las medidas adoptadas por el gobierno sandinista. Para Paz, el cambio social en América Latina se encontraba indisolublemente ligado al avance democrático, ya que éste era el mejor antídoto contra los virus del caudillismo y el autoritarismo que asolaban las sociedades. La revolución nicaragüense había sido indudablemente justa y había convocado una amplia participación popular; sin embargo, dicho movimiento estaba siendo confiscado por una fracción de la dirigencia sandinista, cuya orientación prosoviética obstaculizaba la vida democrática al interior del país y generaba un peligro para las naciones vecinas. Por eso, el escritor cuestionaba el apoyo del gobierno mexicano al régimen nicaragüense cada vez más vinculado a la órbita de intereses cubanos y soviéticos. Para Paz, con Nicaragua y con la situación en El Salvador, la historia latinoamericana se repetía trágicamente y se manifestaba en tiranías, guerras civiles y

se haya reflejado en pequeña escala el fenómeno de solidaridad intelectual en forma de apoyo moral, defensa militante, participación en brigadas, etc.

escenarios para el enfrentamiento velado entre potencias. En consecuencia, Paz hacía un llamado a la participación más activa y menos idealista del gobierno de México en la solución de los conflictos de Centroamérica y en la restauración de la vía democrática en estos países, pues –sostenía– la única transformación social viable en América Latina podía darse en un marco de instituciones democráticas.

Cercano a esta visión del conflicto, en 1981 Gabriel Zaid publicó un polémico cuestionamiento de la guerrilla salvadoreña, en la que se denunciaban las inconsecuencias y las sangrientas venganzas al interior del movimiento. El artículo fue rebatido ampliamente y consiguió que se identificara a *Vuelta*, y con ello a Paz, no sólo, como se había venido haciendo, con un liberalismo formalista, sino con los intereses de la política exterior del gobierno estadounidense.⁹ Paz comentó la recepción crítica al artículo de Zaid, como un ejemplo de la doble moral que manejaban muchos intelectuales. Para Paz, las réplicas a Zaid estaban plagadas de simplismo en la interpretación de la historia como un guión prefabricado, pero sobre todo, convocaba a la añeja pregunta de si el fin justifica los medios, así como al dilema del intelectual ante los crímenes de su partido. En este sentido, superponer una filosofía de la historia a los dictados de la conciencia individual implicaba adquirir el permiso filosófico de matar. Esta operación intelectual era indisoluble

⁹ Véase Gabriel Zaid, “Colegas enemigos”, *Vuelta* 56, junio de 1981 y “Los hechos incómodos”, en *unomásuno*, septiembre 19 de 1981; Carlos Pereyra, “La tragedia como silenciamiento” y Héctor Aguilar Camín, “Lecturas de Zaid y la Casa Blanca”, en *Nexos* 45, septiembre de 1981 y Héctor Aguilar Camín, “Zaid o el empirismo burriciego de la nueva derecha”, en *Nexos* 48, noviembre de 1981.

de las grandes barbaries e implicaba la deshumanización del otro como condición previa para desvalorizar su vida.

En 1984, esta diferencia de apreciación entre Paz y la mayoría de la izquierda se tradujo en un conflicto mayor. Ese año Paz cumplió 70 años y, al mismo tiempo que se consolidaba como el intelectual mexicano más célebre en el mundo y acaparaba numerosos reconocimientos, experimentó el más importante apartamiento de la intelectualidad local. Durante 1984, Paz recibió numerosos reconocimientos en México y en el exterior: se realizaron programas especiales de televisión en los que se discutía su vida y obra, se llevó a cabo un homenaje organizado por el gobierno mexicano y se le otorgaron diversas condecoraciones en el extranjero, entre las que destacaba el Premio de la Paz de la Asociación de Libreros de Francfort, el cual se le entregaba por su calidad de intelectual independiente y su vocación pacifista. En esta ceremonia, presidida el 7 de octubre por el entonces presidente alemán, Richard Von Weizsaecker, el escritor mexicano centró su discurso en la afirmación de que la defensa de la paz entre las naciones es indisoluble de la democracia y, al referirse a la revolución sandinista, dijo que ésta había sido secuestrada por una élite prosoviética, por lo que una solución pacífica en este país comenzaría por el respeto a las libertades y la realización de elecciones.¹⁰

Este discurso provocó un gran malestar entre grupos de izquierda y del partido oficial y suscitó un conjunto de condenas en declaraciones y artículos.¹¹ La irritación con las afirmaciones

¹⁰ Octavio Paz, "El diálogo y el ruido", en *Pequeña crónica de grandes días*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 81-93.

¹¹ Por ejemplo, José Antonio Álvarez Lima, entonces diputado del PRI, dijo que el discurso de Paz había sido "parcial, inexacto y aventurado" y añadió que "más que declaraciones supuestamente bien intencionadas, lo que los pueblos

del poeta fue tan grande que el 11 de octubre, durante una manifestación de apoyo a Nicaragua, su efigie fue quemada frente a la embajada de Estados Unidos.¹² Desgraciadamente, el linchamiento simbólico oscureció los cuestionamientos más

centroamericanos requieren es comprensión, ayuda y solidaridad”; Rolando Cordera, a la sazón coordinador de la fracción parlamentaria del PSUM, dijo que “En su discurso Paz no fue imparcial; tomó posición a favor de los ex guardias somocistas y eso a cualquier mexicano que se haya sentido orgulloso de su nombre no puede menos que causarle decepción”. Por su parte, Roger Bartra dijo que “Octavio Paz ha realizado un discurso sólo aparentemente neutral y pacifista; de hecho, al hablar de Centroamérica ha sido tremendamente parcial. Ha exaltado unilateralmente las elecciones en El Salvador ‘como un ejemplo admirable de vocación democrática, a pesar de los guerrilleros’. En cambio ha denostado el proceso electoral en Nicaragua que todavía no se realiza explicando que ‘con ser esenciales las elecciones no son todo’”; José Joaquín Blanco señaló que “El proceso de derechización de Octavio Paz es cada vez más acelerado y ya no existe la menor diferencia entre su inspiración poética y la inspiración de la Kierckpatrick”; véase *La Jornada*, 8 y 10 de octubre de 1984.

¹² Fernando Vizcaíno hizo una reseña de este acontecimiento: “El día 11 de octubre más de 5 000 personas tomaron las calles del centro de la ciudad de México y demandando la muerte del poeta marcharon con pancartas hasta la embajada de Estados Unidos. Entre la multitud destacaban unos diez personajes que vestían boina y camisa militar. Con ese pobre atuendo, que no se puede llamar uniforme, y con movimientos y consignas querían evocar la imagen revolucionaria de Ernesto ‘Che’ Guevara. Aunque también había uno que vestido con andrajos caminaba buscando tropezar de continuo emitiendo sonidos vagos; cargaba sobre su cabeza un gran monigote de dos metros de altura y cabeza cuadrada, con el logotipo de Televisa, que representaba a Octavio Paz. Tras hora y media de porras a los sandinistas y mueras al imperialismo norteamericano, la gente formó un gran círculo alrededor del monigote. Mientras éste era bañado en gasolina y elevado sobre un grosero palo, se repetía en coro esta frase que lejos de ser una consigna política parecía más un conjuro cantado en derredor de un tótem mítico: ‘Reagan rapaz, tu amigo es Octavio Paz.’” Véase Fernando Vizcaíno, “Octavio Paz y la razón ardiente”, en *La Jornada semanal*, núm. 224, 26 de septiembre de 1993, p. 26.

equilibrados que se habían realizado sobre las declaraciones de Paz y polarizó el debate entre éste y sus interlocutores.

Otro motivo de crítica a Paz fue su participación en Televisa. La participación del intelectual en la televisión comercial ha sido un tema de controversia frecuente. La cobertura y alcance de este medio puede contribuir a difundir los mensajes del intelectual ante un público inusualmente amplio; sin embargo, las limitaciones inherentes al propio medio y la naturaleza de las empresas televisoras han constituido un motivo de duda para muchos intelectuales. En el caso de Televisa, esta empresa fue identificada por la izquierda como un instrumento de enajenación, despolitización y desinformación, al servicio de los intereses transnacionales y de la élite del poder en México.¹³

Paz fue comentarista editorial en el programa “24 horas”, considerado durante mucho tiempo el productor por excelencia de información tendenciosa y progubernista. Si bien Paz se desempeñó como comentarista independiente y como participante de diversos programas culturales, para sus adversarios su sola presencia legitimaba la operación de esta empresa y delataba la filiación del poeta, más allá de su autoproclamada independencia.¹⁴ En opinión de los críticos

¹³ En un libro compilado por Raúl Trejo Delarbre se analizaban diversos aspectos del control y manipulación ideológica que se consideraba ejercía Televisa. Véase *Televisa: el quinto poder*, México, Claves Latinoamericanas, 1995.

¹⁴ Por ejemplo, Miguel Ángel Granados Chapa señalaba: “La cooptación de Paz, la conversión del poeta en el más contundente coonestador de la ilegitimidad social de Televisa, contará entre las operaciones políticas de mayor alcance en este siglo. A partir de 1979, en que Paz accedió a sacramentar en el encuentro de comunicación de Acapulco al monopolio que riñe con su idea libertaria, hasta el mes pasado, en que juntos montaron un magno evento propagandístico: la fiesta del capitalismo rampante más que la *debacle* del socialismo autoritario, Televisa ha explotado la estatura intelectual del poeta

del papel de Televisa, esta corporación buscaba impulsar un proyecto cultural de derecha y promovía la cooptación de los intelectuales, mediante la oferta de empleos y la proyección pública que brindaba la pantalla. Paz —sugerían— con su anticomunismo a flor de piel, su condescendencia ante las dictaduras de derecha y su exaltación de la democracia de papel realizaba gustoso este servicio legitimador al proyecto de Televisa.¹⁵

Ciertamente, a lo largo de los setenta, Paz, cuya disidencia en el 68 probablemente despertó expectativas en la izquierda, fue desilusionando paulatinamente a sus eventuales feligreses políticos y si en un principio se le quiso asimilar a la cultura progresista, después se le consideró un enemigo. El clima de enfrentamiento ideológico persistió en los años ochenta y el choque continuo con las posiciones de la izquierda fue colocando la figura de Paz cada vez más a la derecha del espectro político. Lo cierto es que para los años ochenta, ante la pobreza o práctica inexistencia del pensamiento político de derechas en México, muchas de las ideas de Paz en defensa de la libertad individual, contra el avasallamiento del Estado y los regímenes totalitarios y contra la izquierda podían asimilarse y manipularse por diversos grupos de

a cambio de levantarle un monumento. La celebración de sus setenta años con una serie de entrevistas de postmórtem en torno a Paz; las emisiones sobre la presencia de México en su obra; la colosal exposición de los privilegios de la vista en el Centro de Arte Contemporáneo, el encuentro *Vuelta*, son algunas de las travesías de esa edificación. Paz no ha sido, por supuesto, víctima inocente de una añagaza mercantil. La expansión de su figura y de su influencia no es una compensación menor". Véase "Plaza dominical", en *La Jornada*, 14 de octubre de 1990.

¹⁵ Humberto Musacchio, "Octavio Paz en Televisa/El laberinto de la impunidad", en Trejo Delarbre, *op. cit.*, pp. 150-159.

interés.¹⁶ Esto permitió que sus adversarios encontraran coincidencias y alianzas entre Paz y estos grupos. Esta lectura no es exacta y, pese a que muchas veces su liberalismo se contaminó de una fe ingenua en el mercado y un anticomunismo galopante, Paz conservó siempre una retórica antiburguesa de origen romántico y existen múltiples aspectos de su pensamiento inasimilables por el pensamiento de derecha o por los partidos que, en México, representaban la derecha, como el PAN.¹⁷ Tendría que surgir un movimiento modernizador dentro del propio Estado que acaparara la simpatía de Paz y buscara asimilar su legado intelectual.

LAS ELECCIONES DE 1988

Pese a que la administración de Miguel de la Madrid no careció de logros en materia de reforma del Estado y transformación de la economía, éstos difícilmente podían esgrimirse como carta electoral convincente para una población empobrecida y escéptica por la serie de crisis económicas que se vivieron durante el sexenio. La candidatura priísta de Carlos Salinas,

¹⁶ La proscripción del pensamiento de derecha de lo políticamente correcto, aunque no de la vida política, no es un fenómeno únicamente mexicano, sino que constituyó una tendencia común en diversos países, después de la Segunda Guerra Mundial.

¹⁷ Paz mantuvo una posición de condena retórica hacia los empresarios y la derecha mexicana. A muchos empresarios los consideraba dependientes del Estado y de los mercados protegidos; mientras que a la derecha la catalogaba como atrasada e intolerante. Por ejemplo, en 1983, al analizar lo que consideraba una tibia respuesta del empresariado a la nacionalización de la banca, Paz recordó el crecimiento que habían alcanzado a la sombra de la protección estatal y su inclinación a actuar como grupo de presión y no como un sector social con derechos y obligaciones. Véase *Tiempo nublado*, pp. 129-130.

por ende, parecía débil y poco atractiva para la mayoría de votantes: el aspirante, además de enfrentar la animadversión de algunos sectores al interior del propio PRI, era asociado por el público con la impopular política económica del régimen, a la que se atribuía la gestación de las crisis y el descenso en el nivel de vida de la población.

Aunque la lucha entre élites fue sorda y silenciosa, en el momento en que se aproximaba la sucesión presidencial cobró fuerza dentro del PRI una corriente de opinión, denominada democrática, que agrupaba a distinguidos militantes del ala progresista de este partido y que criticaba aspectos medulares, como la política económica del régimen y el proceso de selección del candidato oficial. Esta corriente, aun sin contar con un proyecto alternativo de gobierno especialmente sólido, representaba una oferta ideológica atractiva que actualizaba el programa histórico de la Revolución Mexicana en temas como la recuperación del nacionalismo económico y la oferta de una mayor equidad social. La disidencia interna culminó en un desprendimiento de militantes del PRI que, reunidos en un heterogéneo frente de partidos y movimientos, propusieron a Cuauhtémoc Cárdenas como su candidato a la presidencia y, con la alianza de gran parte de la izquierda, en poco tiempo conformaron uno de los movimientos opositores más fuertes en la historia del país.

Pese al intento de erigirse como una opción modernizadora, el triunfo electoral de Salinas fue magro y discutido. El deterioro en las condiciones de vida y la quiebra de los moldes habituales para la conciliación de intereses produjo un nuevo acomodo de las alianzas de poder y una ola de movilización cívica y electoral sin precedentes. Las tensiones sociales, acumuladas en los largos años de ajuste económico, pudieron

afloorar más fácilmente en el epílogo electoral de la crisis, gracias a que la figura de Cárdenas funcionó como un vehículo para expresar la protesta y la frustración ante la falta de expectativas económicas y para apostar por un ideal de tiempos mejores.

Si a principios de los ochenta la izquierda se había adherido a ciertos ideales renovados de la Revolución Mexicana y sólo unos cuantos habían permanecido fieles a la idea de una revolución socialista, la conformación del movimiento cardenista produjo una nueva recomposición de fuerzas y posiciones al interior de la izquierda. La mayoría de los antiguos militantes fueron aglutinados en el movimiento cardenista, cuya variopinta filiación desdibujó ideológicamente al progresismo y lo definió, más que nada, por su oposición al “proyecto neoliberal” y su animadversión a Carlos Salinas. En este tránsito, algunos miembros prominentes de la intelectualidad contestataria de los años setenta, como Héctor Aguilar Camín, Rolando Cordera y varios más, ligados a la revista *Nexos*, se acercaron a las posiciones de Carlos Salinas. Paz, que desde algunos años antes se había manifestado por la modernización social y económica y el desmantelamiento del patrimonialismo, también encontró coincidencias con el proyecto de Salinas y expresó su desconfianza en el cardenismo y su afán restaurador.

Durante el periodo previo a la calificación de las controvertidas elecciones presidenciales de 1988, el país vivió una situación de confusión e incertidumbre. Si bien las cifras oficiales daban a Carlos Salinas más de la mitad de los votos, la interrupción temporal del flujo de información sobre los comicios por la “caída del sistema” había enturbiado la credibilidad de los resultados. La oposición denunciaba un fraude mayúsculo, se rehusaba a reconocer el triunfo del candidato

del partido oficial y ponía en peligro la toma de posesión del nuevo presidente. El clima de encono y falta de entendimiento entre los actores políticos amenazaba la gobernabilidad y la estabilidad social.

Por estas fechas, Paz escribió una serie de tres artículos en los que analizaba la escena política mexicana tras las elecciones, condenaba la actitud de los actores de oposición y hacía un llamado a la serenidad y a la negociación. Del PAN, afirmaba que se trataba de un partido que había renovado su antiguo liderazgo conservador, con líderes ligados al empresariado y que había logrado un gran arraigo local en muchas ciudades, aunque no contaba con un programa moderno ni había sido capaz de obtener el apoyo de los intelectuales. Del PRI, señalaba que al estar formado por corporaciones e identificarse con el Estado practicaba el patrimonialismo, lo que había causado funestas consecuencias a la economía. Sin embargo, después de 1982, los miembros de este partido en el gobierno habían iniciado un manejo más realista de la economía y una élite joven apostó por la modernización, lo que había provocado una escisión de la parte tradicionalista del PRI. Dicha parte tradicionalista constituía el núcleo del PRD, alrededor del cual se habían reunido un grupo heterogéneo de tendencias ideológicas e intereses, que servía como catalizador al descontento popular. En opinión de Paz, la atrofia democrática del país, producto de la prolongada hegemonía de un solo partido, no permitía valorar el avance en materia de representación plural que se había alcanzado en el Congreso y ponía en riesgo la estabilidad con las actitudes maximalistas y las peticiones, inaceptables para Paz, de anular las elecciones. Según Paz, las indudables irregularidades de la elección no justificaban que Cárdenas se autonobrara presidente y que Manuel

Clouthier, el candidato del PAN, pidiera la repetición de los comicios y las actitudes de ambos revivían pasados enconos e irresponsabilidades.¹⁸

Tras un tenso proceso, las elecciones fueron calificadas y Carlos Salinas asumió la presidencia. La baja votación obtenida por el nuevo Presidente (comparada con los estándares históricos del partido oficial), los episodios oscuros de la elección y las disputas al interior del propio partido hacían pensar en una presidencia inusitadamente frágil; empero, acaso esta debilidad de origen y la relativa escasez de compromisos con las bases tradicionales del sistema, obligó a Carlos Salinas a desplegar el poder real de la institución presidencial para realizar acciones espectaculares que sacudieron al país y comenzaron a allegarle popularidad y apoyos.

CARLOS SALINAS Y LOS INTELECTUALES

Si los gobiernos de José López Portillo y Miguel de la Madrid tuvieron una posición más reactiva que propositiva frente a los intelectuales, Carlos Salinas intentó generar un modelo ideológico que funcionara como cemento social y proyectara intelectualmente su programa de reformas. Por eso, inició un acercamiento sistemático con los diversos grupos intelectuales y promovió un vínculo institucional entre los artistas y el Estado,

¹⁸ Dicha actitud fue respaldada por su antiguo adversario Héctor Aguilar Camín: "Los años y la obra de Paz debo decirlo, han desmentido mi juicio. La serie de artículos de Paz, 'Ante un presente incierto', publicados en *La Jornada*, son una prueba de ello. En medio del griterío y el inmediateísmo, su voz ha introducido en el debate un don inapreciable en estos momentos: el equilibrio. Y a sus hermanas gemelas: claridad, naturalidad". *La Jornada*, agosto 16 de 1988.

a través de diversas formas de mecenazgo y apoyo. Por un lado, se creó un amplio sistema de reconocimiento y fomento a la creación administrado por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Asimismo, Carlos Salinas, por formación y afinidad generacional, cultivó directamente el trato de muchos intelectuales de la izquierda del 68 y comenzó a formar una importante base de apoyo para el proyecto modernizador.¹⁹

La relación de Carlos Salinas con el estamento intelectual no fue aleatoria y respondió a una estrategia política y a una afinidad generacional. De hecho, Salinas era un miembro de la generación que había vivido el 68 en plena adolescencia y que probablemente había comprendido los afanes más profundos de modernización política y social del movimiento. La imagen de un líder joven e ilustrado que se enfrenta a su propio pasado y a sus correligionarios, que propone una modificación radical del modelo de desarrollo apostando por la apertura y la internacionalización, que actualiza el discurso político e introduce temas y giros más modernos, no podía dejar de establecer afinidades con parte de la élite intelectual. Por eso, para muchos que habían abrevado del clima radical de los sesenta, el ascenso de Salinas al poder implicaba la oportunidad de promover una reforma desde el interior del sistema que permitiera hacer justicia a los ideales de la época. De hecho, proyectos de gobierno, como la política social englobada en “Solidaridad”, permitían recordar muchos de los

¹⁹ De hecho, con Víctor Flores Olea como operador, Carlos Salinas logró aglutinar un inusitado apoyo intelectual a medidas específicas como la serie de desplegados que diversos intelectuales firmaron para apoyar el encarcelamiento del líder sindical petrolero, Joaquín Hernández Galicia, “La Quina”. Véase al respecto, Xavier Rodríguez Ledezma (2001), pp. 237-239.

experimentos de organización popular de inspiración maoísta, que la izquierda había impulsado a principios de los setenta. Igualmente, el discurso modernizador del nuevo presidente, su significativo programa de reformas económicas, la novedad de su propuesta de política social y el tono de enfrentamiento con los sectores más tradicionales del sistema político pudieron despertar genuinas expectativas de cambio y generarle el apoyo de muchos intelectuales de su generación.

Paz, por su parte, no sólo apoyó la postura de Salinas en el trance electoral, sino que se identificó con las medidas de su gobierno y apostó parte de su prestigio manifestando públicamente su apoyo a ellas. La desincorporación de empresas públicas, la creación del Consejo y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, la negociación y firma del Tratado de Libre Comercio con América del Norte, la reprivatización de la banca y muchas otras acciones gubernamentales fueron motivo de elogio de Paz y, pese a los débiles esfuerzos del escritor por mantener su reserva, la forma y el fondo de las coincidencias no diferían mucho del coro de encomios dirigidos al entonces presidente. A lo largo de su relación con el salinismo, Paz olvidó los matices y reprodujo el clima de polarización de los años setenta: frente a lo que consideraba la amenaza retardataria de Cárdenas, el escritor apoyó casi incondicionalmente al proyecto modernizador del gobierno.

El gobierno también manifestó numerosas deferencias a Octavio Paz. Ciertamente, más allá del talante de sus opiniones, desde varias décadas atrás el prestigio de Octavio Paz era inmenso y diversos gobiernos intentaron convertirlo en un patrimonio particular. La actitud de Paz hacia Echeverría y López Portillo, pese a la aceptación de reconocimientos oficiales, fue un tanto distante, debido principalmente a dife-

rencias ideológicas con sus proyectos económicos y políticos y con su estilo personal de gobernar. Con Miguel de la Madrid se encontraron mayores coincidencias, aunque el episodio de Francfort implicó una sonora discrepancia con su política exterior. Con Carlos Salinas, la relación pública fue cordial y frecuente.

Por supuesto, la relación entre Paz y el gobierno de Carlos Salinas iba más allá de una adhesión coyuntural y personal e implicaba una convergencia de necesidades e ideas. Para la nueva élite gobernante era importante adquirir legitimidad ante la falta de cohesión política, la expropiación del discurso del nacionalismo revolucionario que habían ejercido sus adversarios cardenistas y la escasez de éxitos y satisfactores económicos reales que pudieran avalar, en la práctica, las reformas en marcha. Para Paz, amén de la consideración personal de que fue objeto, el proyecto de modernización del país que implicaba el adelgazamiento del Estado, el avance hacia un mayor pluralismo político, la defensa de los derechos individuales y la adopción de un papel más activo y práctico en el plano mundial coincidía con demandas e ideas que el escritor había defendido desde varias décadas atrás.

Para Paz, el proyecto encabezado por Salinas era parte de una corriente renovadora que impulsaba en México un cambio económico y político que comenzaba a perfilarse en el ámbito internacional con fenómenos como la *perestroika*, encabezada por Gorbachov en la URSS y, posteriormente, con la revolución de los países de Europa del Este. Dicho cambio consistía en el derrocamiento de los regímenes ideológicos y la extensión del mercado y las libertades individuales. Además, la presencia del cardenismo que, según la perspectiva paciana, reproducía muchos vicios del populismo y la antigua izquierda

e implicaba un proyecto claramente regresivo, colocaba a Paz en la disyuntiva de tomar partido por el bando modernizador. De ahí la mutua seducción entre el escritor y el poder. Un análisis del discurso de gobierno durante estos años permite recuperar una serie de citas explícitas e implícitas a la obra y las inquietudes de Paz: la apertura y la vinculación comercial con el mundo se expresaban como un imperativo de la economía contemporánea, pero también como el cumplimiento de una vocación universalista largamente postergada o políticas públicas nacionales, como el programa Solidaridad, se concebían como una conciliación entre las tendencias modernas (la reversión del estado de bienestar en el mundo) y las tradiciones comunitarias de la sociedad mexicana.

Esto no implica que Paz fuera un intelectual orgánico del salinismo, pero la vaguedad que en el dominio público habían adoptado sus ideas y consejos generales en torno a la modernidad mexicana las hacían fácilmente adaptables para un proyecto de gobierno ansioso de adquirir prosapia intelectual. Por otro lado, Paz no fue inmune a esta adulación y convergencia de ideas y, en algunas ocasiones, aportó formulaciones ideológicas, intentó teorizar sobre la naturaleza del proyecto salinista y su raigambre histórica o aportó recomendaciones y reconocimientos que, por su prestigio internacional, se volvían sumamente valiosas para la imagen del régimen.

Ya con la ventaja de la retrospectiva puede reprocharse a Paz un optimismo y una ingenuidad excesiva a la hora de juzgar las modalidades mediante las cuales se operó la reforma económica y política en la etapa salinista. Es un hecho que, ante la euforia de los cambios y el sentimiento de victoria histórica sobre el totalitarismo, Paz no fue capaz de aplicar su habitual escepticismo sobre el éxito de las modernizaciones cupulares;

tampoco pudo aplicar la capacidad de discernimiento que lo caracterizaba y, a menudo, saludaba de manera entusiasta los cambios sin preguntarse con profundidad en torno a sus consecuencias.²⁰ Por supuesto, ese reproche puede hacerse extensivo a una parte significativa de la comunidad intelectual mexicana. En general, salvo la oposición sin matices, y a veces sin argumentos, que mantuvieron algunos miembros del PRD y los estratos más radicales de la academia, numerosos intelectuales reconocidos apoyaron con diversos matices la filosofía de gobierno y las políticas concretas de Salinas. En este sentido, se extrañó como nunca un clima que permitiera el equilibrio analítico y la crítica constructiva.²¹

En suma, en los ochenta, Paz consolidó su papel como patriarca indiscutible de la cultura mexicana y sus empresas intelectuales, especialmente *Vuelta*, afianzaron la presencia internacional, que habían buscado desde los setenta. El pensamiento

²⁰ La proclividad de Paz a Carlos Salinas fue una fuente frecuente de críticas en los medios e incluso mereció un libro del poeta y ensayista de filiación marxista, Enrique González Rojo. Pese a que su tono y su léxico marxista podían sonar arcaicos, González Rojo logró observaciones perspicaces sobre la aceptación acrítica y aun al mimetismo del lenguaje salinista que se traslucía en los artículos de Paz. Para González Rojo, el candidato oficial había ganado en una elección fraudulenta apoyada por el aparato del Estado y carecía de legitimidad. Esto obligaba a buscar el apoyo de publicistas y teóricos que justificaran la permanencia del régimen, a lo que Paz había accedido poniendo “su gloria y su renombre a los pies del régimen neoliberal y tecnocrático que nos rige y del titular que ejerce factualmente el Poder Ejecutivo”. Véase Enrique González Rojo, *Cuando el Rey se hace cortesano. Octavio Paz y el salinismo*, México, Posada, 1990.

²¹ Por supuesto, los apoyos razonados al proyecto encabezado por Carlos Salinas no pueden generalizarse como producto del cohecho o el espíritu de adulación y la ponderación más adecuada de los activos y pasivos de ese régimen requiere un clima político menos enconado.

de Paz adquirió nuevos matices: afinó sus apreciaciones sobre el papel de la democracia en la convivencia pacífica entre pueblos e individuos; se adhirió a posiciones abiertamente liberales en materia económica; ratificó su militancia contra el marxismo y las actitudes de los intelectuales de izquierda; fustigó la falta de pragmatismo de la política exterior mexicana y apoyó la modernización emprendida por la élite priísta, como una alternativa preferible a lo que consideraba la involución cardenista.

La evolución ideológica de los años ochenta propició un cambio en las orientaciones del debate intelectual en el país, así como en las militancias políticas. En este tránsito, hubo diversos cambios de ruta y Paz llegó a coincidir en la defensa de un proyecto modernizador con viejos adversarios de la izquierda, al mismo tiempo que muchos que habían militado en la esfera oficial en el periodo disidente de Paz se encontraban ahora situados en la oposición. No obstante, las distancias entre los grupos intelectuales y las pasiones ideológicas se mantenían. Paz, por ejemplo, continuó con su crítica moral hacia la intelectualidad de izquierda y cuestionó la conversión súbita de ciertos marxistas y priístas en demócratas y modernizadores, sin que hubiera antecedido un "examen de conciencia" y una explicación pública. Igualmente, denunció la mala fe de aquéllos que, aunque hacían pública su conversión democrática, seguían apoyando la violencia revolucionaria y los regímenes dictatoriales en el exterior.

A su vez, para muchos de sus críticos, después de 1968, Paz había iniciado una reintegración paulatina al sistema corporativista mexicano, hasta convertirse en un panegirista de las políticas oficiales.

Las posiciones políticas e intelectuales de Paz no se encontraban, como en los años setenta, a contracorriente de

la mayoría y su apoyo al proyecto modernizador sólo difería en matiz con el de algunos intelectuales que provenían de la izquierda. Con todo, persistió un clima de enfrentamiento entre grupos intelectuales en el que era posible percibir no sólo diferencias ideológicas de fondo, sino una disputa por la legitimidad intelectual y por la influencia sobre el poder.

LA CAÍDA DEL SOCIALISMO REAL Y LA DISPUTA
POR LA LEGITIMIDAD Y LOS ESPACIOS DE PODER CULTURAL

La caída del socialismo real, de manera tan súbita como ocurrió, no estaba prevista en las perspectivas académicas, ni en las previsiones políticas. La consagración del socialismo en el horizonte histórico parecía haber sido aceptada no sólo por sus adeptos sino también por sus adversarios. Pese a que, desde hacía varias décadas, la idea de reforma en el socialismo real se había vuelto uno de los tópicos recurrentes, la hipótesis de su desaparición no fue desarrollada ni por sus más fervientes enemigos. Por eso, el hecho de que en Europa del Este la caída del socialismo se hubiera acompañado, en principio, de un rechazo total a sus instituciones y a sus prácticas, hacía más dramático su eclipse. A primera vista, la muerte natural de los regímenes comunistas dejaba a la democracia liberal sin rival en el frente. Para algunos, aunque resultaba difícil hablar de una clausura definitiva de las ideologías, la caída del marxismo implicaba el principio del fin de la “superideología” de nuestro tiempo y, en particular, de uno de los grandes ejes de esta “superideología”, la cultura de la revolución. Acabado el halo legitimador de la gran revolución, la violencia y la tiranía perdían cualquier legitimidad y se convertían en una aberración anacrónica, en un hecho patológico, inexplicable a

partir del ejercicio de razón práctica que constituía la política democrática.²²

Este acontecimiento provocó una modificación radical en las geometrías políticas en muchas sociedades. Después de 1945, el izquierdismo fue una pasión dominante en la esfera intelectual. Si bien lo que podría considerarse como derecha siguió actuando, el debate intelectual en muchos países estaba dominado por el espectro izquierdista. Después de su fascinación juvenil por el cambio revolucionario, Paz se alejó paulatinamente del socialismo y, posteriormente, se convirtió en uno de los adversarios más visibles de los regímenes totalitarios y en un crítico pertinaz de la intelectualidad de izquierda en Occidente.

La llamada “revolución de terciopelo” ocurrida en Europa del Este, mediante la cual se dio fin al socialismo de manera incruenta, sin duda constituyó un acontecimiento fundamental para Paz. Era comprensible que el escritor quisiera festejar este hecho como una victoria moral e intelectual y como testimonio de una posición que, junto con un grupo de espíritus afines, había mantenido contra todos los obstáculos.

Por supuesto, no es posible disminuir el valor de Paz para asumir las consecuencias de posturas impopulares; sin embargo, hay que recordar que si la posición política de Paz le trajo enfrentamientos y desaguisados, también le acarreó recompensas y renombre internacional. Paz formaba parte de una élite de intelectuales que, merced a su obra y posición, se habían erigido como una suerte de República Internacional de las Letras, autónoma de los dictados ideológicos y de los impe-

²² Véase Giovanni Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

rativos nacionales, que preconizaba valores literarios y morales de índole universal y que defendía activamente las libertades. No fueron pocos los reconocimientos que le trajo y los espacios que le abrió esta actitud. Su identificación creciente con el humanismo liberal, su activismo y su talento polémico, en una etapa en que la izquierda perdía peso en la vida metropolitana, contribuyeron a hacer de Paz una de las figuras intelectuales más prestigiosas y reconocibles a nivel mundial. El Premio de la Paz de los librerías de Frankfurt, en 1984, o el Premio Tocqueville, en 1989, fueron reconocimientos hechos no sólo al escritor sino al tribuno liberal que libraba una batalla contra las ideologías y los sistemas. En particular, el Premio Tocqueville era una distinción especialmente gratificante pues reconocía a grandes figuras del pensamiento político y lo habían recibido anteriormente personalidades como Raymond Aron y Karl Popper.²³ Así pues, la caída de los regímenes socialistas implicaba para Paz una victoria personal que ratificaba la preeminencia de la conciencia crítica y el espíritu liberal sobre los fanatismos del siglo.

Con todo, Paz no cedió a las tentaciones del triunfalismo más simplista: para el poeta, la caída del socialismo no implicaba el triunfo automático de la libertad, sino la oportunidad para reconciliar, de acuerdo con su viejo ideario, la libertad y la justicia, mediante una mezcla cuidadosa de realismo e imaginación. En *Pequeña crónica de grandes días*, su libro en torno a los cambios en la escena geopolítica e ideológica de finales de los ochenta y principios de los noventa, Paz concebía el fin del socialismo como producto del déficit de legitimidad y la derrota en la

²³ Para constatar el prestigio como hombre liberal que había ganado Paz en el mundo véanse los discursos de Alain Peyrefitte y de François Mitterrand durante la entrega del Premio en *Poesía, mito y revolución*, México, Vuelta, 1989, pp. 17-43.

competencia económica de los países socialistas con Occidente. No obstante, señalaba que la expectativa de generar una nueva geografía política, basada en la prosperidad que prometían los grandes espacios económicos, debía tener en cuenta la realidad de las pasiones nacionalistas y fundamentalistas. En su recuento, Paz reconocía que la victoria del mercado sólo radicaba en su mayor eficiencia, aunque no debía claudicarse en la crítica a la ceguera distributiva de este mecanismo. Paz también afirmaba que, en la democracia de masas, la supuesta elección libre y responsable de los ciudadanos podía ser distorsionada por los mensajes simplificadores de los medios masivos y otras formas de manipulación que brinda el poder económico, por lo que resaltaba la importancia de moderar los eventuales errores de la democracia con el equilibrio de poderes y el respeto a las libertades. El empobrecimiento de la cultura constituía otro riesgo en las sociedades capitalistas, pues la democracia liberal moderna, al renunciar a los absolutos, busca convertirse en un marco para la coexistencia de individuos plurales, aunque ello implica una suerte de vacío moral y metafísico, evidente en la decadencia de la virtud personal y en la ausencia de una exploración religiosa. Una futura filosofía política, por eso, debería dirigirse a solucionar esta escisión recogiendo lo mejor de las tradiciones liberal y socialista, pero aprendiendo también a leer a los grandes artistas; es decir, reconciliando, como lo quería el joven Paz, los ámbitos de la moral y la estética y reconociendo el papel profético y arbitral del artista.

LA EXPERIENCIA DE LA LIBERTAD Y EL PREMIO NOBEL

Para analizar y, por qué no, para celebrar la caída del socialismo, *Vuelta*, junto con Televisa, organizó el encuentro “La

experiencia de la libertad”, que se transmitió por la televisión por cable. Por supuesto, exigir imparcialidad y pluralidad en un encuentro de intelectuales no es fácil. A lo largo del siglo XX, el intelectual, como especie, formó parte de una guerra de posiciones entre los bloques ideológicos que pugnaban por atraer el prestigio y el consenso de los letrados. Desde sus orígenes, los congresos intelectuales estuvieron ligados al enfrentamiento ideológico y, sin ser necesariamente monolíticos o manipulados, los valores que esgrimían y las posiciones que adoptaban podían adivinarse desde el principio y tenían un uso táctico muy importante.

Además, el clima de la Guerra Fría y las mayores posibilidades de viajar permitieron el afianzamiento de las afinidades ideológicas con lazos personales y la formación de grupos intelectuales relativamente compactos en el ámbito internacional. El encuentro de *Vuelta* convocó a un numeroso grupo de colaboradores de la revista que, desde los años setenta, habían mantenido una posición crítica ante la izquierda ortodoxa y los regímenes socialistas. De esta manera, era de esperarse que, por la nómina convocada, en el encuentro de *Vuelta* se analizara la caída del socialismo, se reivindicara a un grupo de disidentes y se establecieran responsabilidades contra aquellos que, desde el ámbito intelectual, habían profesado la fe política.

El encuentro pese a su previsible sesgo ideológico constituía un acontecimiento muy importante por el prestigio intelectual y político de sus participantes, por sus antecedentes en la lucha contra los regímenes totalitarios y por la situación de transición en Europa del Este. La capacidad de convocatoria de Paz permitió reunir algunas de las voces más relevantes del pensamiento liberal y del socialismo democrático en el mundo (Leszek Kolakowski, Daniel Bell, Cornelius Castoriadis,

Agnes Heller, Irving Howe, José Guilherme Merquior, entre otros), así como un grupo relativamente plural de intelectuales mexicanos (Carlos Monsiváis, Adolfo Sánchez Vázquez, Rafael Segovia, Arnaldo Córdova, Héctor Aguilar Camín). Aunque hubo vehemencia y destellos de intolerancia por parte de los organizadores, el encuentro estuvo lejos de ser una celebración unánime del capitalismo y las fuerzas del mercado y convocó a una discusión tan áspera como lúcida. Un buen número de conferencistas adoptó un tono de reprobación moral hacia el autoritarismo y la represión sistemática de los regímenes socialistas, hacia la inviabilidad de la economía planificada y hacia la responsabilidad de los intelectuales en el florecimiento de este sistema. Los pocos intelectuales de izquierda asistentes, con distintos matices y argumentos, reconocieron el fracaso del socialismo real, pero defendieron la vigencia y viabilidad del ideal socialista. Otros participantes, sin embargo, intentaron dejar de golpear al cadáver socialista y se ocuparon de identificar los retos de la democracia liberal como sistema, los problemas de la sociedad poscomunista o las diversas modalidades de transición democrática que se presentaban en América Latina y Europa del Este. Al final de cuentas, una declaración de Mario Vargas Llosa, que identificaba a México como la dictadura perfecta por haber mantenido, sin recurrir a la violencia, la preeminencia de un solo partido, causó el enojo de Paz, provocó la indignación de otros intelectuales y funcionarios de gobierno y acaparó injustificadamente la atención.

La recepción del Encuentro por parte de muchos medios e intelectuales fue hostil. La mayoría de los que comentaron el coloquio mencionaron que el análisis se había realizado desde una tendencia ideológica única y que hubiera sido deseable escuchar la opinión de los intelectuales de izquierda más

representativos. Otros censuraron la exclusión de personalidades como Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes, el tono anticomunista de la reunión e incluso el papel autoritario de Paz como moderador de diversas mesas. En suma, las querellas y las mutuas descalificaciones entre los miembros de la comunidad intelectual soslayaron la apreciación y asimilación del debate que se realizó al interior del encuentro.

Unos pocos meses después de realizado el encuentro de intelectuales organizado por *Vuelta*, Octavio Paz obtuvo el premio Nobel de literatura. Pese a los gestos de coquetería intelectual con que Paz manifestaba su desinterés por los galardones, sin duda el premio Nobel fue el reconocimiento más importante a su proyecto literario y vital, la culminación de su trabajo de promoción e internacionalización y un acontecimiento que fortalecía su figura en los litigios culturales que libraba. En México, las reacciones fueron encontradas. Para algunos intelectuales, el premio reconocía en Paz no sólo la excelencia de su literatura, sino la aportación al pensamiento contemporáneo del idioma español, que repetidamente había sido desairado del banquete de la civilización. Ciertamente, Paz no sólo representaba una región de la geografía literaria sino un tipo de intelectual omnívoro, con pocos paralelos y sobrevivientes en la escena mundial. Paz también representaba, quiérase o no, una postura política liberal, pero también cercana a la ideología del mercado, la apertura comercial y la condena del socialismo, que había desempeñado un papel importante en la etapa de la Guerra Fría de las ideas y que parecía entronizarse con la caída del comunismo. En general, hubo júbilo oficial y manifestaciones de alegría aun entre algunos de sus antiguos adversarios; sin embargo, también se hicieron interpretaciones sesgadas de este acontecimiento y se dijo que, más que nunca,

el premio se otorgaba por razones ideológicas como una suerte de condena definitiva al pensamiento socialista, o bien, se llegó a decir que era una distinción que se otorgaba en virtud de la asociación del poeta con Carlos Salinas.

EL COLOQUIO DE INVIERNO

La organización en torno a grupos y el deseo de influencia pública son características fundamentales de la vida intelectual, en donde suele privar una oligarquía de la inteligencia y la sensibilidad, que controla el ingreso y salida de sus miembros con base en criterios muy diferentes al de otras esferas. La influencia que el intelectual mexicano ha ejercido tradicionalmente en la vida pública, así como la similitud de experiencias y extracciones entre la élite intelectual y la élite política ha propiciado que existan múltiples paralelos y líneas de encuentro entre las Repúblicas del poder y la cultura. Tanto en la política, como en el terreno intelectual, la pertenencia a camarillas y el cultivo de una red amplia de amistades son determinantes para el éxito profesional. “En vista de que las amistades son tan decisivas para el éxito político, y dado que hay una tensión y un sentimiento de desconfianza constantes, la lealtad hacia ciertos individuos se aprecia en extremo”.²⁴

Así pues, la organización alrededor de grupos y camarillas es habitual y muchas etapas de renovación de valores y cuadros culturales han estado caracterizadas por el enfrentamiento entre grupos. A finales de los años setenta y durante los años ochenta se hizo evidente la formación de dos grupos fundamentales en la cultura mexicana, que se reunieron alrededor

²⁴ Roderic Camp, *op. cit.*, pp. 32-33.

de las revistas *Nexos* y *Vuelta* y que dieron espíritu de cuerpo a un diferendo político y estético que se remontaba a algunos años atrás. Dichos grupos asumieron una identidad pública definida y generaron ofertas culturales que no sólo respondían a una demanda ya establecida, sino que promovieron esquemas de interpretación, estilos de escritura y formas del gusto a menudo divergentes.

Nexos surgió a finales de los años setenta como una opción generacional que, más allá de las posiciones particulares de sus participantes, reunió una fracción importante de la intelectualidad progresista de la época. *Nexos* presentaba la oferta de mayor solidez en el análisis social y en la crítica de la cultura y rápidamente se colocó como uno de los polos del estudio político, de la difusión cultural y de la discusión ideológica. Por un lado, con la incorporación de los científicos sociales a la tribuna periodística y el cultivo tanto del balance y la prospectiva como de la observación de la actualidad, *Nexos* buscó fortalecer el análisis nacional e internacional y promover la politización y la conciencia crítica de un público primordialmente universitario. Por otro lado, *Nexos* promovió una visión contraria a la sacralización de la alta cultura que entendía el fenómeno cultural como parte de un ambiente social amplio y cambiante. Por ello, criticaba a quienes se consideraban una aristocracia estética e introducía nuevos géneros y manifestaciones híbridas.

Ambos grupos, *Nexos* y *Vuelta*, comandaron la oferta cultural durante varios años y se disputaron la hegemonía del gusto y de la credibilidad entre los lectores. Esta guerra cultural, que respondía tanto a diferencias ideológicas y estéticas como a relevos generacionales y antipatías personales, contribuyó a discernir valores e ideas y a remozar el canon. Si en la revista *Vuelta*

se difundía crecientemente el pensamiento liberal, en *Nexos* se publicaban autores marxistas y socialdemócratas; si en *Vuelta* participaban los artistas y escritores que hicieron la *Revista Mexicana de Literatura* en los cincuenta, en *Nexos* participaba la “Generación de Medio Siglo” y, de manera fundamental, la generación de 1968; si en el consejo editorial y las páginas de *Vuelta* predominaban los escritores; en *Nexos* predominaban los científicos sociales y periodistas. Ambos grupos se extendieron a la publicación de libros y a los medios masivos, al tiempo que promovían y cultivaban nuevos cuadros.

En ciertos momentos, las diferencias entre ambos grupos se manifestaron en un clima psicológico de Guerra Fría y la competencia entre empresas culturales adquirió un carácter de enfrentamiento estratégico: las posiciones en la burocracia cultural, las alianzas empresariales, la expansión a otros medios de comunicación se observaba como una ofensiva ideológica y operativa que era preciso denunciar y contener. Igualmente, en la discusión los argumentos individuales eran vistos con sospecha como consignas, pronunciamientos grupales o mensajes cifrados.²⁵

²⁵ Si bien en la política la lealtad es un elemento de cohesión del sistema, en el caso de los grupos culturales, donde las promociones dependen también de mantener una conducta intelectual acorde con el interés y los valores del grupo, la lealtad ha sido un fenómeno que empobrece la vida pública, pues en muchas ocasiones ha exiliado la crítica al terreno de la comunicación oral. Como señala José Antonio Aguilar, cuando se refiere al diferendo Krauze-Fuentes, el provincianismo mexicano concibe cualquier discrepancia como un ataque personal: “El pluralismo, por el contrario, despersionaliza las polémicas y los desacuerdos. En una sociedad intelectualmente abierta, las posiciones encontradas abundan y las críticas a tal o cual autor son comunes. Mientras más amplia es la discusión, el ‘ataque’ tiene menos sentido ‘personal’.” Véase

En este contexto de litigio y controversia se discutieron temas fundamentales como la transición democrática, el papel del Estado en el desarrollo y la evolución de las relaciones internacionales o se debatieron la preceptiva literaria y los deberes de los intelectuales. Aunque estas querellas a menudo faltaron a las buenas maneras y a la par que inteligencia derramaron bilis, también contribuyeron de manera muy importante a la formación política y a la educación del juicio de las generaciones más recientes.

Naturalmente, la disputa por el argumento y la militancia correcta no derivaba solamente de un juego de intereses y vanidades beligerantes: además de la capitalización en términos de poder e influencia intelectual que implica el estar del lado bueno en la geografía política, el triunfo discursivo de las ideas liberales y anticomunistas dejaba huérfano de ideas y de legitimidad al progresismo. El encuentro convocado por Paz y su posterior obtención del premio Nobel brindaban a éste y a su grupo un triunfo ideológico temporal, que otros grupos intelectuales no estaban dispuestos a ceder. Por eso, era importante pensar el futuro de la izquierda sin el comunismo y las formas de sobrevivencia de la vocación y la figura progresista.

En 1992, la revista *Nexos* y otros intelectuales de izquierda, con la participación de la Universidad Nacional y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la instancia creada por el gobierno de Carlos Salinas para fomentar la cultura, organizaron el “Coloquio de Invierno” en el que se planteaban temas como las nuevas formas de organización de la izquierda y la inserción de los países en desarrollo al escenario global.

El peso publicitario del Coloquio recayó en personalidades que no habían participado en el encuentro de *Vuelta*, como Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez y, a diferencia de dicho encuentro, una parte significativa de los participantes pertenecían a corrientes de izquierda.

No obstante, aun antes de su realización este Coloquio desató un escándalo. En febrero de ese año, Octavio Paz renunció a ser miembro del Consejo Consultivo del FONCA y deploró que una universidad y un organismo público patrocinaran a una sola tendencia intelectual, discriminando a las demás. Paz reveló que fue invitado a última hora al Coloquio y que, tras su reclamo, se invitó a algunos miembros de *Vuelta*, pero nunca se aceptó la presencia de Enrique Krauze. Seguidamente, Paz escribió un artículo: “La conjura de los letrados”, en el que calificó de excluyentes la nómina y el temario del Coloquio y definió al grupo *Nexos* como “una formación ideológica y militante” que, en un extraño contubernio con el Estado, se había dedicado a la justificación ideológica de éste, al tiempo que buscaba copar los centros de poder intelectual. La acusación de Paz fue secundada por todo el equipo de *Vuelta*: Gabriel Zaid, por ejemplo, señaló que el Estado ejercía un clientelismo intelectual para mantener el control político y que Héctor Aguilar Camín cumplía el papel de intermediario; Enrique Krauze, por su parte, descalificó la nómina de participantes en el Coloquio por su misma extracción ideológica y afirmó que más que Coloquio el encuentro parecía un concilio.²⁶

Los miembros de *Nexos* dedicaron una extensa respuesta colectiva a las acusaciones de Paz, en la que señalaron que sí se

²⁶ Gabriel Zaid, “Hacia la CTM cultural” y Enrique Krauze, “Nuevas inquisiciones”, *Vuelta*, núm. 185, pp. 9-14, 15-17 y 17-21.

invitó a miembros de *Vuelta*; que el coloquio fue plural, que no hubo recetas sino búsqueda de alternativas y que el éxito de público era un indicio de avidez y de vigor intelectual. Añadieron que el Coloquio se organizó en gran parte con fondos privados, aunque afirmaban que, aun en el caso de que la aportación oficial hubiera sido significativa, las instituciones no son parciales “ni casan sus destinos con determinado grupo, por el hecho de asociarse temporalmente con él para organizar un evento”.²⁷

“El Coloquio de Invierno” se llevó a cabo en medio de esta ácida controversia. A diferencia del encuentro promovido por *Vuelta*, cuya organización y forma de conducción hizo énfasis en la crítica moral a los intelectuales comunistas y en los diagnósticos y predicciones sobre el mercado y la democracia, el “Coloquio de Invierno” ponía énfasis en la discusión de los problemas sociales de atraso y pobreza en los países en desarrollo y las formas de reorganización de la izquierda y los movimientos progresistas. Más allá de los antagonismos ideológicos y de las animadversiones personales, ambos encuentros se habían complementado y, dentro de las limitaciones de este tipo de reuniones, brindaban una perspectiva amplia y variada del panorama mundial después de la caída del comunismo, así como de la posición de las diversas tendencias intelectuales. Sin embargo, el escándalo generado contribuyó a distraer la atención de los medios y los comentaristas en torno a la discusión sustantiva del Coloquio. Así, la querrela entre *Vuelta* y *Nexos* hizo patente también otro rostro del debate intelectual, tal vez menos lastrado por las ideologías y las estéticas, pero mucho

²⁷ *Nexos* 173, mayo de 1992.

más marcado por los intereses: la disputa por el prestigio y el deseo de ejercer influencia política.

La polémica sobre el Coloquio, que llegó al extremo de precipitar la renuncia del titular del CNCA, Víctor Flores Olea, demostró la debilidad de las instituciones culturales, permitió constatar la influencia política de Paz e hizo evidentes las profundas diferencias en la apreciación política y la concepción de la cultura entre los dos grupos intelectuales más influyentes. Así, en la querrela con *Nexos*, más allá de los motivos coyunturales, Paz buscaba reivindicar la figura del hombre de letras frente a la figura del científico social y promover su preponderancia en el panorama intelectual. En cierto sentido, Paz planteaba en su conflicto con el grupo *Nexos*, el prolongado desacuerdo que había venido incubando con la cultura universitaria no sólo en materia ideológica, sino en cuestión de sensibilidad, método y estilo. No resulta extraño, por eso, que la polémica por los encuentros se haya hecho reaparecer, al poco tiempo, en el terreno de la estética con un debate en torno a la literatura “fácil” y la literatura “difícil”, que de alguna manera recordaba los debates de los años treinta entre los que promovían una literatura accesible para el pueblo y los que defendían la idea del rigor artístico y la misión superior de la literatura. De este modo, el litigio por la legitimidad intelectual, por la preferencia del consumidor cultural y por la consejería del Príncipe, se hacía reaparecer nuevamente en el plano de los valores políticos y estéticos más amplios.

LA VIOLENCIA EN 1994

Apenas cuatro años después de que, con su encuentro de intelectuales, Paz celebrara el ocaso de las utopías políticas que

habían hechizado el siglo XX, en 1994 hizo su aparición un movimiento guerrillero en Chiapas, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que revivió esperanzas y actitudes que se creían enterradas en el cementerio de la izquierda.

La violencia revolucionaria, así como el estallido de una ola de atentados políticos, transformó las percepciones y los esquemas analíticos con que, en los años pasados, muchos mexicanos habían concebido al país y a su transición.²⁸ Por un lado, el avance de la democracia hacía perder sentido y legitimidad a la violencia revolucionaria y, en este sentido, los acontecimientos en Europa del Este implicaban un cambio fundamental no sólo en el mapa internacional del poder sino en los valores políticos: la llamada “revolución de terciopelo” certificó la vasta expansión de las formas institucionales del mercado y la democracia, recobró el valor revolucionario del liberalismo y, sobre todo, desacreditó la idea de la violencia como genitora del cambio social. Por otro lado, la prolongada, casi inagotable, capacidad del sistema político para generar el consenso entre élites y domesticar al México bronco, así como los aparentes logros económicos de los años salinistas, creaban un clima supuestamente idóneo para la modernización política y hacían imprevisible la aparición de disrupciones violentas.

²⁸ A diferencia de la década anterior, la vasta literatura en torno a la transición en los ochenta no había contemplado la posibilidad de la violencia. Durante dicha década, el tema recurrente de la literatura política mexicana fue el de la evolución democrática del país. Este debate se centró en una discusión, a menudo técnica, de las características procedimentales que debería tener un sistema democrático y, a partir de ello, a la dilucidación del grado de evolución y las posibilidades de la democracia en México, sin reparar demasiado en las condiciones genéticas o en eventualidades como la violencia.

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional irrumpió en un escenario que al parecer se encaminaba plácidamente a la modernización e insertó en el debate nacional a actores –los indígenas y su discriminación atávica– que solían aparecer más en la antropología que en la política. Esto dilataba el problema político y le otorgaba la dimensión de una escisión cultural no curada por decenios de educación nacionalista. Para muchos, el movimiento zapatista no se limitaba a una dimensión local o nacional y se convertía en el símbolo de una rebelión más vasta de los marginados y las minorías del mundo ante las fuerzas uniformadoras de la globalización. A decir de Yvon Le Bot, por ejemplo, el zapatismo formaba parte de una genealogía de movimientos de protesta indígena, que han obligado a incorporar en la agenda pública los temas del multiculturalismo, la integración y el respeto a la identidad.²⁹ Asimismo, la aparición de la guerrilla zapatista volvía a politizar la esfera cultural y, particularmente con los comunicados de su líder, planteaba nuevamente el tema del compromiso y de la recuperación de la palabra como arma social.

La rebelión zapatista estalló el emblemático 1 de enero de 1994, fecha en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Los combates sólo duraron 12 días, tras los cuales el gobierno decretó un cese al fuego y se buscaron contactos para iniciar la negociación. Desde entonces, el EZLN ha mantenido una estrategia variable de negociación con el gobierno y de alianzas con otros sectores sociales. El discurso fundamentalmente marxista y la intención expresa de alcanzar el poder de las primeras manifestaciones

²⁹ Yvon Le Bot, *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, Barcelona, Plaza y Janés, 1997, p. 19.

públicas se transformaron paulatinamente en un llamado, a menudo impreciso y cambiante, a la lucha por la justicia social, el reconocimiento de las etnias y la democracia. Además, el movimiento y su líder, Marcos, hicieron gala de un talento comunicativo, que permitió aglutinar el apoyo de buena parte de la izquierda y de numerosos observadores internacionales.³⁰

Desde los años cincuenta, Paz había manifestado su escepticismo hacia la vía armada como método de transformación social. Posteriormente, durante el auge de las guerrillas y el terrorismo en la década de los setenta, el escritor ejerció una crítica tenaz hacia la violencia revolucionaria y la catalogó como una patología política derivada del resentimiento intelectual y el tedio existencial. Ante la insurrección zapatista, Paz señaló que el movimiento provenía de tres distintas fuentes: demandas indígenas legítimas; influencia de la teología de la

³⁰ “Es argumento sabido que uno de los atributos políticos más importantes del EZLN ha sido, junto a la utilización de los tiempos, el empleo de una estrategia comunicativa muy bien elaborada. Unido al uso de las formas más avanzadas de comunicación cibernética, se encuentra una crucial pues ha surtido un efecto impresionante. Hablo de la capacidad lírica de Marcos, la cual ha sorprendido tanto a amigos como enemigos. Para muchos él encarna la simbiosis anhelada: el guerrillero escritor o el escritor guerrillero, según se quiera poner el énfasis. Con él –parecen decir– por fin surgió en nuestras tierras un intelectual no de la Torre de Marfil sino de las Cañadas de la Selva, no de arriba sino de abajo. Tal fue su impacto que los propios intelectuales se vieron sorprendidos con la aparición de un personaje con estas características, llegándose incluso a un punto en el que muchos querían desesperadamente hacerlo su interlocutor y éste se permitió actuar según los cánones que dicta el protocolo del mundo literario: eligió quiénes serían sus invitados a la selva, sus pares con los que polemizaría, sus preferidos para los epígrafes, notas y referencias, y a quienes simplemente castigaría con el látigo de su desdén al no firmarles de recibido”. Xavier Rodríguez Ledezma (2001), pp. 32-33.

liberación y participación de grupos de extrema izquierda.³¹ Sin embargo, Paz recordaba la frustrada trayectoria de la guerrilla en América Latina y llamaba al EZLN a integrarse a la vida política democrática. En artículos posteriores, Paz criticó la actitud de los intelectuales de izquierda y les diagnosticó una recaída ideológica por su soterrado elogio de la violencia y por su simplismo en el análisis.

Para Paz, no resultaba extraño que en México la primera guerrilla posmoderna hubiera surgido en una región atrasada y con una vida política atrofiada por la miseria y la falta de educación. En Chiapas, el proceso de modernización, el crecimiento demográfico y la insuficiencia de las políticas públicas federales agotaron los viejos moldes de gestión y dominación caciquil que durante mucho tiempo hicieron, mágicamente, de una situación endémica de explotación y barbarismo un oasis político priísta. El atraso político chiapaneco y la burda caricatura de instituciones republicanas y democráticas entronizada en ese estado explicaban el arraigo de una ideología rebasada como el marxismo. Para Paz, el zapatismo se adhería a la conocida idea del foco rural que caracterizó a los movimientos armados de América Latina en los sesenta y setenta, pero se encontraba aderezado también con una fuerte presencia del maoísmo que explicaba su penetración cultural profunda, aunque en un territorio limitado. Con todo, la violencia guerrillera no buscaba una modernización política, sino una restitución de derechos y valores escamoteados por la modernidad, que combinaba en una abigarrada mezcla las reivindicaciones milenaristas de

³¹ Véase Octavio Paz, "Chiapas: nudo ciego o tabla de salvación. 1. La recaída de los intelectuales", en *La Jornada*, 23 de enero de 1994, pp. 1 y 8, y "Chiapas: nudo ciego o tabla de salvación. 2. La negociación: incertidumbre y perspectivas", en *La Jornada*, 24 de enero de 1994, pp. 1 y 19.

las etnias, con los lugares comunes de la crítica romántica de la cultura y, un poco con calzador, con las demandas democráticas. De ahí, según Paz, la amplificación del radio de las demandas del EZLN, su afán no sólo de influir sino de marcar el rumbo de asuntos nacionales y su ambivalencia entre la negociación y la descalificación del contrario.

Además de su condena general al camino de la violencia revolucionaria, Paz se manifestó en contra de las principales reivindicaciones que planteó el EZLN desde el inicio de sus negociaciones con el gobierno. Para Paz, por ejemplo, el dar marcha atrás en la reforma al artículo 27, que permitía el cambio de régimen de propiedad del ejido y promovía la inversión privada al campo, provocaría la ruina definitiva del sector agrícola. Igualmente, para Paz, la demanda de autonomía de las comunidades indígenas implicaría la vigencia de dos leyes contradictorias y amenazaría la unidad de la nación. La solución consistía en buscar, en la propia tradición histórica mexicana, mecanismos creativos que permitieran conciliar el respeto a la pluralidad con la integridad de la nación.

Para Paz, si la actitud de los rebeldes podía entenderse, aunque no justificarse, la conducta de los intelectuales de izquierda dejaba mucho que desear y su apoyo automático y acrítico a la violencia, hacía dudar de la madurez de la *intelligentsia* progresista y de sus capacidades para consolidar la vida democrática. En particular, Paz consideraba que en la recepción e interpretación de la guerrilla había desmesura y exageraciones románticas, pues el EZLN no era un movimiento revolucionario, sino una rebelión localista y atrasada, cuyo único rasgo moderno consistía en la extraordinaria habilidad de su líder para aprovechar los recursos de la publicidad e inflamar a los nostálgicos con su lirismo:

El vocero de los insurgentes, Marcos, sobresa le también en un arte olvidado por nuestros políticos e ideólogos: la retórica. El lenguaje de los líderes del PRI es un lenguaje de funcionarios: frases hechas de cartón y del plástico; el del sub-comandante Marcos, aunque desigual y lleno de subidas y caídas como un tobogán de montaña rusa, es imaginativo y vivaz. Sus *pastiche*s del lenguaje evangélico y, con más frecuencia, de la elocuencia indígena, con sus fórmulas recurrentes, sus metáforas y sus metonimias, son casi siempre afortunados. A veces es chabacano y chocarrero; otras brioso y elocuente; otras satírico y realista; otras machacón y sentimental. Una prosa accidentada: elevaciones y batacazos. Su fuerte no es el razonamiento sino la emoción y la unción: el púlpito y el mitin.³²

Pese a que los diagnósticos y admoniciones a propósito del conflicto chiapaneco coincidieron a menudo con la posición del gobierno, Paz identificó y denunció diversas contradicciones y ambigüedades tanto del movimiento guerrillero como de los intelectuales que le brindaban su apoyo. Esta actitud lo colocó nuevamente, al final de su vida, como blanco de la crítica de quienes se habían identificado con el papel del EZLN y respaldaban, si no su acción armada, sí su eventual efecto catalizador sobre la democracia. La postura política de Paz hacia el EZLN no fue distinta de la de muchos otros intelectuales. Sin embargo, por su visibilidad pública, lo convirtió en uno de los principales focos de polémica.

Ciertamente, Paz prestó poca atención a las preguntas que, más allá de los claroscuros del movimiento o los excesos de Marcos, la existencia del zapatismo planteaba en torno a los

³² Octavio Paz, "Chiapas: hechos, dichos, gestos", *Vuelta*, núm. 208, marzo de 1994, p. 57.

dilemas de la convivencia entre culturas o a las contradicciones y tensiones de la modernización económica. La perspectiva de Paz se orientó principalmente a denunciar el aspecto arcaico de las metas y lo contradictorio de los procedimientos políticos del zapatismo, sin reparar suficientemente en que muchos de estos rasgos —la reivindicación de las identidades particulares y de las minorías, el rechazo a la globalización económica, el escepticismo en torno a la representación democrática— han dejado de ser privativos de grupos políticos anclados en el pasado y se han convertido, para bien o para mal, en parte fundamental del discurso contestatario contemporáneo.

Tras dedicar las últimas décadas de su vida al combate de la violencia ideológica y a la pedagogía de formas de crítica intelectual y diálogo político que permitieran erradicar la violencia, debe haber sido muy difícil encontrarse con la persistencia de fenómenos sociales y actitudes ideológicas aparentemente superadas. Con todo, Paz no rindió su intelecto a la fatalidad y, en sus últimos años, escribió repetidamente sobre Chiapas en un intento, a veces conmovedor, de encontrar equilibrio analítico ante una historia irónica que insuflaba vida a sus fantasmas. Se trata de una de las etapas más emotivas en la trayectoria pública de Paz, en que el escritor, mermado por las enfermedades, emprende un alegato postrero contra las amenazas de la violencia o el simplismo intelectual. Sin embargo, muy probablemente el ambiente ya no era propicio para escuchar la admonición del viejo tribuno: en un panorama cultural desencantado, Marcos recobraba la imagen romántica y altruista del intelectual de los sesenta, el universitario que realiza la revolución, el escritor que devuelve la palabra a sus causas más justas y a sus fuentes más hondas, el burgués que redime su origen y resuelve el laberinto de su soledad en

el sacrificio solidario de la revolución. Para muchos de sus apólogos, Marcos daba voz a los marginados y restituía a la literatura formas del discurso y del habla soslayadas por un estamento literario aburguesado y falto de conciencia social. En este sentido, la recepción del mensaje de cambio del EZLN y del discurso de Marcos no sólo mostraba la fatiga de la política y la decepción con la imperfecta democracia mexicana, sino un profundo escepticismo hacia las élites y las figuras intelectuales del pasado inmediato.

EPÍLOGO

La trayectoria estética, política y polémica de Paz ilustra las experiencias históricas más representativas de su tiempo —la Revolución Mexicana, la seducción del marxismo, el ánimo liberador de las vanguardias, la querrela ideológica de la Guerra Fría— y permite asistir al teatro de las ideas y las pasiones que modelaron el siglo pasado. Octavio Paz encarna también las tensiones entre la libertad estética y el compromiso político; entre el enclaustramiento nacional y la apertura cosmopolita; entre el afán de conocimiento totalizador y las barreras de la especialización.

A partir de una concepción romántica de la facultad y la responsabilidad del artista, Paz representó, con todas las virtudes y defectos, la figura de un intelectual omnívoro que busca las correspondencias entre las artes, las culturas y los saberes; de un artista que pretende reivindicar la autonomía del arte con respecto a las consignas ideológicas; de un moralista y reformador social, que aspira a ser árbitro de la *polis*. Nada hubo ajeno a la inquietud abarcadora de Paz: la identidad hispanoamericana, los dilemas de la modernidad, el estado de la cultura occidental, la apertura de perspectivas hacia Oriente, los laberintos de la política local mexicana o los pormenores de la vida literaria.

Si bien desde su más temprana juventud Paz emprendió una batalla para proyectar socialmente la figura del poeta y alcanzar el reconocimiento internacional, fue a partir de 1968 cuando se transformó en el más controvertido animador de la cultura y el pensamiento del país y en uno de los intelectuales más connotados en el mundo. Paz asimiló, rechazó y renovó el discurso nacionalista para insertarlo en un mapa universal de la cultura; buscó redefinir la función social del artista y defendió el albedrío y las libertades personales frente a los imperativos políticos.

La curiosidad y escepticismo intelectuales de Paz, la conciencia de la posición destacada que ocupaba en la cultura contemporánea le obligaron a una renovación constante, que no se agotó, como ocurre tan frecuentemente, con la copia de las maneras juveniles o con la adhesión automática a lo políticamente correcto, sino que implicó un polémico escrutinio de las novedades políticas, sociales y culturales. En este sentido, Paz aplicó sobre la colectividad, y a veces sobre sí mismo, un método mayéutico que implicaba la interrogación incómoda, la escaramuza intelectual y la admonición moral. Paz buscó consagrarse como un arquetipo de conducta intelectual y lanzó un polémico “Yo acuso...” contra todos aquellos que se apartaban de la misión que, desde su punto de vista, correspondía a la inteligencia.

Por supuesto, ejercer la crítica consuetudinaria y convertirse en una suerte de conciencia oficial conlleva riesgos. Por eso, es importante no perder de vista las tensiones y contradicciones que caracterizaron la trayectoria pública de Paz, sobre todo después de 1968, por ejemplo: reputarse como un poeta solitario y, al mismo tiempo, encabezar uno de los grupos intelectuales más poderosos y beligerantes de la época; asumir

un discurso romántico y moralista y esgrimir, en determinadas circunstancias, un pragmatismo descarnado en sus análisis y posiciones políticas; proclamarse un observador marginal, sin desdeñar las deferencias del poder, la interlocución con las élites y la representación oficial de la República de las Letras.

¿Qué queda de las guerras culturales que libró Paz? De entrada, podría pensarse que el furor ideológico y el encono personal privaron sobre la discusión sólida de ideas. Por un lado, los intelectuales con la estatura para intentar refutar a Paz fueron pocos, sus enemigos más rudimentarios optaron por quemar su efigie y muchos especialistas prefirieron ignorarlo. Adicionalmente, el poder e influencia reales que detentó Paz, acaso disuadieron la crítica independiente (es decir, la de aquellos que quisieran cuestionar su figura y su obra sin pertenecer a un partido o a una clerecía lo suficientemente poderosa para enfrentar su cólera) y dejó fuera del debate público partes considerables de su producción. No obstante, a despecho de la frecuente acritud, de la contienda lapidaria que tanto Paz como sus adversarios llegaron a ejercer —tal vez porque él exageró pensando que se dirigía a una masa homogénea en su dogmatismo y no a individuos, tal vez porque sus adversarios enfrentaban al monumento y no a la persona— hay muchas ideas y posiciones vigentes en la bitácora de sus combates. En sus mejores momentos, la crítica hacia Paz desenmascaró ciertas insuficiencias e imposturas del ideal de la independencia intelectual o el frecuente apartamiento de la intelectualidad de las luchas y los problemas sociales más apremiantes. A su vez, la crítica que ejerció Paz rebasó con mucho la animosidad ideológica y personal. Los análisis de Paz sobre la historia y el sistema político mexicano, así como su llamado a ejercer una política exterior más activa y pragmática, abundan en

intuiciones valiosas y diagnósticos certeros. Igualmente, Paz contribuyó a afinar la perspectiva sobre la vida moderna y a fortalecer la conciencia democrática con sus análisis sobre los rasgos privativos de la modernidad; con sus exámenes de los regímenes totalitarios y de las democracias contemporáneas, y con su crítica al papel ambiguo, y a veces cómplice, que desempeñaron muchos intelectuales al lado de las tiranías o como promotores de la violencia. Así, pese a que muchas de las guerras culturales que mantuvo Paz están marcadas por una jerga anacrónica; por temas aparentemente rebasados o por residuos tóxicos de las ideologías, en su momento permitieron discutir y remozar lo que actualmente son valores consagrados e irrenunciables.

Hoy, el llamado fin de las ideologías y la especialización del conocimiento han vuelto casi anacrónicos los estilos de argumentación y los prototipos intelectuales que protagonizaron, hasta hace poco, la batalla de las ideas. Sin duda, el avance de la democracia, la ampliación de la cobertura educativa y la complejidad de los asuntos públicos aparejan la desaparición de los intelectuales providenciales y las figuras omniscientes. Si anteriormente, el intelectual pretendía erigirse en un guía moral y un legislador honorario, ahora a menudo es un especialista que contribuye a la interpretación, gestión y solución de problemas específicos. No es muy probable, en este sentido, que haya otro Paz, no sólo por la magnitud de su personalidad y de su obra, sino porque la figura que representó ha muerto de manera natural en un mundo intelectual desencantado de los valores y los compromisos y dominado por los especialistas y sus gremios. Con todo, las consecuencias del proceso de desencanto del espacio público y de especialización del pensamiento son aún inciertas. Existen tendencias

inquietantes: el que la vitalidad intelectual se encierre en los nichos académicos; el que los territorios del conocimiento se fragmenten y privaticen; el que la opinión pública se convierta en una sucursal de la industria del entretenimiento o en un muestrario de talentos disponibles para el reclutamiento político implica un estrechamiento del ámbito para la discusión de los asuntos colectivos. La opinión aparentemente aséptica de los expertos, las encuestas, los grupos de enfoque y todo el aparato especializado que mide la temperatura social son instrumentos útiles para orientar la toma de decisiones, pero no pueden sustituir las consideraciones morales y las perspectivas de conjunto.¹

Por eso, es necesario valorar nuevamente la figura del intelectual como vínculo entre el conocimiento especializado y la moral práctica. Por supuesto, la experiencia aconseja rechazar el pontificado de la crítica y desconfiar de los iluminados: como sugiere Carlos Pereda, la crítica no es una facultad intrínseca, sino una voluntad, a menudo falible, que se pone en práctica en situaciones específicas, y que precisa tanto del coraje y la integridad como del equilibrio analítico y la buena fe.² De ahí la vigencia de la personalidad intelectual de Paz y,

¹ Como señala J. A. Aguilar cuando se refiere al México menos nacionalista de lo que pensaban los intelectuales que dejaron ver las encuestas de opinión en torno al TLC con América del Norte, el avance de los métodos cuantitativos permite conocer estados de ánimo y muestras representativas de opinión y llega a deslegitimar los estereotipos y prejuicios intelectuales. No obstante, si bien es cierto que ningún intelectual se puede arrogar el privilegio de representar a una clase social, también es cierto que los métodos cuantitativos constituyen un pobre sustituto de la interpretación intelectual. Véase José A. Aguilar, *op. cit.*, pp. 153-157.

² Véase Carlos Pereda, *Conversar es humano*, México, El Colegio Nacional, Fondo de Cultura Económica, 1991, especialmente cap. IV.

sobre todo, de ese género de escritura que invita a dudar de la infalibilidad de los sistemas, que no teme a la contaminación de disciplinas y saberes y que nos recuerda que la salud de una vida pública descansa en el interior de sus protagonistas y radica, primeramente, en actos privados de examen personal e higiene intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

- Aguayo, Sergio, *1968: los archivos de la violencia*, México, Grijalbo, *Reforma*, 1998.
- Aguilar Mora, Jorge, *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*, México, Ed. Era, 1978.
- Aguilar Rivera, José Antonio, *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*, México, Porrúa, CIDE, 1998.
- Bobbio, Norberto, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós, 1998.
- Bourricaud, François, *El intelectual y las pasiones democráticas*, México, UNAM, 1992.
- Camp, Roderic Ai., *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- _____, Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, México, El Colegio de México, UCLA, 1991.
- Carr, Barry, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Ed. Era, 1996.
- Casanova, Pascale, *La República mundial de las letras*, Barcelona, Anagrama, 2001.

- Cordera, Rolando y Carlos Tello, *La disputa por la nación*, México, Siglo XXI, 1992.
- De la Concha, Gerardo, *La razón y la afrenta. Antología del panfleto y la polémica en México*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1995.
- Furet, François, *El pasado de una ilusión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- González Rojo, Enrique, *Cuando el Rey se hace cortesano. Octavio Paz y el salinismo*, México, Posada, 1990.
- Hozven, Roberto, *Octavio Paz: viajero del presente*, México, El Colegio Nacional, 1994.
- Jacoby, Russell, *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe*, Nueva York, Basic Books, 1987.
- Krauze, Enrique, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, México, Tusquets, 1997.
- Martínez Carrizales, Leonardo, *La gracia pública de las letras. Tradición y reforma de la institución literaria en México*, Colibrí, Secretaría de Cultura de Puebla, 1999.
- Macleán, Ian, Alan Montefiore, Peter Winch (eds.), *The political responsibility of intellectuals*, Cambridge University Press, 1990.
- Medina, Rubén, *Autor, autoridad y autorización. Escritura y poética de Octavio Paz*, México, El Colegio de México, 1999.
- Miquel, Pierre, *El caso Dreyfus*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Pastén, J. Agustín, *Octavio Paz: crítico practicante en busca de una poética*, Ed. Pliegos, 1999.
- Paz, Ireneo, *Algunas campañas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

- Paz, Octavio, *Obras completas* (ts. 1 al 13), México, Fondo de Cultura Económica, 1991-1999.
- , *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*, Barcelona, Seix-Barral, 1999.
- Peralta, Braulio, *El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz*, México, Raya en el agua, 1998.
- Pereda, Carlos, *Conversar es humano*, México, El Colegio Nacional, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Ríos, Julián y Octavio Paz, *Solo a dos voces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Rodríguez Ledezma, Xavier, *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la fe*, México, Plaza y Valdés, 1996.
- , *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*, México, Universidad Pedagógica Nacional, 2001.
- Ruy Sánchez, Alberto, *Una introducción a Octavio Paz*, México, Joaquín Mortiz, 1990.
- Said, Edward W., *Representaciones del intelectual*, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- Sánchez Susarrey, Jaime, *El debate político e intelectual en México*, México, Grijalbo, 1993.
- Stanton, Anthony (ed.), *Correspondencia Alfonso Reyes/Octavio Paz (1939-1959)*, México, Fundación Octavio Paz, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- , *Inventores de tradición. Ensayos sobre poesía mexicana moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Santi, Enrico Mario, *El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Sheridan, Guillermo, *México en 1932: la polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

- Ulacia, Manuel, *El árbol milenario, un recorrido por la obra de Octavio Paz*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999.
- Verani, Hugo, *Bibliografía crítica de Octavio Paz*, México, El Colegio Nacional, 1998.
- Volpi, Jorge, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Ed. Era, 1998.
- Walzer, Michael, *The Company of Critics. Social Criticism and Political Commitment in the Twentieth Century*, Nueva York, Basic Books, 1988.
- Zaid, Gabriel, *De los libros al poder*, México, Océano, 1998.

ARTÍCULOS Y DOCUMENTOS

- Aguilar Camín, Héctor, “El apocalipsis de Octavio Paz”, en *Nexos* 10, octubre de 1978, pp. 7-9 y 11.
- _____, “Lecturas de Zaid y la Casa Blanca”, en *Nexos* 45, septiembre de 1981, pp. 4-5.
- _____, “Metáforas de la tercera vía”, “La Cultura en México”, 900, junio 6 de 1979.
- _____, “Zaid o el empirismo burriciego de la nueva derecha”, en *Nexos* 48, noviembre de 1981.
- Aguilar Camín, Héctor y Enrique Krauze, “De los personajes”, en “La Cultura en México”, *Siempre*, 548, 9 de agosto de 1972, pp. vi y vii.
- Cohen, Sandro, “Tiempo nublado: claridad dolorosa”, en *Casa del Tiempo*, núm. 38, vol. IV, marzo de 1984, pp. 45-46.
- Granados Chapa, Miguel Ángel, “Plaza dominical”, en *La Jornada*, 14 de octubre de 1990, p. 4.
- Hernández Piché, Bruno, “Diplomacia y relaciones internacionales: la otra idea fija de Octavio Paz”, en *La Gaceta*

- del Fondo de Cultura Económica, 330-331, junio-julio de 1998, pp. 84-86.
- Homero, José, "Historia y continuidad: un joven poeta llamado Octavio Paz", en *Tierra Adentro*, 57, enero-febrero de 1992, pp. 46-50.
- Martínez Carrizales, Leonardo, "La gestión política y periodística de Medio Siglo. El Principio", en *Revista de la Universidad*, núm. 504-505, enero-febrero de 1993, pp. 31-35.
- Mejía, Fabrizio, "El verano de nuestro desconcierto", en "Nagara", suplemento de *Viceversa*, núm. 84, septiembre de 1998, pp. 3-6.
- Merquior, José Guilherme, "El Otro Occidente (un poco de filosofía de la historia desde Latinoamérica)", en *Cuadernos Americanos*, Nueva época, núm. 13, pp. 9-23.
- Musacchio, Humberto, "Octavio Paz en Televisa/El laberinto de la impunidad", en Raúl Trejo Delarbre, *Televisa: el quinto poder*, México, Claves Latinoamericanas, 1995. *Nexos*, 173, mayo de 1992.
- Paz, Octavio, "Las palabras y las máscaras", en *Excélsior*, 16 de junio de 1971, p. 7A.
- _____, "Respuesta a un consul", en *Letras de México*, año VII, vol. I, núm. 8, 15 de agosto, 1943, p. 5.
- Pereyra, Carlos, "La crisis ideológica", en "La Cultura en México", *Siempre*, 548, 9 de agosto de 1972, pp. iii-iv.
- _____, "La tragedia como silenciamiento", en *Nexos*, 45, septiembre de 1981, pp. 3-4.
- Proceso*, del 57 al 59 y del 61 al 63.
- Ruy Sánchez, Alberto, "El editor Octavio Paz", en *Libros de México*, núm. 21, oct-nov-dic de 1990, pp. 5-9.
- Sheridan, Guillermo, "Octavio Paz en Yucatán", en *Letras libres*, 25, enero de 2001, pp. 14-20.

- Vizcaíno, Fernando, “De la desacralización del mito a la consagración del escritor”, en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, 241, enero de 1991, pp. 51-55.
- Volpi, Jorge, “Octavio Paz y Jorge Cuesta. Notas sobre un olvido intencional”, en *Periódico de Poesía*, núm. 5, Nueva época, Primavera de 1994, pp. 21-23.
- _____, “Octavio Paz y la razón ardiente”, *La Jornada semanal*, 224, 26 de septiembre de 1993, pp. 26-29.
- Vuelta*, 185, abril de 1992.
- Zaid, Gabriel, “Colegas enemigos”, en *Vuelta*, 56, julio de 1981, pp. 9-27.
- _____, “Los hechos incómodos”, en *unomásuno*, septiembre 19 de 1981, p. 7.
- _____, “Octavio Paz y la emancipación cultural”, edición especial de “El Ángel”, dedicada a Octavio Paz, *Reforma*, 24 de marzo de 1994, p. 6.

Las guerras culturales de Octavio Paz
se terminó de imprimir en octubre de 2014
en los talleres de Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.
Monte Alegre 44 Bis, col. Portales Oriente, 03570 México, D.F.
Portada: Enedina Morales Hernández.
Formación: Irma Martínez Hidalgo.
Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

A la vez que fue el autor mexicano más reconocido del siglo xx, Octavio Paz fue un escritor controversial que, desde su más temprana juventud, estimuló un debate tan fructífero como acalorado. Fue tanta la incidencia pública de su figura que, en el transcurso de las generaciones, adoptar una posición a favor o en contra de Paz se volvió parte de los ritos de pasaje de cualquier aspirante a intelectual.

¿Cómo es posible que un poeta haya ejercido un impacto tan vasto en los más variados terrenos intelectuales?: rechazando desde su adolescencia la idea del escritor recluido en la esfera literaria y lanzándose con audacia, valentía e ingenio polémico a la plaza pública. Repasar sus querellas no sólo revive una parte indispensable de la historia reciente o ayuda a valorar la solidez de las ideas y el estilo del poeta, sino que depara una emoción casi narrativa, pues permite recobrar a un personaje intenso y entrañable, que lucha denodadamente por iluminar y dar significado a su circunstancia.

ISBN: 978-607-462-693-3

